

ENEMIGOS OSCUROS 3

Enemigo
DESPIADADO

ZOE DELANEY

Enemigo despiadado

Enemigos oscuros

Libro 3

Un romance oscuro de mafia con matrimonio forzado y
enemigos que se convierten en amantes

Por Zoe Delaney

Enemigo despiadado (Enemigos oscuros)

Derechos de autor © 2024 Zoe Delaney

Todos los derechos reservados

Edición en Español © 2024

Publicado por Flourish Books (Jen Katemi)

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso por escrito de la editorial.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, lugares, personajes e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, organizaciones, eventos o lugares es pura coincidencia.

Índice

[Nota de la autora](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Sobre la autora](#)

[Libros de Zoe Delaney](#)

Nota de la autora

Este es un libro de suspenso romántico de la mafia *oscuro*, y como tal, puede contener elementos perturbadores para algunos lectores, incluyendo secuestros, uso de armas, muertes y protagonistas con moralidad ambigua. Este libro y serie son aptos para lectores mayores de 18 años.

Dedicatoria

A mis lectores: gracias. Sin ustedes, esta serie no habría cobrado vida, y estoy agradecido por todos y cada uno de ustedes.

Capítulo Uno

—Hace mucho tiempo aprendí que lo más sabio que puedo hacer es estar de mi lado.

Maya Angelou

Bianca

¿Cuándo comenzó mi descenso hacia la oscuridad? ¿Fue en el momento en que los matones de Rio me secuestraron en la calle? ¿Fue cuando me enamoré de mi secuestrador? ¿O fue más reciente? ¿Fue anoche cuando Rio puso una Glock 19 en mi mano y la usé contra otro ser humano?

No importa cuándo empezó. Ya estoy aquí, en las aguas turbias de la locura mafiosa, con la muerte en mis manos y la venganza hirviendo en mi sangre como ácido.

Resulta que consideraré cualquier cosa para recuperar a mi hija.

Incluso si eso significa que tenga que matar a mi madre.

Rio me obligó a subir aquí a la cama para descansar al menos un poco después de que todos se fueran tras el tiroteo, pero es imposible conciliar el sueño. Mi niña está desaparecida, probablemente en manos de una loca, y aunque esa loca esté emparentada conmigo por sangre, no hay forma de que pueda relajarme lo suficiente como para hundirme en el olvido del sueño.

En su lugar, yago aquí en nuestra cama matrimonial, rígida como una tabla de madera, con el corazón haciendo extrañas palpitaciones de estrés y los músculos de la mandíbula y el cuello tan tensos que tengo un dolor de cabeza permanente. En algún momento Rio se une a mí en la cama, y al menos entonces logro relajar mi cuerpo ligeramente cuando su calor y proximidad me envuelven y persuaden a mis músculos a liberar algo de su tensión.

Aun así, no duermo.

Él tampoco. La respiración de Rio permanece uniforme y tranquila, pero de vez en cuando sus dedos se aferran a mi carne, y luego me acaricia suavemente como si no hubiera querido agarrarme tan fuerte y quisiera aliviar cualquier daño que su agarre convulsivo pudiera haber causado.

Anoche le dispararon, pero se negó a tomar analgésicos. Sí, al final resultó ser solo un roce, pero supongo que aún debe estar sintiendo mucho dolor.

Poco después del amanecer, Rio deja escapar un suspiro ahogado y luego se desliza fuera de la cama con un gruñido apagado antes de dirigirse al baño. Ruedo de mi costado a mi espalda y escucho el sonido de la ducha.

He estado exprimiendo mi cerebro tratando de averiguar qué hacer a continuación, pero tal vez no necesite planear ninguna acción más que esperar. Penn dejó claro con sus comentarios que "ellos" se pondrán en contacto con detalles sobre cómo puedo recuperar a Emilia.

"Ellos" siendo Rossi o mi madre, presumiblemente.

Así que, en lugar de tratar de averiguar cómo encontrarlos, solo necesito esperar a que se pongan en contacto, y entonces Rio y yo podremos apresurarnos a recuperar a nuestra hija. Junto con

Danelli y los diversos miembros del equipo que apoyan a la organización Agosti.

Sí, claro. Va a salir tan suave como eso.

En el lado positivo de esta terrible situación, todos los empleados de Rio han demostrado estar firmemente de nuestro lado. Nuestra hija puede tener solo seis meses, pero Emilia es la heredera del imperio Carlotti-Agosti, y como tal, bien podría estar hecha de oro puro en lo que a ellos respecta.

Sé que todos harán lo que sea necesario para traerla a casa sana y salva con Rio y conmigo.

Dejo escapar un suspiro que refleja el que Rio soltó hace un rato, luego miro de nuevo hacia la puerta cerrada del baño. Han pasado varios minutos y la ducha sigue corriendo, lo cual es inusual en Rio. Es un hombre tan ocupado que normalmente no se demora.

De repente me invade un anhelo de sentir sus brazos a mi alrededor, de perderme en su calor y su fuerza, y antes de que tenga la oportunidad de sobreanalizar mis motivos, estoy fuera de la cama y cruzando la habitación.

Golpeo suavemente, luego entro sin esperar una respuesta. Está inclinado hacia adelante en la cabina de la ducha, con ambos brazos levantados y las palmas planas sobre la pared de azulejos. Su cabeza está colgando, y el agua cae en cascada sobre su espalda, formando riachuelos por su forma musculosa y sobre el vendaje que cubre sus costillas.

El vendaje debe ser impermeable. O eso, o se lo cambiará cuando salga.

Cuando entro, levanta la cabeza, y me encuentro con su mirada atormentada a través del vidrio empañado. Está sufriendo, y sospecho que no solo físicamente. Rio es un hombre acostumbrado a tener el control, y con nuestra hija desaparecida, el control ha pasado a alguien más.

Estoy segura de que odia eso.

Quita una mano de la pared y me la tiende, y sé que he tomado la decisión correcta al entrar aquí. Por ambos. Me quito rápidamente la camiseta grande de Rio que elegí usar anoche y me deslizo en la generosamente proporcionada cabina junto a él.

Sus brazos me envuelven con fuerza y me atraen cerca, y ni siquiera tengo la oportunidad de tomar aire antes de que su boca se aplaste contra la mía con una mezcla de necesidad y furia apenas contenida.

Abro mis labios y lo dejo entrar, sabiendo que la furia no está dirigida a mí y dando la bienvenida a su pasión abrasadora en cualquier forma que quiera entregarla.

Su furia coincide con la mía. Es *mi* madre biológica —y el supuesto "viejo amigo" de mi familia, Rossi— quien ha destrozado nuestras vidas.

Mientras Rio tiene el poder de la organización de su familia detrás de él, garantizando un ejército cuando lo necesite, yo no tengo nada a lo que recurrir excepto a mí misma y mi aún incipiente conexión con este hombre.

Lo imito en el beso frenético, mordiendo su labio inferior y gimiendo profundamente en mi garganta cuando sus dedos se deslizan en mi cabello suelto y lo agarran con fuerza para inclinar mi cabeza aún más hacia atrás.

Su erección no necesita estímulo. Está duro y listo desde el momento en que baja las manos y

arrastra mis caderas cerca. El calor generado entre nosotros por su polla, evidente incluso con la cascada de agua tibia que cubre nuestros cuerpos, convierte mi vientre en deseo fundido, y rompo el beso y dejo escapar un gemido.

—Te necesito —respiro las palabras contra su pecho y luego inhalo su seductor aroma masculino, disfrutando del rumor que vibra a través de él cuando levanto dedos exploradores y rozo uno de sus pezones.

—No hay tiempo para juegos previos, pajarito. No hoy —su tono es áspero, sonando como si apenas se estuviera aferrando al control.

Conozco la sensación. Es lo mismo para mí.

—No. No hay tiempo —mi voz tiembla tanto que apenas puedo hablar.

Me agarra por el trasero y me levanta, mis muslos descansando sobre sus poderosos antebrazos, y automáticamente envuelvo mis piernas alrededor de sus caderas antes de recordar.

—¡Espera! ¡Tus costillas!

—Estoy bien. El dolor es... necesario.

¿Qué significa eso? Entonces estrella mi espalda contra la pared de azulejos de la ducha, y el aire abandona mis pulmones de golpe. Mi cerebro deja de formular preguntas. La acción es más violenta de lo que esperaba, pero no me importa. El dolor en mi espalda se mezcla con la necesidad que me desgarras entre las piernas.

El agua caliente que aún fluye sobre nosotros arrastra cualquier cosa negativa por el desagüe. Aquí, envueltos por el vapor y el aroma del deseo, el mundo exterior desaparece. Me gusta así. Lo *necesito* así. Un respiro temporal del horror que nos espera afuera. Tiempo para que ambos simplemente... nos rindamos al instinto.

Necesito que mi marido me *folle*. Y lo necesito ahora.

Me baja hasta que la punta de su miembro se asienta en mi entrada, y mis gemidos se convierten en jadeos. Arqueo la espalda, moviendo mis caderas y retorciéndome en su agarre para intentar empujar hacia abajo. Quiero su carne expectante dentro de mí. No provocándome en la entrada. Quiero envolver mi vagina a su alrededor, succionarlo profundamente y dejar que llene mi canal con todo lo que es.

Necesito olvidar. Quiero que *ambos* olvidemos...

—Eres jodidamente hermosa, Bianca. *La mia bella moglie* —su voz es ronca, sus ojos brillan con una fuerte emoción.

No es amor, no en este momento, y sin embargo, paradójicamente, nunca me he sentido más amada.

En esta unión nos impulsa la rabia y una intensa necesidad de aniquilar el miedo por nuestro futuro.

Le sonrío, consciente de que probablemente no hay humor en mi expresión. Solo hambre. Él lo entiende. Tampoco hay humor en sus facciones, aunque sus labios también están estirados en una semblanza de sonrisa.

Él es el único que realmente entiende el terror que se esconde bajo cada una de mis respiraciones medio pánicas...

—Fóllame, Rio. Por favor. Hazme olvidar.

Finalmente, obedece, empujando hacia arriba y dentro de mí al mismo tiempo que me baja. La acción es dura y rápida, y duele un poco. Demasiado. Demasiado lleno. Jadeo mientras su carne preparada no deja espacio dentro de mí para nada más que necesidad. Me llena hasta el fondo, muy, muy adentro.

Mi cuerpo se ajusta a la invasión, y el placer se extiende en espiral mientras lo aprieto con mis músculos internos. *Deseo. Necesidad. Nunca lo dejaré ir...*

—Oh, Dios, se siente tan bien, tan correcto. Oh, Rio...

—Bianca, pajarito, nunca tendré suficiente de ti —embiste tan fuerte que todo mi cuerpo se sacude involuntariamente en sus brazos—. Nunca. Tendré. Suficiente —puntuía cada una de sus palabras con una embestida feroz en la que siento toda la furia contenida que ha estado tratando de controlar.

—Sí —me encuentro con cada una de sus embestidas con movimientos urgentes—. Fóllame duro.

Me pierdo en la sensación, retorciéndome contra él mientras continúa bombeando con fuerza dentro de mi cuerpo, una y otra vez. El agua cae en cascada desde la ducha sobre nosotros, el sonido es un dulce fondo para los gemidos y jadeos que salen de ambos.

Baja la cabeza y toma uno de mis pechos en su boca, succionando la carne antes de morder el pezón con sus dientes y lengua en una acción que causa ondas que se extienden desde ese punto sensible hasta mezclarse con el dolor en mi centro, y todo mi cuerpo anhela la liberación.

Estoy tan cerca del orgasmo, tambaleándome justo al borde. Cuando gruñe y muerde con fuerza mi pecho, ya no puedo contener la avalancha por más tiempo. Mis entrañas comienzan a apretarse alrededor de su miembro, y me pongo rígida en sus brazos antes de que mi cuerpo se haga añicos en un violento clímax que arranca un grito de mi garganta mientras lo cabalgo.

Él me sigue instantáneamente al abismo, su rugido amortiguado contra mi pecho mientras se sacude y tiembla y se libera profundamente dentro de mí.

Eventualmente, las sensaciones comienzan a disminuir, y él se desliza fuera de mí y me baja de nuevo al suelo de la ducha. Sus dedos trazan mi vientre, luego suben entre mis pechos hasta mi cuello, donde rodea mi garganta con un agarre no castigador, pero lo suficientemente firme para mantenerme en mi lugar contra la pared.

Mantengo la barbilla alta, permitiendo su toque. No, *deleitándome* en su toque, mientras su pulgar acaricia suavemente un lado de mi cuello.

—Tendrás moretones, pajarito —murmura, y logro asentir ligeramente a pesar de la prisión de su agarre.

—Lo sé. Ya los siento formándose —mi trasero y muslos duelen donde sus dedos apretaron mi carne con tanta fuerza—. Y una marca de mordida, creo.

Su mirada cae a mi pecho, y sus labios se tuercen ligeramente, como si no se hubiera dado cuenta

hasta este momento de lo que hizo en el calor de su pasión.

—La piel no parece rota, pero de todos modos haré que te traigan un ungüento.

Su mano se aleja de mi cuello y golpea ligeramente mi pezón con la punta de un dedo. Incluso saciada, la acción hace que me estremezca, como si mi cuerpo estuviera listo para más, si él lo eligiera.

—No pretendía lastimarte, Bianca. No hoy.

—Lo sé —enredo mis manos sobre su pecho y las entrelazo detrás de su cuello, tirando de él hacia abajo para plantar un suave beso en sus labios aún torcidos—. Está bien —añado cuando se aparta—. Necesitaba escapar. Tú también.

Suelto su calidez antes de inclinarme para cerrar los grifos. El repentino silencio es asfixiante.

—¿Qué querías decir con que el dolor de esto es necesario? —acaricio la cubierta impermeable sobre su herida de bala, con cuidado de presionar solo ligeramente.

Aunque con lo que acabamos de hacer, sospecho que si fuera a abrirse y empezar a sangrar de nuevo, ya lo habría hecho.

Las cejas de Rio se fruncen.

—Me da motivación y agudiza mi mente. Un recordatorio de que nuestro enemigo es peligroso, y un movimiento en falso resultará en lesión o muerte. Subestimé a Rossi una vez. El dolor me ayuda a concentrarme. No puedo permitir que me vuelva a vencer.

—¿Eso es todo? ¿No es...?

¿Cómo le pregunto a un hombre tan poderoso como Rio si ve el dolor como su merecido porque siente que ha defraudado a su familia?

Sus ojos se entrecierran, como si pudiera percibir lo que temo expresar con palabras. —Eso es todo —dice en un tono tajante.

Sale de la ducha, poniendo fin efectivamente al momento de intimidad, y alcanza un par de grandes toallas blancas de la pila sobre el mostrador cercano. Me entrega una de ellas.

—Recuperaremos a nuestra hija, mi hermosa esposa —dice—. Te lo prometo.

De repente, quiero gritarle, decirle que no prometa algo que quizás no pueda cumplir. Pero lo que sucedió no es su culpa, y no merece mi ira mal dirigida. Y de todas las personas que conozco, él es, por mucho, el mejor capacitado para asegurar que recuperemos a nuestra bebé, sana y salva, donde pertenece. Con nosotros.

Así que, en lugar de despotricar contra él o abalanzarme para golpearlo con mis puños ahora apretados, asiento en silencio y hundo mi rostro en la esponjosa toalla, frotando con fuerza mis ojos e intentando no imaginar lo peor.

El cuerpo mutilado de nuestra hija, o incluso peor, su pequeño cuerpo *sin vida*, arrojado al montón de desechos conocido en este retorcido mundo criminal como *daño colateral*.

Capítulo Dos

—*La venganza es un acto de pasión; la revancha, de justicia.*

Samuel Johnson

Rio

Mi enemigo por fin ha dado la cara, y lo *destruiré*.

Miro por la ventana de mi oficina en la planta baja de mi finca junto al río y me concentro en mantener mi respiración lenta y constante. Tengo que disipar algo de esta ira o afectará mi capacidad de concentración.

Un recuerdo destella en mi mente mientras observo los terrenos de la finca, una vez más prístinos, donde apenas anoche tuvo lugar la sangrienta batalla.

Mi padre estaba de pie sobre mí mientras yo yacía en la lona del ring de boxeo en su gimnasio, Nicky en la esquina luciendo ensangrentado pero de alguna manera triunfante. —Tenías la victoria, Gregorio. Y luego perdiste el enfoque, y tu hermano se aprovechó. Hoy eres un perdedor, y siempre serás un perdedor en la vida, a menos que mantengas el control sobre ese temperamento tuyo. Contén tu ira, muchacho.

Me tendió una mano para ayudarme a ponerme de pie, y tan pronto como estuve erguido y estable, su puño sin guante vino hacia mí tan rápido que apenas lo vi. El golpe me derribó directamente al suelo. Perdí el conocimiento esa vez. Cuando volví en mí, Nicky y mi padre se habían ido, y el médico de mi madre estaba agitando una especie de frasco bajo mi nariz.

Sales aromáticas anticuadas, descubrí más tarde, pero en ese momento, todo lo que dijo fue: —Si sigues decepcionando a tu padre, te matará un día, joven. Solo puedo hacer tanto para seguir recomponiéndote.

Perder el control no es una opción, me recuerdo. Debo mantener contenida a la bestia oscura que acecha dentro de mí. O Bianca y Emilia sufrirán.

La duda se ha colado por primera vez desde que asumí el manto como cabeza de la familia. No es ni bienvenida ni útil, y empujo los pensamientos recalcitrantes y los viejos recuerdos hacia abajo, imaginando aplastarlos en mi puño tan completamente como aplastaré a Rossi cuando lo encuentre.

Le prometí a Bianca que recuperaría a Emilia sana y salva, y tengo la intención de cumplir esa promesa.

Aun así, la voz interior continúa burlándose de mí. ¿La recuperaremos? Claramente, he juzgado mal a Rossi durante gran parte de mi vida, y me ha costado casi todo lo que aprecio.

¿Qué dice eso de mí, de mi capacidad para dirigir el imperio Agosti, que pude haber sido tan fácilmente engañado por otro?

Empiezo a caminar mientras espero que llegue Danelli, repasando mis acciones y decisiones hasta ahora.

No tenía sentido trasladarnos todos a una de mis otras propiedades, o a una de mis casas seguras,

o escondernos en mi barco. Ya vinieron por nosotros, y se llevaron lo que es mío.

Y mataré hasta el último de ellos por atreverse a enfrentarse a mí y a mi preciosa familia.

Me aparto de la ventana cuando escucho una voz fuera de mi puerta, pero no antes de ver un vistazo de mi reflejo en el cristal tocado por el sol de la mañana temprana. Mis labios son una línea delgada, y mis ojos son pozos de sombras en un rostro más pálido de lo habitual.

Cualquiera que me vea ahora mismo sabrá que no debe desafiarme de ninguna manera. A pesar de mi resolución, mi control está al filo de la navaja.

Apenas son las siete y media, pero Dana ya está en su escritorio en la antesala. Era su voz la que podía oír; ha estado trabajando en la lista de tareas que le di cuando llegó. Llamando a cada uno de los jefes de familia en la región noreste e informándoles sobre lo ocurrido antes de emitir una solicitud para asistir a una reunión aquí en la finca.

Sospecho que la mayoría ya lo sabe; la red de la jungla es rápida y efectiva, pero al menos debo hacer un espectáculo de seguir los canales de comunicación adecuados. Así como los diversos jefes probablemente fingirán ignorancia y conmoción cuando reciban la llamada.

La llamo por el intercomunicador y le imparto más instrucciones en un tono que no deja lugar a errores. Espero que la mayoría de mi equipo se reúna aquí en los terrenos. Rápido. Necesitamos un equipo mínimo para que permanezca en las diversas operaciones comerciales que continúan sin cesar, pero el resto del equipo debe estar aquí, terminando la limpieza de los terrenos, reforzando la seguridad y preparándose para partir en el momento en que obtengamos notificación de la ubicación del enemigo.

Necesito saber dónde se esconde ese hijo de puta de Rossi, y espero resultados de nuestra red de ojos y oídos en el terreno.

Finalmente, dejo de caminar y tomo asiento detrás del escritorio. Sorbo el café de doble fuerza que Dana entregó antes, aunque apenas registro el sabor. Está casi frío, pero necesito la dosis de cafeína. Mis pensamientos están dispersos, y debo reagruparme. *Concentrarme*. Una vez más convertirme en el despiadado jefe de familia que todos esperan en lugar de un padre temeroso por la seguridad de su hija.

Los jefes de familia, aquellos que elijan aceptar mi "invitación", deberían llegar dentro de las próximas dos o tres horas, y hay trabajo que hacer antes de eso.

Danelli llega unos minutos después. Mi segundo se pone en posición de firmes, mirando ligeramente más allá de mí sobre mi hombro izquierdo, como si no pudiera soportar encontrarse con mis ojos. Su culpa y vergüenza obviamente lo atormentan.

—Jefe, lo que sea que necesite, estoy en ello. Lo juro por mi vida.

Se culpa a sí mismo por el fiasco de anoche. Yo también. Pero afortunadamente para Danelli en este momento, me culpo más a mí mismo.

—Ten a todos los hombres que puedas reunir listos para partir a mi orden. Nos moveremos en el momento en que tengamos una ubicación.

Asiente rígidamente. —Sí, Jefe. Están listos. No le fallaremos.

Otra vez. La última palabra no se pronuncia, pero flota en el aire entre nosotros, manchando

nuestra relación. Las cosas nunca volverán a ser las mismas entre Danelli y yo.

Cuando esta situación se resuelva, ya no será mi segundo. Ambos lo sabemos. No tengo amigos, solo aliados y enemigos. Danelli ha sido una constante a mi lado durante muchos años, y no deseo pensar en cómo será el futuro sin él. Nicky es el siguiente en la línea, y ya sé que disfrutará del papel. Simplemente no estoy seguro de que yo lo disfrute tanto.

—¿Qué tienes? —ladro la pregunta, más duramente de lo que pretendía—. Y mírame directamente, maldita sea.

Inhala profundamente y exhala lentamente antes de ajustar su mirada para encontrarse con la mía por fin. —Obtuvimos confirmación de un par de fuentes diferentes. Al menos seis de los hombres muertos son de la banda de Carlos Rossi.

Asiento, sin sorprenderme. Aun así, es bueno tener el hecho confirmado. Rechino los dientes. Rossi es un hombre muerto caminando.

Y Rina estará igualmente muerta cuando la encuentre, si es cierto que se ha aliado con mi enemigo. Mi mente reconoce ese pensamiento y luego lo evade. No tengo tiempo para lidiar con eso ahora. Por supuesto, hay complejidades en torno a la acción de matar a la madre de Bianca. Consecuencias para mi esposa que probablemente serán de largo alcance y duraderas.

Vuelvo a prestar atención a Danelli, que sigue hablando. —...y recibimos noticias de uno de nuestros hombres en los muelles hace unos veinte minutos. Un par de miembros de la tripulación vieron algo sospechoso en el embarcadero. Una transferencia de barco a coche, por lo que parece. Alguien captó el sonido de un bebé llorando. Rápidamente silenciado, pero en cuanto se enteraron de lo que había pasado aquí, se pusieron en contacto para informarnos.

—¿Un coche? —Estiro la boca en un simulacro de sonrisa, pero Danelli se estremece ligeramente.

Claramente, mi expresión no ofrece ningún humor.

Hay varios lugares sin vigilancia a lo largo de la costa donde podrían haberse escondido y cambiado a otro barco o a un coche. No tendríamos esperanza de rastrearlos en ese caso. Sin embargo, ya que se detuvieron en el embarcadero, es posible que Rossi y Rina hayan cometido un error fatal justo allí.

—Deberían haberse quedado en el agua. Pon a un equipo a revisar las cámaras de CCTV de la zona y que sigan todas las posibles rutas de salida de...

—En ello, jefe. —Mi segundo se da la vuelta y da unos pasos alejándose, sacando su teléfono mientras lo hace para hacer una llamada.

Hay muchos que están discretamente en mi nómina, incluidos aquellos que tienen acceso a las grabaciones de las cámaras de la ciudad. La reputación de los Agosti es de largo alcance, y aprovecharé eso al máximo para recuperar a mi hijo.

Cuando Danelli se vuelve hacia mí de nuevo, su expresión contiene un leve atisbo de esperanza, donde antes no existía más que desesperación. —Eso significa que probablemente aún estén por la zona, o al menos en algún lugar dentro del estado. Si se hubieran escapado en el barco...

Niega con la cabeza, y yo gruño. Estamos de acuerdo en ese punto.

Asiento hacia la puerta, con la intención de despedir a Danelli. —Por ahora, nos preparamos para la llegada de los demás. Y esperamos información.

Su mirada se agudiza. —¿Los demás?

—Jefes de familia. He tenido a Dana enviando solicitudes durante la última hora. Ya estarán de camino aquí, si saben lo que les conviene. Y si no lo están, entonces eso mostrará su mano, y serán castigados. O están con la familia Agosti o contra nosotros. Ya no hay terreno neutral.

Danelli sabe tan bien como yo que nunca hubo terreno neutral. El imperio Agosti es demasiado grande para tener a alguien que no sea aliado. O enemigo.

Lo neutral no existe en *La Cosa Nostra*.

Las cejas de mi segundo se elevan mientras considera lo que he dicho, y sus labios se separan como si tuviera algo que quisiera expresar, pero al final, simplemente asiente. En el pasado, si tenía una opinión diferente a la mía, la habría expresado. Hoy no. Ninguno de los dos confía en lo que tiene que decir ahora mismo.

—Se metieron con mi familia —declaro en voz baja, pero hay un zumbido de emoción que subyace en mis palabras. No puedo ocultar completamente mi rabia siempre presente—. Mi *hijo*. Rompieron una regla de oro cuando hicieron eso. Y si llegaron a *mi* familia, podrían llegar a cualquiera de nosotros. Los demás vendrán. Lo garantizo. Ya sea en persona, o enviarán un representante.

—Prepara la sala de conferencias. Y asegúrate de que todos nuestros hombres estén en espera. En el momento en que averigüemos dónde están, los golpearemos con todo lo que tenemos. ¿Entendido?

Mi segundo asiente, sus labios una fina línea de determinación. —Entendido, jefe.

Se gira para irse pero se detiene al sonido de un golpe vacilante en la puerta.

—Adelante —ladro, esperando a Dana.

La sorpresa me invade cuando la puerta se abre, y es Bianca, no Dana, quien está en el umbral.

Lleva un suéter oscuro de cuello alto con pantalones negros ajustados y botas de tacón bajo, e incluso en las actuales circunstancias graves, mis labios inesperadamente se curvan en las comisuras. Le dije, anoche en el bosque, que necesitaba empezar a usar ropa oscura en este tipo de trabajo para ocultar la sangre. Parece que me ha tomado la palabra, quizás no conscientemente, pero el efecto es casi hipnotizante.

Ya no parece mi elegante esposa. Frágil, inocente, casi rota. En su lugar, se ve feroz y decidida, y ni un solo centímetro de ella transmite inocencia.

Abruptamente, mi pequeño destello de humor se desvanece. Ella nunca debería haber tenido que preocuparse por la sangre y la muerte. Como mi esposa, debería estar protegida de ese lado de la vida. Adornada con ropa y joyas de diseñador. Mimada y sin preocupaciones.

Me lanza una media sonrisa desconcertada, como si no estuviera segura de mi reacción ante su presencia. —Siento molestarte, Rio, pero hubo algo que Penn dijo antes... —Se abraza a sí misma, pero continúa después de solo una pausa minúscula—. Antes de morir. Sé que estabas allí, pero te habían disparado, y tal vez sus palabras no se registraron completamente.

Recuerdo vagamente que la mujer habló, pero Bianca tiene razón. El dolor y la pérdida de sangre afectaron mi capacidad de pensar con claridad en ese momento.

—¿Qué fue lo que dijo?

Su angustia es casi palpable, incluso desde el otro lado de la habitación. Quiero dar zancadas y estrecharla entre mis brazos.

Toma una respiración profunda, y su comportamiento cambia. Deja caer los brazos a los costados, y sus puños se aprietan. Luego levanta la barbilla, y encuentra mi mirada con un destello de determinación en sus hermosos ojos.

¿Frágil pajarito o fuerte reina de la mafia? Ella es ambas, mi Bianca, y en este momento, no podría estar más orgulloso de mi esposa.

—Dijo que se pondrían en contacto pronto, y que me reuniría con Emilia. Creo que planean contactarme, Rio. Supongo que no saben cómo... —Mira a Danelli, y el color inunda sus pálidas mejillas.

Él inmediatamente da unos pasos hacia la puerta alrededor de Bianca como si tuviera la intención de darnos privacidad.

—Espera.

Se detiene abruptamente ante mi orden.

Sospecho que él también debería escuchar esto. —Sí, Bianca. Puedes hablar libremente frente a mi segundo.

Danelli se endereza subrepticamente, como si mis palabras le hubieran dado la confianza para asumir nuevamente su papel.

Traga saliva con dificultad y luego dice apresuradamente:

—No creo que sepan lo que siento por ti. Me imagino que piensan que aún me retienen contra mi voluntad, y que si se ponen en contacto conmigo, no correré simplemente hacia ti con la información. Sospecho que no saben que en realidad me he enamorado de ti. Podríamos usar eso a nuestro favor, utilizándome como cebo.

Capítulo Tres

—Intentaba alejarse y aferrarse al mismo tiempo... la mente en guerra con el corazón.

r.h. Sin, The Mind's Journal

Bianca

Al final, resulta mucho más fácil de lo que esperaba admitir la verdad sobre mis sentimientos por Rio, incluso con Danelli allí escuchando.

Porque es la verdad. Amo a Rio, desesperadamente. Él y Emilia ahora tienen mi corazón, de una manera que nadie lo había tenido antes.

Rio y yo quizás seamos oscuros y retorcidos en cómo empezamos, y tal vez incluso ahora, nuestra dinámica no es lo que otros verían como "convencional". Sin embargo, en Emilia, hemos creado un hermoso rayito de sol, y juntos, somos una familia. No puedo soportar la idea de que algo malo le suceda a ninguno de ellos.

Mi esperanza es que Rossi aún no sea consciente de ese hecho, y si él no lo sabe, entonces es poco probable que Rina también lo sepa.

Rina. Es demasiado difícil pensar en esa mujer como mi madre. Yo *tenía* una madre. Una mujer amorosa que me dio una vida feliz, hasta el accidente de coche que se cobró su vida y envió a mi padre corriendo a las selvas de Tailandia para tratar de escapar de su dolor.

El repentino ardor en la expresión de Rio ante mis palabras convierte el calor de mis mejillas en un infierno furioso, y cuando extiende una mano, corro hacia él y me hundo en su abrazo.

Finalmente, levanto la cabeza de la seguridad de su pecho y hablo.

—La niñera dijo que sería pronto, Rio. Así que, todo lo que necesitamos hacer es esperar a que se pongan en contacto conmigo, y entonces puedes usarme como cebo para ir a recuperar a Emilia.

Rio inmediatamente se tensa bajo mi abrazo, y luego me agarra por los brazos y me empuja varios centímetros hacia atrás. Su rostro cuando me mira está lleno de una furia inesperada.

—Pensé que estabas bromeando con eso. Mi esposa no será *cebo*. No va a suceder.

Si fuera por cualquier otra razón, me estaría retorciendo fuera de sus brazos y corriendo hacia la puerta para escapar de la amenaza inherente en su expresión, pero estamos hablando de nuestra hija.

Aprieto la mandíbula y entrecierro los ojos mirándolo fijamente.

—Por Emilia, haré *cualquier cosa* —digo firmemente, y apenas registro un silbido de Danelli sobre el rugido de la sangre en mis oídos—. Y si se ponen en contacto conmigo... no, *cuando* se pongan en contacto conmigo —corrijo—, eso ofrecerá la mejor oportunidad para averiguar dónde están y recuperarla. Dijeron que pronto me reuniría con ella, y eso significa que tienen la intención de traerla hasta mí o llevarme hasta ella.

Ahora sí me retuerzo fuera de su agarre, pero en lugar de huir, me inclino hacia adelante y

presiono un dedo contra los firmes músculos de su pecho.

—Y cuando lo hagan, más te vale aceptarlo y estar listo, porque si no lo estás, entonces... entonces...

Vacilo ante las sombras que ocultan las facciones de Rio. Lo estoy empujando demasiado lejos. Incluso yo lo sé. Él cruza los brazos sobre su pecho.

—¿Y entonces, esposa? —Su voz es suave, peligrosamente suave.

No puedo echarme atrás ahora. Incluso si una oleada de miedo debilita los músculos de mis piernas y amenaza con hacerme desplomar a sus pies.

—Entonces no te lo diré, e iré a recuperarla yo sola.

Una pequeña parte de mí está tan asustada que siento que voy a orinarme encima. He provocado demasiado al oso, y se ha despertado. *¿En qué estaba pensando?*

Estás pensando en Emilia, me recuerdo mientras nos miramos fijamente en un silencioso enfrentamiento.

Pasa un latido, luego otro, y entonces el clic de la puerta cerrándose detrás de mí parece romper el punto muerto. Rio mira por encima de mi hombro, sacude la cabeza y suelta una débil risa que es tan inesperada como un alivio.

—Asustaste a mi segundo. Y eso no es fácil.

Miro hacia atrás y me doy cuenta de que Danelli debe haberse escabullido mientras discutíamos.

—Entiende esto, Bianca. Eres literalmente la única persona en este mundo a la que le permitiré hablarme de esa manera. Cualquier otro, y estaría muerto. O le faltarían un dedo o dos. Danelli no estaría escabulléndose como un cobarde. Estaría aquí organizando una limpieza.

Suelto un gran suspiro. ¿Cómo logré pronunciar esas palabras anteriores cuando apenas podía respirar? Asiento, tomándome un momento para permitir que mi ritmo cardíaco vuelva a un rango cercano a lo normal.

—Te creo —respondo suavemente cuando finalmente me siento menos temblorosa—. Y si sentiste que eso fue irrespetuoso, me disculpo por mi comportamiento. Pero nunca me disculparé por querer hacer todo lo que esté en mi poder para recuperar a Emilia, Rio. Nunca.

—Ven aquí, pequeña. —Me envuelve de nuevo en su abrazo, y me hundo contra él sin resistencia, permitiendo que su calor relaje mi cuerpo tenso y disfrutando de su aroma que impregna el aire a nuestro alrededor. Sus labios acarician la parte superior de mi cabeza, y luego su voz murmura sobre mí—. No deseo ponerte en peligro, mi hermosa reina de fuego. Pero ella es nuestra, y veo que necesitas estar involucrada en su regreso tanto como yo.

—Por supuesto que sí. —Me inclino hacia atrás y lo miro fijamente—. ¡Es mi maldita *madre* quien se la llevó!

Como si alguno de nosotros necesitara el recordatorio.

Justo así, el proverbial elefante en la habitación se vuelve real. Tenemos que derribar a mi madre biológica para salvar a mi hija. Una vivirá, mientras que la otra... no. Conozco a Rio. No dejará vivir a ninguno de sus enemigos.

La náusea se revuelve en mi estómago. Quizás mi horror ante la elección imposible se muestra en mis ojos porque el comportamiento de Rio se vuelve gentil mientras toma mi mano y me lleva al área de asientos frente a la chimenea.

Me atrae para sentarme a su lado en el amplio sofá.

—Sabes que no puedo dejar que Rina viva. Si es cierto que está junto con Rossi en esto, entonces ambos deben morir. Es la única forma de mantenerte a ti y a Emilia a salvo y mantener intacta la reputación de los Agosti.

La emoción brota, fuerte y conflictiva. No puedo categorizar lo que estoy sintiendo. La complejidad es demasiado difícil de expresar con palabras. Se siente como una sobrecarga del sistema, como si toda una habitación llena de gente me estuviera gritando a la vez, y no pudiera distinguir ninguna voz en particular entre la multitud.

Rina me *dio a luz*. Sin importar lo que pasó después, ella siempre será mi madre biológica. Sin embargo, parece probable que ella y Rossi estén trabajando juntos para robarme a mi hijo. Y eso está mal en todos los sentidos. Puso a su propio nieto en peligro e intentó matar a mi esposo además de destruir el negocio familiar.

Si ella *está* involucrada, entonces entiendo por qué Rio cree que tiene que matarla. En su mundo —no, corrijo mis pensamientos, en *nuestro* mundo— es matar o morir, lo que probablemente hace que sus próximas acciones sean tan inevitables como respirar. Rio debe matar para proteger lo que es suyo, porque si no lo hace, todo lo que le importa será destruido.

Rina y Rossi también habrían sabido eso en el momento en que decidieron enfrentarse a Rio. Ellos son tanto parte de este mundo como cualquiera de nosotros.

Miro fijamente mis pies con botas, mis pensamientos en caos y el flujo de sangre en mi cabeza reduciendo mis sentidos casi a nada.

Matar o morir. ¿Es esa la lección de la Mafia para hoy? ¿O es proteger a los nuestros? ¿O la familia lo es todo?

¿Qué pasa si tu familia está en ambos lados de la batalla? ¿Cómo eliges?

No estoy segura de cuánto tiempo pasa antes de que registre a Rio diciendo mi nombre en un tono cada vez más alto.

—Bianca. Pajarito. Mírame.

Levanto la cabeza y encuentro su mirada oscura, que contiene tanto ira latente como compasión. ¿La compasión es para mí? ¿Estoy siendo tan transparente?

Levanta una mano y ofrece una suave caricia alrededor de mi mandíbula. —No deseo herirte con este conocimiento. Pero necesitas prepararte para lo que viene.

—Sí. Sé lo que viene. Se avecina una guerra. Y este es el momento —incluso más que anoche cuando tomé esa pistola y le disparé a alguien para protegerte— en que tengo que elegir mi bando.

Tomo una respiración profunda y la dejo salir lentamente, temblorosamente, sabiendo que estoy a punto de acceder a algo que nunca imaginé que aceptaría. Ni en mil vidas.

—Estoy contigo, Rio. Tú y Emilia son mi familia. Mi mundo. Y te apoyaré en cualquier acción

que sea necesaria para proteger ese mundo.

Abre los labios, a punto de responderme, pero el teléfono celular en mi bolsillo comienza a vibrar.

Capítulo Cuatro

«La maternidad. Todo amor comienza y termina allí».

Robert Browning

Bianca

Miro fijamente el mensaje en la pantalla, con una tensión nerviosa que hace temblar mis dedos mientras sostengo el teléfono.

Responde cuando estés sola.

A pesar de mi bravuconería de hace unos minutos sobre mi determinación de ofrecirme como cebo para que Rio y su equipo vinieran a por mí, nunca pensé realmente en lo que eso podría significar.

Esto es real. No es un libro ni una película. Estoy a punto de poner mi vida en peligro, sin mencionar la de Emilia. Si cometo un solo error, todos los que amo podrían terminar muertos.

Sin embargo, por Emilia haré cualquier cosa, así que levanto la barbilla y trago saliva antes de encontrarme con la mirada intensa de Rio. —Bien, entonces. ¿Respondo inmediatamente? Yo... ¿Qué hago ahora? ¿Qué debería decir?

Un sudor repentino cubre mis axilas, y el teléfono se resbala un poco en mi agarre mientras mis palmas se humedecen igualmente.

—Diles que estás sola en tu suite.

Hago lo que Rio me indica. Luego no puedo resistir escribir un segundo mensaje.

Todos los demás están abajo. ¿Mi hija está bien?

Rio chasquea la lengua pero no me impide enviarlo. Pasan dos minutos, en los que el único sonido que impregna el silencio de la habitación es el siseo del fuego de gas cercano.

Cuando suena mi celular, doy un salto, y mi corazón inmediatamente se acelera. Pensé que responderían por mensaje, no que llamarían. El número aparece como llamada privada.

—Tranquila —murmura Rio, con su mano cálida sobre mi muslo, aunque puedo oír la tensión en su tono—. Contesta y pon el altavoz. Ten mucho cuidado con lo que dices, pajarito. No los asustes.

¡No me digas! Levanto el auricular y toco el botón verde, luego activo la función de altavoz. No necesito fingir mi ansiedad y miedo. Impregna cada palabra que sale de mi boca, cada respiración temblorosa que pasa por mis labios.

—¿Sí? ¿Es... Quién es?

—Bianca, a pesar de las circunstancias, es bueno escuchar tu voz una vez más.

Rossi.

Rio se pone rígido a mi lado, sus facciones se vuelven de piedra mientras aprieta los labios.

—¿Carlos? ¿Tienes a Emilia? ¿Está bien? *Por favor...*

—Ella está bien, querida. No tenemos intención de lastimarla, te lo prometo.

¿Tenemos? Mi respiración sale en un pequeño sollozo que no es fingido. Está bien. Por ahora, al menos. Me aferro a ese pensamiento.

—¿Qué puedo hacer? ¿Qué necesitas de mí? Solo quiero que mi niña regrese. Por favor, Carlos...

—Bianca. —Su tono cambia ligeramente, interrumpiendo mi divagación con una nueva firmeza —. No deseamos hacerte daño, tampoco. Todo lo contrario. Tengo a alguien aquí que quisiera decir unas palabras. Tendrá que ser rápido.

Una pausa, y luego una voz femenina entra en la línea. Su acento es fuertemente italiano, el sonido un poco ronco como si la hablante estuviera luchando contra la emoción. —¿Bianca? ¿Eres realmente tú?

La mano de Rio en mi muslo se aprieta de forma convulsiva, y una opresión me agarra el pecho.

Pasan varios latidos antes de que pueda responder. —¿R-Rina?

No puedo forzar nada más. De repente me duele demasiado la garganta.

No quería que fuera verdad.

Por supuesto que quería que mi madre biológica siguiera viva, pero no esto. No su participación con Rossi.

Las lágrimas brotan y comienzan a caer por mis mejillas, pero me siento como si estuviera congelada en el lugar. Ni siquiera puedo levantar una mano para limpiarlas. Pasan unos segundos antes de que me dé cuenta de que la mano de Rio ya no está en mi muslo. Su pulgar acaricia primero una mejilla y luego la otra, eliminando la humedad allí. Su toque suave me da el coraje para continuar.

—Entonces, ¿es cierto? Tú... ¿Realmente estás... viva?

Estoy diciendo lo obvio, lo sé, pero mi cerebro es como papilla, tratando de procesar. Tantas preguntas. Tantas cosas que podría preguntar o decir... o *gritar* al teléfono. Pero no lo hago. En su lugar, espero su respuesta y me muerdo el labio inferior con tanta fuerza que saboreo la sangre.

—Lo estoy. Y mi nieta está conmigo, como debe ser. Está a salvo, Bianca. Nunca lastimaré a Emilia. Su hermoso rostro... Es tan parecida a ti a la misma edad. Tan perfecta. La adoro, *mia figlia*.

¿*Mia figlia*? ¿Mi hija? Articulo la pregunta a Rio, quien me da un breve asentimiento.

Vuelvo a centrarme en el celular en mi palma, con una repentina ira pulsando a través de mí con cada latido. ¡*No te atrevas a llamarme así, loca!*

—Quiero que seamos una familia de nuevo, mi Bianca.

El espectro de Francine se alza en mi memoria. Y Leon. Incluso Penn, que estaba haciendo lo mejor para Emilia a su manera retorcida. Todas las personas que ya han muerto en esta batalla, o han sido heridas, ¿y para qué? ¿Por esta mujer y su cómplice, Carlos Rossi, y una necesidad enfermiza de ser una *familia* de nuevo?

Los pensamientos dan vueltas en mi cerebro como buscando liberarse, pero todo lo que logro soltar es una media risa estrangulada.

—Siempre quise encontrarte, pero nunca supe a dónde te llevó la niñera. Perdí a mi esposo ese día, en la explosión, pero también perdí a mi hija.

Bueno, supongo que eso responde al menos una de mis mil preguntas. Una pequeña parte de mí se preguntaba si, de alguna manera, mi padre biológico también podría estar vivo.

—Y ahora te hemos encontrado —continúa Rina, su voz llena de emoción. Suena como si estuviera conteniendo las lágrimas.

Como yo.

—Finalmente es el momento. Desde que tu *esposo* —escupe la palabra, y mis ojos se abren ante el repentino vitriolo— te encontró, Carlos me ha estado ayudando a preparar las cosas para reclamar el nombre y la fortuna de los Carlotti. Es nuestra, Bianca, no *suya*, y pronto nos reuniremos. Tenemos un plan para rescatarte de sus garras, y entonces todo estará bien. Finalmente estará bien.

—¿Dónde estás? Iré a ti. Déjame...

El sonido de sollozos interrumpe mis palabras, y luego Rossi vuelve a la línea. —Hemos hablado demasiado tiempo, Bianca, por hoy. Iremos por ti pronto, y cuando lo hagamos, debes estar lista.

—Yo... Sí, estaré lista. Por favor, solo quiero estar con mi hija. No...

—No le cuentes a nadie sobre esta llamada. Si lo haces...

Su decisión de no terminar la frase es de alguna manera peor que declarar su intención directamente. ¿Él qué? ¿Lastimará a Emilia? ¿La matará? Ahora que he hablado con Rina, no puedo imaginar que ella permitiría que eso sucediera. Pero suena un poco loca, así que ¿quién sabe?

Trago saliva con dificultad, sabiendo que solo hay una cosa que puedo decir.

—No se lo diré a nadie. Lo prometo.

—Júramelo. Por la vida de tu hija.

Dios mío. Cruzo los dedos de mi otra mano y miento con el tono más seguro que puedo manejar.

—Juro por la vida de mi hija que no le contaré a nadie sobre esta llamada.

La realidad es que en realidad no le he contado a Rio sobre la llamada. Solo le permití escuchar. Pero es una tecnicidad. Sé lo que Rossi estaba pidiendo, y acabo de jurar una mentira por la vida de mi hija.

Cuando la llamada termina abruptamente, cierro los ojos y envío una silenciosa oración hacia arriba. *Por favor, Dios. Sé que acabo de mentir más o menos, lo sé, y me disculpo por eso. Pero por favor, por favor, no dejes que lastimen a mi niña.*

Tampoco dejes que lastimen a Rio. Por favor, mantenlo a salvo también.

Rio

Dana ha confirmado que todas las familias —excepto los Rossi, por supuesto— han enviado un representante. Los últimos han llegado ahora, y todos están esperando en la sala de conferencias del búnker en el piso de abajo.

Me tomo el tiempo antes de entrar para llevar a Danelli aparte en el pasillo fuera de la sala del búnker para recibir una actualización. En el momento en que terminó la llamada telefónica entre Bianca y Rossi, le di órdenes estrictas con respecto a la respuesta coordinada en las diversas propiedades de Rossi. Mi segundo ahora confirma que las instalaciones comerciales y personales de mi enemigo han sido arrasadas.

No esperaba que mi enemigo estuviera en ninguna de sus ubicaciones conocidas, y no me sorprende cuando Danelli confirma ese hecho. Pero al menos ahora no hay nada a lo que pueda volver. Tomará años reconstruir lo que mi equipo ha destruido en un par de horas.

—Quiero un rastreador en Bianca —le digo a Danelli—. Tan pronto como termine esta próxima reunión. Mierda. Quiero múltiples rastreadores en ella. En su ropa, en su teléfono, en cualquier vehículo en el que se suba. No dejes que mi esposa mueva un músculo sin saber exactamente dónde está en cualquier momento dado.

—Sí, señor. Me encargo. Aunque... —Se detiene, claramente con más que decir, y agito mi mano en un gesto de "suéltalo"—. Podría ser mejor intentar algo menos obvio en su lugar. En caso de que la capturen y la registren.

—Continúa.

—Hay un nuevo tipo de rastreador inyectable... Va debajo de la piel... Logramos conseguir varios hace solo unas semanas.

Doy golpecitos con los dedos en mi barbilla, considerándolo.

—¿Es seguro?

—Creo que sí, señor. Ha sido probado extensivamente por ciertas áreas del gobierno...

—Entonces úsalo. Lo que sea necesario. Si fallas en mantenerla a salvo, Danelli, mueres. ¿Está claro?

—Cristalino, Jefe. Si le fallo de nuevo, lo haré yo mismo. No necesitaré hacerlo usted.

Me alejo sin más discusión. No hay necesidad de decir nada más. Está encargado de la vida de Bianca, y ambos conocemos las consecuencias del fracaso. Su vergüenza aún lo impulsa, y su necesidad de salvar las apariencias con mi familia y equipo será la mejor motivación posible.

Hago una pausa en la puerta de la sala de conferencias para permitir que la turbulencia que agita mis entrañas se asiente. Quien acuñó el término "desgarrador" sabía de lo que hablaba.

Del otro lado de esta puerta, esperan ver a Rio Agosti, el frío y lógico jefe de una de las familias más poderosas del país. Independientemente de cualquier debilidad interna que esta situación me haya expuesto, el Jefe despiadado es lo que necesito presentar a todos los demás.

El niño acosado que aparentemente aún vive en lo profundo de mí, junto con la rabia negra que creció a partir del acoso, debe permanecer encerrado para siempre de miradas indiscretas.

El mundo nunca debe conocer al verdadero Rio Agosti. El niño que lloró en los brazos de su madre cuando su padre lo obligó a matar. Hay demasiado en juego sobre mis hombros como para

flaquear públicamente de esa manera.

Los hombres en esta sala nunca deben sospechar ni un atisbo de debilidad, o soy un hombre muerto caminando. Al igual que todas las personas que dependen de mí.

Bianca lo sabe, me recuerda una pequeña voz interior. Ella ha vislumbrado al verdadero Rio y de alguna manera decidió que me ama de todos modos.

Como si mis pensamientos la hubieran conjurado, una mano se desliza por el hueco de mi codo. Bajo la mirada hacia Bianca parada a mi lado. La dejé con sus guardaespaldas hace casi dos horas, y no esperaba verla aquí ahora.

—Voy a entrar allí contigo —su voz es tranquila, sus ojos resueltos.

Recorro con la mirada su atuendo. Todavía está con su impresionante negro. El suéter y los pantalones son casuales pero sexys como el infierno, la forma en que se adhieren tan ajustados y muestran su esbelta figura. Desde nuestra última reunión, ha recogido su cabello en un moño alto y desordenado y ha agregado maquillaje que convenientemente oculta sus rasgos pálidos.

—No —decido—. Necesitas mantenerte alejada de...

—Sí, Rio. Voy a entrar allí contigo.

Su boca se afina en una línea determinada, atrayendo mi atención hacia el lápiz labial carmesí con el que ha delineado sus labios.

—Estamos juntos en esto, Rio. Voy a entrar contigo, pero esta vez será como tu compañera e igual, no como alguien bonita para adornar tu brazo y confirmar tu masculinidad.

Parpadeo, sin estar seguro de si estoy más sorprendido por sus palabras o su obstinación.

—Debería ponerte sobre mi rodilla por esa impertinencia.

—Promesas, promesas —sus labios carmesí se elevan ligeramente—. Podemos hacer eso más tarde si quieres, cuando tengamos a nuestra niña de vuelta.

A pesar de la sonrisa, sus ojos se endurecen con una seriedad que no había visto en ella antes. La idea de llevar a cabo esta reunión con Bianca a mi lado —especialmente en este estado de ánimo suyo— es extrañamente emocionante.

—De acuerdo. Lo permitiré.

Ella se ríe suavemente.

—¿Lo permitirás, eh?

Elijo ignorar su pequeña provocación, agregando severamente:

—Recuerda, los hombres en esa habitación son pirañas. No responderán tan bien al secuestro de Emilia como lo harán a la percibida amenaza a sus propias bases de poder. A eso es a lo que apelaré para ganar su apoyo. No a nuestra hija.

Suavizo mi tono.

—Por favor, nunca pienses que no estoy poniendo a Emilia primero.

—Tiene sentido, Rio. Lo entiendo. Haz lo que necesites hacer.

—Bien —doy unas palmaditas a los dedos que agarran mi antebrazo—. Yo hago la conversación. ¿Está claro?

Ella sonríe de nuevo, un destello de humor que desaparece tan rápido como apareció.

—Ya veremos.

Entonces empuja la puerta, tira de mi codo y entra con confianza en una sala llena de las personas más peligrosas del país, como si no tuviera ni una pizca de miedo o ansiedad en su cuerpo.

Solo que siento el repentino temblor en sus dedos. Y en ese momento, me doy cuenta de que mi hermosa esposa es tan buena como yo fingiendo. Nunca he estado más orgulloso de ella, ni más aterrorizado por su seguridad y la de Emilia.

Capítulo Cinco

«Haz siempre lo que temes hacer».

Ralph Waldo Emerson

Bianca

Mi instinto es darme la vuelta y correr. Volver a mi suite para sentarme en relativa seguridad, o al menos tanta seguridad como es posible aquí ahora que la finca ha sido violada dos veces. Aun así, tendría a Lee y Mitch de guardia para protegerme, y podría esperar a que Angel regrese.

Preferiría hacer eso a enfrentar todo el poder latente y la crueldad no tan latente que me mira fijamente mientras rodeo la larga mesa de conferencias hasta donde el asiento de Rio permanece vacío al final.

Pero no puedo huir. No esta vez. Es el destino de *mi* hijo el que están aquí para discutir, y que me condenen si me voy a quedar sentada arriba mientras los hombres en esta sala deciden el futuro en nombre de mi familia. No dejaré que eso suceda sin mi opinión.

El cambio en mi relación con Rio es más evidente ahora que en cualquier otro momento, incluso superando el hermoso instante en que di a luz a Emilia y él sostuvo a nuestra hija en sus brazos.

Acaba de dejarme salirme con la mía allá en el pasillo. Y sus ojos brillaron con lo que parecía orgullo en lugar de molestia cuando me adelanté a él de manera probablemente imprudente hacia esta reunión.

Me aferro a su brazo con más fuerza de la que pretendo, buscando consuelo en su calidez y fuerza. Cuando llegamos a la cabecera de la mesa de conferencias, hace un gesto a uno de los muchos hombres de seguridad distribuidos por el borde de la sala para que tome una silla extra y la coloque junto a la que lo espera a él.

—Caballeros, estoy diciendo lo obvio, pero mi esposa se unirá a nuestra reunión —espera hasta que estoy sentada antes de agregar—: ¿Alguna objeción?

Atraviesa a cada hombre aquí con su mirada dura e intensa, mientras que en comparación, yo lanzo rápidas miradas nerviosas a los ocupantes alrededor de la mesa. Jefes de la mafia, todos y cada uno. De pie detrás de ellos hay una mezcla de seguridad y hombres que parecen abogados, apoyados contra la pared con maletines a sus pies.

He conocido a la mayoría de estos hombres una o dos veces en eventos sociales, y por supuesto todos estuvieron aquí en la reunión anterior, con la excepción de Gianni Martelli, quien me está mirando ahora con sus ojos sombríos como de reptil y una boca sin sonrisa.

Reprimo un escalofrío, no queriendo que vea que su escrutinio me afecta de alguna manera. Rio tenía razón cuando visitamos Washington. No debería haber antagonizado al hombre en la fiesta de compromiso de su hija. Las personas en este mundo tienen memoria larga y no parecen perdonar fácilmente.

Con otro sobresalto interno que espero ocultar de todos ellos, me doy cuenta de que el hermano de Rio, Nicky, también está aquí, sentado junto a Martelli. Mi cuñado me asusta muchísimo. No tanto como Rio siempre lo ha hecho, pero al menos con Rio, ahora sé que me ama. Sospecho que

Nicky me aplastaría en un abrir y cerrar de ojos si alguna vez lastimara a su familia. Su dureza no se suaviza por ninguna forma de amor o afecto hacia mí.

El silencio se prolonga. Estoy segura de que todos ellos se oponen a mi presencia en la mesa. Las mujeres en este mundo son para decoración; no son tomadoras de decisiones. Pronto queda claro que nadie tiene las agallas para hablar.

Mala suerte, señores. No se saldrán con la suya hoy.

Las miradas nerviosas no servirán en este grupo. Levanto la barbilla y emulo a mi esposo, mirando por encima de la nariz a cada uno de ellos y asintiendo educadamente a todos, uno tras otro. Martelli baja la cabeza para que no pueda leer su expresión. Los labios de Nicky se curvan en una sonrisa lobuna.

Rio no pierde más tiempo en ir al grano.

—Todos están al tanto de lo que sucedió aquí anoche, así que no lo repetiré. Ahora tengo confirmación de que Carlos Rossi está en el centro de los recientes ataques contra nuestras familias. Su intención era desestabilizarnos hasta el punto de que estallara una guerra territorial. Mientras estamos ocupados peleando y matándonos entre nosotros, su plan era entrar tranquilamente y tomar el control.

—Con *su* madre muerta milagrosamente recuperada a su lado —por supuesto, es Martelli quien interviene con esa joya.

—Sí, con mi madre biológica, Rina Carlotti, ayudándolo —estoy orgullosa de que mi voz suene segura y confiada.

E incluso logro contenerme de poner los ojos en blanco.

Martelli me concede menos de un segundo de su atención antes de volverse hacia Rio.

—¿Eso va a ser problemático?

Abro la boca para responder, pero Rio cierra la línea de conversación con una palabra dura:

—No.

—¿Qué pruebas tienes? —otro hombre que vi la última vez que se reunieron aquí, creo que su nombre es Sabino, si mal no recuerdo, interviene. Su tono es curioso, no agresivo, y Rio inclina la cabeza hacia el hombre.

—Rossi llamó a mi esposa hace poco más de dos horas y admitió su papel en el secuestro de nuestra hija. Bianca también habló con Rina... —levanta una mano cuando otro hombre abre la boca para hablar—. Y sí, la llamada estaba en altavoz, así que puedo verificar personalmente que la mujer está viva y muy involucrada en el complot propuesto contra nosotros, junto con Rossi.

—¿Quiere desestabilizarnos a todos? ¿Apoderarse del negocio de todos? —recuerdo que el nombre de ese hombre es Darov. Ha estado tamborileando con sus dedos manicurados sobre la mesa mientras los demás hablan. Ante el asentimiento de Rio, agrega—: Entonces es un problema que todos necesitamos abordar. Y rápidamente.

—De acuerdo —dice Rio con suavidad.

—Entonces, ¿qué has hecho ya para contener esta situación? —Martelli claramente está

buscando debilidad en Rio, esperando que la respuesta sea nada aún.

Ja, pienso. No conoces a mi esposo.

Puede que no haya sido informada de todo lo que ha estado sucediendo entre bastidores esta mañana, pero he escuchado fragmentos de conversación aquí y allá. Sé que Rio tiene muchos hierros en el fuego. Su red es enorme, y confío en que está tan al tanto de esto como cualquiera podría estarlo.

Rio permanece exteriormente tranquilo. Me pregunto si soy solo yo quien puede sentir la molestia casi palpable que emana de él cada vez que Martelli abre la boca. Alcanzo y toco su mano, que descansa sobre la mesa frente a él, y lentamente desliza sus dedos sobre los míos.

Si no puedo hacer nada más por él en este momento, al menos mi toque puede ayudar a centrarlo un poco.

—Tan pronto como se completó la limpieza aquí en la finca, organicé equipos en tierra en cada una de las direcciones comerciales y personales conocidas de Rossi. En el momento en que terminó la llamada telefónica, di la señal. Todos los lugares fueron atacados —echa un vistazo a su reloj— hace poco más de una hora. No esperaba encontrarlo in situ, y eso resultó ser correcto, pero puedo confirmar que sus instalaciones comerciales y su finca y hogares personales han sido destruidos.

—¿Destruídos? —Martelli levanta una ceja inquisitiva.

—Bombardeados con fuego.

Resulta que estoy mirando a Nicky, cuyos ojos se ensanchan antes de fruncir los labios. Obviamente no estaba al tanto del plan. Luego me doy cuenta de los murmullos de asombro alrededor de la mesa.

Rio no les da oportunidad de procesar ese anuncio. Continúa.

—También tenemos información recibida de las imágenes de CCTV que ha reducido la ubicación actual del hombre a algún lugar de este lado de Augusta.

No puedo ocultar mi pequeño sobresalto. Seguramente, Rossi no sería tan estúpido como para usar el mismo lugar para alojar a Rina y Emilia que el que organizó para mí hace todos esos meses, ¿verdad?

Como si Rio estuviera en sintonía con cada una de mis emociones, me lanza una mirada y niega con la cabeza de manera casi imperceptible. De acuerdo. Así que no es *ese* apartamento. Pero Rossi obviamente tiene contactos en el área de Augusta, y ese es un lugar tan bueno como cualquier otro para empezar a buscar. Por primera vez desde que me di cuenta de que Emilia no estaba en la cuna de su habitación, una chispa de esperanza se enciende en mi pecho.

—Estamos esperando otra llamada para Bianca. Nuestros enemigos creen que ella está a mi lado contra su voluntad, y creemos que tienen la intención de recogerla y llevarla con su hija.

—Ella *estaba* aquí contra su voluntad —habla Nicky suavemente, sus ojos curiosos mientras su mirada va y viene entre Rio y yo—. Perdóname, pero ¿estás seguro de que ese ya no es el caso, hermano?

Ah, el uso de *hermano* para recordarle a Rio de qué lado está. Nicky es astuto, e inteligente, y

claramente no piensa mucho de mí.

Todo bien. Realmente no me cae muy bien en absoluto.

Respondo antes de que Rio tenga la oportunidad de hacerlo. —Amo a Rio y a nuestro hijo más que a nada en el mundo, *cuñado* —digo en el tono más calmado que puedo manejar—. Salvé la vida de tu hermano anoche. Nuestros enemigos no lo saben porque la niñera está muerta y no pudo decírselo, pero Rio lo sabe. Él estaba allí y consciente todo el tiempo. Tuve la oportunidad de huir anoche, pero elegí no hacerlo. Y nunca lo haré. Nunca más.

Un murmullo bajo comienza de nuevo mientras los hombres empiezan a susurrar entre ellos.

Rio resopla con un pequeño sonido de molestia. —Haré lo que sea necesario para derribar a Rossi y a Rina.

De alguna manera, incluso sin levantar la voz, logra hablar por encima de todos, y el murmullo se detiene al instante.

—Mi esposa y yo estamos unidos en nuestro matrimonio, y deseamos proteger lo que es nuestro. Ahora, es momento de decidir. ¿Quién está conmigo?

Mira alrededor de la habitación, y un escalofrío recorre mi espalda ante el repentino poder que emana de mi esposo. Lo oculta la mayor parte del tiempo y lo saca cuando es necesario. *Este* es el Rio al que todos temen. Está flotando justo ahí cerca de la superficie; puedo sentirlo.

Me encojo discretamente un poco en mi silla cuando añade suavemente: —¿Y quién, caballeros... *no* lo está?

Capítulo Seis

"El vínculo que une a tu verdadera familia no es de sangre, sino de respeto y alegría en la vida de los demás".

Richard Bach

Rio

Al final, todos los hombres en la sala de conferencias acuerdan apoyarme. No es que tengan otra opción real. Pero ahora el ejército que se está reuniendo para marchar contra Rossi es demasiado grande para que él pueda enfrentarlo, y es solo cuestión de tiempo antes de que lo encontremos y destruyamos a él y a cada miembro restante de su equipo.

Mientras esperamos, decido trasladar nuestra base de operaciones de vuelta a la ciudad e instalar a Bianca en el ático una vez más. Con muchos de mis hombres desplegados en los recientes ataques a las propiedades de Rossi, la finca está resultando demasiado grande y extensa para protegerla adecuadamente.

Hasta que nuestro enemigo sea destruido, el edificio en el centro de la ciudad es una propuesta mucho más fácil de vigilar. Está rodeado por otras propiedades que poseo y monitoreado por un sistema privado de CCTV operado por mi equipo. El edificio ofrece un punto de defensa más contenido, y será mucho más fácil detectar si un ataque es inminente desde allí.

Bianca no pone objeciones. De hecho, su alivio al dejar la finca es obvio, y en la limusina de regreso a la ciudad, finalmente habla por primera vez desde que salimos de la reunión de los jefes de familia.

—Ese lugar está embrujado para mí —señala detrás de nosotros, hacia las puertas de la finca que desaparecen en la distancia—. No solo porque Penn se llevó a nuestro hijo justo debajo de nuestras narices, sino por los otros que murieron allí. Tu tía, Francine...

—Sí. Mi tía no merecía lo que le pasó. Pero será vengada, Bianca, y pronto.

—Lo sé. Te creo —mira el teléfono que constantemente aprieta en su mano—. Pero estoy cansada de esperar. ¿Cuánto tiempo crees que pasará antes de que vuelvan a contactarme?

—Es difícil decirlo. Estoy seguro de que no será mucho, especialmente ahora que mi equipo ha hecho su movimiento contra las propiedades de Rossi. Querrá tomar lo que es mío en represalia. Y tú, Bianca, eres mi premio. Lo único que valoro por encima de todo. Todos lo saben a estas alturas.

—¿Cosa? —resopla un poco, como si mis palabras la hubieran ofendido, pero no pretendo faltarle al respeto.

Ella es mía. Y nadie me la arrebatará. Ni siquiera mi archienemigo y su madre loca combinados.

—Habrá ojos sobre nosotros, especialmente ahora —añado en advertencia—. ¿Deberíamos darles una pequeña actuación cuando llegemos a la ciudad?

Sus ojos se entrecierran, y me estudia antes de asentir. Ha captado rápidamente. —¿Necesitarán confirmar si sigues controlando cada uno de mis movimientos? Claro.

El viaje termina bastante pronto, incluso con el tráfico pesado que nos golpea una vez que llegamos al área urbana interior, y espero a que mis hombres acompañantes revisen nuestro entorno y señalen que todo está bien antes de bajar del vehículo. Bianca permanece sentada adentro, así que me estiro y la saco arrastrándola por el brazo.

Ella se tambalea antes de enderezarse y luego suelta un pequeño sonido de protesta por el maltrato. Intenta valientemente zafarse de mi agarre. La arrastro a mis brazos y froto mi pelvis contra su vientre. Incluso asumiendo que probablemente hay una audiencia, mi polla tiene mente propia e instantáneamente comienza a endurecerse contra su suavidad.

—Compórtate, esposa, o te castigaré. Y te prometo que el castigo que imparta estará diseñado solo para mi disfrute, no el tuyo.

El pequeño jadeo de su respiración es demasiado bajo para que lo oiga alguien más. Luego su cabeza se inclina hacia atrás, y sus ojos destellan con emoción mientras me mira fijamente. Parece estar canalizando toda la rabia contenida por nuestra situación actual y dirigiéndola directamente hacia mí.

Buena chica.

Bianca siempre ha llevado todas sus emociones en el rostro, y quien esté observando verá que su angustia es genuina. Con suerte, lo atribuirán tanto a la desesperanza de ser controlada por mí como a una preocupación natural por su hijo.

Deslizo mi mano en su cabello y agarro la base del moño desordenado que aún sujeta sus trenzas. Le sacudo la cabeza para rematar. —Esta noche, te arreglarás para mí, esposa. Y llevarás el pelo suelto como me gusta.

Inclino la cabeza y tomo su boca amplia y deliciosa con la mía, devorando su dulce docilidad con un beso agresivo que la marca para cualquiera que pueda estar mirando como mía.

Mía.

Me cuesta todo no gemir en voz alta cuando siento que su resistencia disminuye y comienza a devolverme el beso. Eso no servirá en absoluto.

Abruptamente, libero sus labios y me giro, arrastrándola a través de la entrada del edificio. Ella inhala respiraciones entrecortadas y se acurruca en sí misma, y luego de repente comienza a sollozar.

Cuando la empujo delante de mí hacia el ascensor que espera, mi corazón late con fuerza. Esos sollozos son reales, no fingidos, y el sonido hace añicos mi resolución.

Me vuelvo hacia el guardia de seguridad que espera para presionar los botones y le gruño. —Sal.

—Pero señor...

—¡Fuera!

Obedientemente salta fuera de la cabina del ascensor, pero en su crédito por intentar hacer bien su trabajo, se vuelve para mirarme. —Ya hay hombres arriba en el ático. Ha sido revisado, Jefe. Está limpio.

Le doy un breve asentimiento y luego presiono los botones para cerrar las puertas ante su expresión curiosa. Cuando estamos a mitad de camino, presiono el botón de parada y me

enfrento a Bianca, que todavía está sollozando, aunque mucho más tranquila ahora.

—Pajarito, ¿qué pasa? —la atraigo a mis brazos, y esta vez, a diferencia de afuera, ella viene voluntariamente—. Está bien. Puedes calmarte ahora. No tendrán ojos dentro del ascensor.

—Lo sé —se limpia la cara húmeda contra mi camisa y se presiona contra mí como si necesitara la cercanía. Ni siquiera estoy seguro de que sepa que lo está haciendo. La acción parece instintiva—. Lo siento, es que...

—¿Es que qué? —la insto cuando no termina.

—Sé que estabas fingiendo allá afuera. No es eso. Es solo... todo. La preocupación por Emilia. Saber que ayudé a matar a alguien anoche. Eso es terrible, Río. Tan terrible. Aún no me he permitido concentrarme en ello adecuadamente. Y luego está el shock de descubrir que mi madre biológica está viva.

Suelta una pequeña risa, solo que el sonido es hueco y triste en lugar de alegre. —Y darme cuenta de que no es el tipo de madre que alguien anhelaría. Es todo. No he tenido tiempo de procesar nada de esto, no realmente. Y creo que apenas está empezando a afectarme.

Acuno su barbilla y la levanto hasta que no tiene más remedio que encontrarse con mi mirada. Quiero que lea la verdad en mis ojos. —Eres fuerte, Bianca. Eres mi hermosa reina. Y sobrevivirás a esto. Ambos lo haremos. Me aseguraré de ello.

Sus ojos brillan con más lágrimas, pero estas permanecen sin derramarse. —No puedes prometer eso, Río. Por favor, no digas...

—Puedo hacerlo. No hay nada que no haré para tenerte a ti y a nuestra hija a salvo una vez más, Bianca. Te doy mi palabra.

Ella asiente, luego frunce un poco el ceño. —¿*Por qué* me amas, Río? Realmente no lo entiendo. No soy especial. Y... no sé si alguna vez le has entregado tu corazón a alguien antes. Entonces, ¿por qué yo?

Su pregunta es como un golpe en el estómago. Me esfuerzo por considerar cómo responderla. ¿Por qué, en efecto?

—Puedo confirmar que nunca he estado enamorado antes de conocerte. ¿Y en cuanto al porqué?

—Levanto la cabeza y miro mi reflejo ligeramente distorsionado en la pared de espejo, buscando en mi interior la verdad.

—No sé exactamente por qué —admito al fin—. No hay una cosa específica, o una lista de cosas, que pueda citar. ¿Por qué una persona se enamora de otra? Porque eres la persona para mí. Simplemente lo eres. Y eso te convierte en la persona más especial del mundo a mis ojos.

Su sonrisa es temblorosa, pero genuina. —Eres mi persona, Río. Sé quién eres, aquí dentro. —Toca mi pecho, justo sobre mi corazón—. He visto tu oscuridad. Te he visto a *ti*. Conozco algunas de las cosas que has hecho. Cosas que probablemente volverás a hacer en el futuro. No me gustan esas cosas ni esas acciones. Muchas de ellas son monstruosas. Pero no hace ninguna diferencia en cómo me siento, y ciertamente no me impide amarte. Porque eres *mío*.

—Y tú, pajarito, eres cien por ciento mía. Ahora y siempre.

Inesperadamente, ella se ríe de nuevo, solo que esta vez hay una nueva nota vibrando debajo. —

¿Qué era eso que estabas diciendo afuera? ¿Sobre castigarme si no... me porto bien?

Me echo hacia atrás y la miro fijamente. —Bianca, no creo que este sea el momento para...

—Necesito una distracción, Río. Por favor. —La desesperación impregna su tono.

Sé exactamente lo que está haciendo, y no es saludable. Empujar las cosas oscuras al fondo, con la intención de lidiar con ellas otro día. Solo que, si hace eso, la oscuridad se pudrirá, y nunca sanará del trauma de las últimas veinticuatro horas.

La experiencia personal me ha enseñado que la oscuridad nunca permanece contenida si la ignoras. Cuando tengamos a nuestra hija de vuelta y nuestros enemigos estén muertos, prometo conseguirle terapia a Bianca.

Ella se mueve un poco en mis brazos. —Estamos solos aquí, ¿verdad? ¿No pueden vernos?

Miro la cámara en la esquina superior de la cabina, y por encima de su cabeza, hago un gesto de cortar la garganta y luego levanto cinco dedos. La pequeña luz roja sobre la cámara se apaga un momento después.

—Nadie estará observando durante al menos los próximos cinco minutos.

—¿Cinco minutos? Eso apenas es suficiente. Creo, Río, que he sido una chica muy traviesa. Y quiero saber qué vas a hacer al respecto.

Capítulo Siete

"Solo conozco un poder, y es el poder del amor".

Debasish Mridha

Bianca

Una parte de mí se siente tan mal pidiendo esto ahora. Pero mis pensamientos, miedos e incertidumbres se persiguen unos a otros en mi cabeza hasta que siento que realmente estoy empezando a volverme loca.

El único lugar donde parezco encontrar tranquilidad y algún tipo de consuelo es cuando estoy en los brazos de Rio. Paso mis manos por su cuerpo duro, disfrutando la sensación de su camisa de seda bajo mis dedos. Trazo el borde del vendaje de su herida, no visible a menos que sepas que está ahí, antes de explorar más abajo, deslizándome entre nuestros cuerpos presionados para encontrar y acariciar la carne dura entre sus piernas.

La carne que ya se ha levantado para mostrar su necesidad.

Al menos aquí, en el capullo semiprivado del ascensor, tenemos unos minutos para desconectarnos del mundo exterior y explorar nuestros cuerpos. E intentar olvidar.

Él suelta un gruñido bajo ante mi toque y atrapa mi mano errante.

—Si has sido traviesa, esposa mía, entonces no puedes tocar —junta mis muñecas y las rodea con una de sus manos, antes de levantar mis brazos sobre mi cabeza. De alguna manera, me hace girar y luego me empuja hacia adelante hasta que mi cara y mis pechos quedan aplastados contra la pared de la cabina—. Yo te haré esto a ti, pajarito travieso.

La palmada en mi nalga izquierda me hace saltar, tanto por lo inesperado como por el ardor. Ay. No se contuvo con esa. Un deseo repentino palpita entre mis piernas tan intensamente como el dolor de esa palmada. Justo cuando el dolor comienza a desaparecer, lo hace de nuevo, y luego otra vez, cada palmada en mi trasero aumentando el calor y la necesidad.

Todo el tiempo, continúa sosteniendo mis brazos sobre mi cabeza, y aunque tiro de su agarre, tratando de girar y enfrentarlo, él es implacable. No puedo moverme, clavada a la pared de esta manera. No puedo escapar de sus azotes.

Gimo, abrumada por la sensación, y luego mi gemido se convierte en un jadeo cuando su dura polla se frota contra mi trasero, forzando mi monte contra la pared de la cabina donde meneo mis caderas y me froto, ansiosa por cualquier cosa que alivie la presión en mi clítoris.

—Nos quedan tres minutos y medio, esposa. Voy a inclinarte y voy a follarte, rápido y duro. Te correrás, pero no antes de que yo te lo diga. ¿Entendido?

Su voz es áspera y ronca. Apenas suena como el Rio que conozco. Está lleno de tanta necesidad como yo; lo conozco lo suficientemente bien ahora para saberlo.

La mano que sostiene mis muñecas en alto me suelta, y luego dedos hábiles hacen un trabajo rápido con mis pantalones. Los baja de un tirón, casi hasta mis rodillas.

—Inclínate.

Una mano en la parte baja de mi espalda me anima, y me inclino hacia adelante y hacia abajo, exponiéndome ante él.

Otra palmada, esta más intensa que antes ya que no hay tela que amortigüe el golpe, y luego sus dedos exploran mi hendidura expuesta antes de sumergirse brevemente en mi canal.

—Tan mojada —murmura—. Tan lista.

Ni siquiera puedo responder. No tengo aliento para palabras.

Entonces la cabeza de su órgano se presiona contra mi entrada, y el pensamiento desaparece por completo. No hay juegos previos. No hay necesidad. Estoy tan lista para que Rio esté dentro de mí. Se desliza suavemente y luego comienza a bombear, duro y rápido tal como dijo que lo haría, cada embestida puntuada entre medio con una palmada.

La sensación de él llenándome, el calor y la deliciosa agonía de sus azotes, junto con sus gruñidos y gemidos sobre mí, me empuja al borde del orgasmo.

Mi clítoris está en llamas, listo para explotar, y todos los músculos dentro de mí se tensan, preparados y listos para destrozarse a su alrededor.

—No puedo aguantar —las palabras salen de mí en un gemido—. ¿Es hora...? *Dios mío. ¿Ya casi pasaron cinco minutos? Voy a correrme... pero él me dijo que no lo hiciera...*— ¡Rio! No puedo esperar...

—¡Córrete, esposa!

Su orden me empuja al límite, y grito mientras me corro a su alrededor, mis piernas convirtiéndose en gelatina. Solo sus fuertes manos en mis caderas me mantienen en pie mientras me pierdo en el éxtasis. Luego él está ahí conmigo, corriéndose también, su caliente semilla derramándose dentro de mí y profundizando mi orgasmo a algo aún mayor.

—Dios mío —cuelgo flácida, doblada y con Rio todavía empalado dentro de mí.

Momentos después, él sale de mí bruscamente, sube mis pantalones y luego los suyos, y luego me gira y me arrastra a su abrazo. Envuelvo mis brazos alrededor de su cintura, su corazón contra mi mejilla latiendo rápidamente y su respiración saliendo en bocanadas irregulares.

Igual que la mía. Cielos. ¿Eso realmente acaba de pasar?

—Oh, esposa mía. Necesitas ser una chica traviesa más a menudo.

Levanto la cabeza y miro fijamente la cámara en la esquina. ¿Estaban mirando? Una luz roja parpadea, y bajo la mirada, acurrucándome de nuevo en Rio, aliviada de que nuestro breve momento fuera verdaderamente solo nuestro.

—Por favor, llévame arriba, Rio —no quiero dejar el capullo de este ascensor, pero la vida nos espera afuera—. Creo que necesito una ducha rápida.

Su risa sacude un poco mi cuerpo, y me mantiene abrazada mientras se inclina para presionar el botón del ático.

El ascensor comienza a subir justo cuando el teléfono en mi bolsillo vibra con un mensaje entrante.

El mensaje de los secuestradores de Emilia es claro y las instrucciones fáciles de seguir.

Mañana. 10 a.m. Iglesia Católica de Santa Rita en South Boston. Siéntate en el segundo banco desde atrás a la derecha. Ve sola, o no volverás a ver a tu hija.

¿Santa Rita? Esa es la iglesia donde me abandonaron de bebé. Casi me río de la ironía. Las cosas parecen estar cerrando el círculo. Mi niñera me alejó de Rina y Stefano y me dejó en Santa Rita hace todos esos años, y ahora necesito volver allí para intentar recuperar a mi propia niña. De mi madre biológica.

Solo que no puedo reír porque el terror de desobedecerlos sobre ir sola me llena por completo. Gimo y envuelvo mis brazos alrededor de mi cintura mientras Rio toma el teléfono y lee el mensaje en silencio. Al involucrar a Rio, estoy arriesgando la seguridad de Emilia. Quizás su propia vida.

Tan pronto como llegamos al ático, él ladra instrucciones a uno de los matones que espera, y una oleada de actividad comienza a nuestro alrededor.

Me apresuro a mi antigua suite, donde me mantuvieron cuando Rio me secuestró de la calle por primera vez. Desde allí, me dirijo al baño, donde me desnudo y me meto bajo una ducha caliente.

Mis manos no dejan de temblar, y dejo caer el frasco de gel de ducha dos veces antes de lograr poner un poco en mi palma y enjabonarme. Mañana. Hará o deshará la posibilidad de ver a Emilia de nuevo. Y posiblemente conocer a mi madre biológica.

Y luego ver a Rio matarla.

Tengo tantas emociones encontradas, pero ante todo, sé que no podré dejar que lo haga. Ahora entiendo su mundo, al menos un poco, y su necesidad de mantener el dominio en un ambiente donde todos se devoran entre sí.

Pero eso no. Rina no. No puede ser tan mala, seguramente. Parece querer lo mejor para mi niña, y ese es el único hecho al que necesito aferrarme ahora mismo.

No sé cómo lo detendré, pero tendré que encontrar una manera.

El resto de la noche transcurre en una bruma de tensión nerviosa. Solo una cosa destaca: la visita de un médico que, acompañado por Rio observando, me hace un chequeo rápido en mi habitación antes de sacar una jeringa.

—Ni hablar —lo fulmino con la mirada, luego a Rio, negando con la cabeza—. No, Rio. No necesito nada para dormir. Ni para relajarme. Por favor...

—Bianca, no es medicación.

—Oh. Bueno. ¿Qué es, entonces? —miro la jeringa con desagrado.

Este doctor apenas ha hablado, y me mira como si fuera un espécimen bajo un microscopio. Me da escalofríos, y si no fuera por la presencia de mi marido, le habría ordenado que se fuera tan pronto como llegó.

—Contiene un dispositivo de rastreo GPS —dice Rio.

Lo miro boquiabierta. Sus palabras no tienen sentido. —¿Un... qué?

—Un microchip. El doctor Samuel lo inyectará bajo tu piel, y nos permitirá rastrearte, en caso de

que te perdamos de vista en la iglesia.

Mi corazón, que ya latía más rápido de lo normal, comienza a acelerarse de verdad. —No me siento realmente cómoda con...

—No es negociable, Bianca. ¿Deseas actuar como cebo? Lo estoy permitiendo, a regañadientes, y porque la idea tiene una extraña lógica. Pero no te permitiré caminar hacia el peligro sin tomar todas las oportunidades para protegerte. —Da un paso adelante y aparta mi cabello recién lavado de mis hombros—. Necesito protegerte, *mia cara*. Esta tecnología aún no está disponible públicamente, pero es segura. Tenemos acceso a través de ciertos canales, y ha sido probada.

El doctor se inclina, y yo retrocedo. ¿A qué canales se refiere? Esto suena a cosas relacionadas con el gobierno. ¿Acaso sus tentáculos llegan a todos los aspectos de la vida en este estado? ¿En este país?

Mis pensamientos se disparan hasta que me obligo a dejar de entrar en pánico con una sacudida de cabeza. Es mi marido, y está haciendo esto porque quiere ayudar a que Emilia y yo estemos a salvo. No matarnos.

Trago saliva y me enderezo desde mi posición en el borde de la cama. —De acuerdo. ¿Dónde propones inyectarlo?

¿Y acaso dolerá?

El doctor toca la parte posterior de su cuello. —Mueva su cabello.

Rio se aclara la garganta, aparentemente irritado con el médico a juzgar por su repentina mirada fulminante. —Doctor Samuel, creo que quiere decir, ¿señora Agosti, podría mover su cabello por favor?

Los ojos del doctor se abren antes de bajar la mirada. —Sí, disculpe, señora Agosti, por mi rudeza. ¿Le importaría, por favor, mover su cabello? Inyectaré el microchip en la parte posterior de su cuello, en la línea del cabello. Quedará subcutáneo, indetectable incluso si están buscando algo. Apenas sentirá nada.

Muevo mi cabello y aparto la cara mientras él hace lo suyo con la aguja. Hay un pequeño pinchazo y luego un dolor que dura varios segundos antes de disiparse, y eso es todo. —¿Cuánto durará? Y... ¿se moverá por ahí dentro?

Tengo visiones de un pequeño equipo informático flotando por mis venas y perdiéndose. ¿Y si bloquea algo vital y me provoca un derrame cerebral?

El estrés probablemente me provocará un derrame antes que este diminuto microchip, reconozco irónicamente para mis adentros. Piensa en Emilia. Estoy haciendo esto por ella.

—Se quedará justo debajo de su piel y no se moverá. Y cuando el propósito de estar ahí se complete, el chip puede ser removido rápida y fácilmente bajo anestesia local.

El trabajo del doctor parece estar terminado. Guarda sus cosas y sale de la habitación, haciendo una extraña pequeña reverencia en la puerta, y yo me froto con cuidado la parte posterior del cuello. Pensé que tal vez habría un bulto, pero no se siente diferente.

—¿Estás seguro de que funciona? —pregunto.

Rio sonrío suavemente. —Positivo. Esta tecnología ha sido probada, y desde entonces he leído

los informes. Ahora me siento mucho mejor, sabiendo que tendré los ojos puestos en ti, mi pequeña ave.

La realidad de lo que ofrece el rastreador comienza a amanecer. —Esto significa que puedo entrar sola mañana a la iglesia. —Ante su asentimiento, añadió—: Oh, gracias a Dios. He estado tan asustada, Rio, de que perciban que no estoy sola. Que se echen atrás en el último minuto, y nunca la recuperemos.

—Lo haremos, te lo prometo.

Mientras me sumerjo una vez más en el fuerte abrazo de Rio, por primera vez, permito que un poco de esperanza entre en mi corazón. Tal vez realmente recuperaremos a nuestra niña sana y salva, y de alguna manera nuestros enemigos simplemente se desvanecerán en las oscuras sombras de las que surgieron y nunca volverán a molestarnos.

Solo que sé, tanto como Rio, que eso nunca va a suceder.

Esto es solo el comienzo, y una guerra total está a punto de estallar en el territorio Agosti aquí en Boston.

Y todavía no sé cuál de nosotros —si es que alguno— sobrevivirá.

Capítulo Ocho

—*Olvídate de ese príncipe. Con tu cerebro y tu ingenio, puedes rescatarte a ti misma.*

Brad Meltzer

Bianca

La pesada puerta de madera de la Iglesia de Santa Rita, a solo un par de manzanas de la imponente Academia Católica del Sur de Boston, se cierra con estrépito detrás de mí, aislando los sonidos de la ciudad y el tráfico, y silenciando todo excepto mi respiración demasiado acelerada.

No pierdo tiempo mirando alrededor. En su lugar, me deslizo rápidamente en el banco de madera donde me dijeron que me sentara. Solo entonces levanto la mirada y estudio mis alrededores.

No recuerdo haber sido dejada aquí, por supuesto. Solo tenía seis meses de edad. Por lo que sé de mi madre biológica hasta ahora, probablemente fue algo bueno que el programa de adopción de esta iglesia me acogiera y me encontrara un hogar tan amoroso con la pareja que siempre consideraré mis padres.

Si hubiera sido criada por Rina, y posiblemente también por Carlos Rossi... Me estremezco al pensar en cómo podría haber terminado.

El interior de la iglesia está tranquilo, la decoración es modesta pero limpia. Hay una sensación de paz y calma en el aire, pero eso no impide que mi pulso siga agitado y mis manos tiemblen mientras agarro el borde de mi asiento.

¿Dónde están? ¿Realmente traerán a Emilia aquí? ¿Puedo confiar en ellos? Tal vez todo es una treta, y estoy a punto de morir.

Está bien. Cálmate. Río no dejará que muera.

Levanto una mano y me froto la parte posterior del cuello donde está enterrado el rastreador. No puedo sentirlo allí, pero el conocimiento de su presencia ayuda a centrar mis pensamientos arremolinados y evitar que el pánico se eleve demasiado.

Hay velas encendidas cerca del altar en la parte delantera del espacio, y una pareja mayor está sentada lejos de mí, con las cabezas inclinadas. Una tercera persona —un hombre con ropa casual— está sentada cerca del altar. Más allá de ellos, nadie más parece estar aquí, pero ninguno de ellos me está prestando atención. Parecen fieles genuinos, aquí para rezar a Dios por cualquier consuelo que necesiten.

Miro la figura en la cruz detrás del altar. ¿Debería empezar a rezar yo también?

Justo cuando una risa histérica amenaza con burbujear y salir de mí, y estoy a punto de arrojarme de rodillas, un hombre sale de las sombras a mi derecha y se desliza en el banco para sentarse a mi lado. Su traje oscuro, expresión seria y esos ojos que parecen muertos a los que estoy empezando a acostumbrarme en este mundo proclaman su profesión. *Matón*. Un matón de los Rossi, sin duda.

—Mi jefe le envía saludos —habla mirando hacia adelante, no a mí.

—¿Carlos Rossi?

No responde.

Me aclaro la garganta.

—Por favor, ¿dónde está mi hija?

Finalmente, se vuelve para mirarme.

—Debe acompañarme. Y si vemos un indicio de que alguien nos sigue, no volverá a ver a su hija.

Trago saliva y miro mis manos. *Demonios*. ¿Cuándo se enredaron mis dedos así? Los obligo a separarse y aliso la falda de mi vestido antes de apoyar una mano en cada muslo. Dudo que esté convenciendo a ninguno de los dos de que mis nervios no están tan enredados como lo estaban mis dedos.

—De acuerdo —digo. Mejor seguir adelante—. Vamos.

Se levanta y sale del banco antes de deslizarse de vuelta a las sombras en un lado del espacio. Lo sigo rápidamente, sin querer perderlo de vista. Me lleva por un corto pasillo fuera del área principal de culto, y luego nos detenemos en una puerta que se abre a un callejón lateral.

Otro hombre está esperando en el callejón, de pie junto a un gran coche negro y golpeando con el pie en los adoquines.

El hombre de la iglesia —en mi cabeza, ya ha sido apodado Matón Uno— levanta una mano cuando salgo.

—Necesitamos registrarla antes de ir más lejos.

Asiento, habiendo sido advertida de esperar algo así, e intento no hacer una mueca cuando el Matón Dos se acerca y me cachea. Es más minucioso de lo que pensé que sería, y es un poco invasivo, pero al menos su rostro permanece impassible cuando sus dedos se deslizan bajo el dobladillo de mi vestido y rozan mis muslos internos.

Finalmente, toma el teléfono que tenía agarrado en una mano, lo apaga antes de quitar la tarjeta SIM, y luego me lo devuelve.

—Pero...

—No lo necesitará. No habrá más comunicación por teléfono de mi jefe.

—De acuerdo —Gracias a Dios estoy limpia, aparte de la bomba de tiempo bajo la piel de mi cuello, por supuesto.

Rio me dijo antes de que saliera del apartamento hoy lo que ordenaría a sus hombres hacer en estas circunstancias, y hasta ahora, han seguido el libro al pie de la letra.

Cuando el Matón Uno levanta mi cabello suelto y hurga en él, contengo la respiración, pero finalmente da un paso atrás.

—Nada —gruñe al otro hombre—. Vámonos.

El Matón Dos abre la puerta trasera del coche que espera, y rápidamente me meten dentro, luego uno se sube a mi lado mientras el otro se dirige al asiento del pasajero delantero y se sube junto

al conductor que ya estaba esperando.

Por favor, Rio, rezo, sabiendo lo irónico que es que esté rezando a mi jefe mafioso y esposo en lugar de a la deidad que estoy dejando atrás en esta iglesia. Por favor, haz que este rastreador en mi cuello funcione. Por favor, mantén a Emilia y a mí a salvo.

Cuando estamos en marcha, intento marcar nuestra ruta por lo que puedo ver por la ventana. Nos dirigimos al otro lado del río y hacia el norte, por lo que parece. Veo un letrero de la I-95 y lo grabo en mi memoria. Definitivamente hacia el norte, al menos en este punto.

Debo hacer algún tipo de sonido inadvertido. No sé exactamente qué alerta al matón a mi lado, pero gruñe, luego saca un trozo de tela negra del bolsillo de su traje.

—Debería haber hecho esto antes.

Antes de que pueda decir algo en respuesta, me pasa la tela por la cara, oscureciendo mi visión, y la ata detrás de mi cabeza.

—¡Espera! No hay necesidad de...

—Silencio. Tenemos nuestras instrucciones. Ahora quédese quieta y compórtese, y llegaremos pronto.

No hay nada más que hacer sino esperar, y rezar un poco más para que las cosas salgan a nuestro favor. Solo desearía poder controlar mi corazón acelerado y calmar el pánico que sigue sugiriendo los peores escenarios en mi cabeza.

Rio

Casi me mató permitir que Bianca entrara en esa iglesia sin protección evidente. Por supuesto, tenía tres personas esperando en el interior, de hecho, a los pocos minutos de que Bianca recibiera la ubicación. Esperaron toda la noche, por si acaso Rossi aparecía allí con Emilia.

En realidad no esperaba que él hiciera eso; yo no lo haría en su lugar. Pero aun así era una posibilidad que tenía que considerar, por si acaso.

Los tres de mi equipo informaron que se habían llevado a Bianca por una puerta lateral y la habían metido en un coche negro de la ciudad. Consiguieron una parte de la matrícula cuando doblaba la esquina, y esa parte ahora está siendo rastreada a través de las cámaras de seguridad por personal en mi nómina.

El rastreador implantado está activo. Se dirige hacia el norte según me han dicho, lo que concuerda con nuestra información previa sobre la zona cerca de Augusta. Por supuesto, hay mucho terreno entre aquí y Augusta, pero Danelli está en ello, y se ha ordenado al equipo que siga y esté listo para atacar, pero que se mantenga a distancia.

Necesitamos confirmar la ubicación de nuestro enemigo y asegurar a Bianca y Emilia, antes que nada. Y luego entraremos, literalmente con todas las armas, y acabaremos con esos hijos de puta.

Es una lástima que mi paciencia habitual sea inexistente cuando se trata de mi esposa y mi hija. Este juego de espera va en contra de todo lo que soy, todo lo que represento. Mi poder pende de un hilo, y de alguna manera siento como si le hubiera entregado a Bianca la responsabilidad de salvar a nuestra familia.

Y eso no me sienta bien a ningún nivel.

Tendré que confiar en ella tanto como la amo. Aunque confiar en otro ser humano con mi propia existencia es algo que nunca antes había hecho en mi vida.

Parece que ha pasado mucho tiempo desde que estuve aquí en mi oficina sobre el club, pero en realidad, fue hace solo unos días que se suponía que nos reuniríamos aquí con Carnarvon cuando recibimos la notificación sobre lo que estaba sucediendo en la finca.

El papeleo que Carnarvon redactó sobre un fondo fiduciario para Emilia todavía está en mi escritorio, esperando las firmas de Bianca y mía.

Toco los papeles con los dedos, luego tomo mi teléfono y hablo con Dana para organizar otra reunión con mi abogado. A principios de la próxima semana, le digo. Cuando Bianca y mi hija estén en casa y a salvo.

Apenas he colgado cuando ella vuelve a llamar inmediatamente.

—¿Sí?

—Gianni Martelli está al teléfono para usted, señor.

Frunzo el ceño. ¿Qué quiere? Después de la reunión de los jefes de familia en la finca, todos se dispersaron rápidamente, y aunque las líneas de comunicación permanecen abiertas, el canal habitual para que Martelli se acerque a mí sería a través de mi subjefe, en este caso, Nikolas, quien ha asumido el papel con más vigor últimamente. O incluso a través de Danelli.

Es inusual que Martelli me contacte directamente.

Tamborileo con los dedos sobre el escritorio, reuniendo mis pensamientos. Tratando de averiguar exactamente qué quiere que no pudo decir frente a los demás. —Pásamelo.

Momentos después, Martelli está en la línea. Interrumpo su saludo, con mi paciencia estirada al límite y mi temperamento al borde de la explosión simplemente porque no tengo idea de lo que está pasando con Bianca ahora mismo. No deseo perder el tiempo hablando con un hombre que desprecio.

—¿Qué pasa?

Martelli se aclara la garganta, la única señal de incomodidad, dado que su voz permanece tranquila. —He estado pensando en nuestro acuerdo, amigo mío, y tengo una nueva estipulación.

Entrecierro los ojos y giro en mi silla para mirar por la ventana cercana. El cielo está ominosamente oscuro hoy. Como mi humor. —Acordaste proporcionar hombres y armas para apoyar a mi familia, Gianni.

—Lo hice. Y lo haré. Pero ¿cómo te gustaría tener más? Puedo ofrecer cada hombre que tengo, si aceptas una condición clave.

¿Cada hombre? Su base de poder en el área de Washington es casi tan grande como la mía. Esencialmente está ofreciendo duplicar mi ejército. ¿Por qué?

—Debe ser una condición del demonio.

—Lo es. —Hace una pausa, y esta vez, permite que se note algo de vacilación en su tono—. Lo

que estoy a punto de decirte debe permanecer confidencial, Rio.

—De acuerdo. —Al menos ha despertado mi curiosidad.

—Mi hija, como sabes, se casó recientemente.

—¿No fue el fin de semana pasado?

—Así es. Y te agradezco tu generoso regalo para la novia y el novio, aunque tú y tu querida esposa no pudieron asistir. Pero... el problema es...

Resisto el impulso de gritar "Suéltalo ya" y respiro lentamente, concentrándome en mantener la calma.

—El problema es que el novio era bastante mayor, como sabes, y él...

—¿Era?

—Sí. Él... eh... Murió en su lecho conyugal hace dos noches, en medio de, bueno, ya sabes. Y mi hija ahora está sin marido. Con la clara posibilidad de que su reputación se vea manchada, si las circunstancias exactas del fallecimiento de su esposo salen a la luz.

Me recuesto en mi silla y me froto la barbilla. NO esperaba eso.

—Lamento mucho tu pérdida y la de tu hija, Gianni. Particularmente en este momento difícil en nuestro mundo con la amenaza de guerra sobre nosotros. Pero dime. ¿Qué tiene que ver esto conmigo? ¿Y con tu apoyo ya prometido para nuestra familia en esta situación con los Rossi? ¿Qué condición esperas que acepte?

—Ah, sí. Bueno, entiendo que tu hermano, Nikolas, está soltero. Y es elegible. ¿Acaso necesita, por casualidad, una esposa complaciente?

No puedo evitarlo. Mi boca se abre. ¿Quiere a Nicky? ¿Para su hija? Me alegro de estar solo en mi oficina en este momento, ya que realmente me ha sorprendido.

Cuando estoy seguro de que tengo control de mi voz, digo de la manera más tranquila que puedo:

—Sí. Mi hermano está soltero, aunque no estoy seguro de que esté actualmente en busca de esposa. Disfruta jugando en el campo, por lo que tengo entendido.

—Vamos, Rio. Sabes cómo funciona esto. No tendría que dejar de jugar en el campo. E imagina la fuerza de nuestras familias unidas, si estos hermosos jóvenes se casaran y crearan hijos juntos.

Gruño. No se equivoca. Tener un Agosti incrustado en la familia Martelli sería una gran ventaja para nosotros. Aunque nunca esperé que me pidieran arreglar un matrimonio para mi hermano. Para Angel, sí. Eso se espera para hermanas e hijas. Pero para Nicky...

No tomará bien esta noticia; estoy seguro de ello. SI elijo aceptar la oferta de Martelli.

—¿Estás diciendo que comprometerás a cada hombre de tu equipo en apoyo de la familia Agosti, si acepto que Nicky se convierta en el esposo de tu hija? ¿Su esposo de reemplazo?

—Bueno, sí, pero...

—Hay una cosa que debo saber —lo interrumpo cuando empieza a tartamudear una respuesta—, antes de aceptar cualquier cosa. ¿Cuáles son EXACTAMENTE las circunstancias del fallecimiento de tu yerno? Aparte de, presumiblemente, en medio del acto sexual. ¿Fue un ataque al corazón?

Hay una larga pausa.

—Más o menos —Martelli tose delicadamente—. Su corazón se detuvo... cuando mi dulce Daniela le atravesó con un cuchillo.

Lo último que esperaba de Martelli era su capacidad para hacerme reír.

Capítulo Nueve

«Hay una victoria en dejar ir tus expectativas».

Mike White

Bianca

Intenté mantener un registro del tiempo contando en mi cabeza, pero era difícil saber si estaba contando demasiado rápido, o demasiado lento, o si perdía la cuenta por completo debido a la pura tensión nerviosa.

Siento que en un momento giramos a la izquierda y luego a la derecha, pero podrían haber sido simplemente curvas en el camino. ¿Quién sabe?

Creo que pasan menos de dos horas antes de que el vehículo se detenga suavemente, pero de nuevo, es solo una suposición aproximada. Alguien toma mi brazo y me ayuda a salir del coche antes de que unas manos toquen detrás de mi cabeza y me quiten la venda de los ojos.

Parpadeo ante la repentina luz, luego miro alrededor para descubrir que estamos en una finca aislada no muy diferente a la de Rio en tamaño, a juzgar por el aspecto del largo y sinuoso camino de entrada. Sin embargo, esta propiedad parece menos cuidada que la de Rio, al menos en lo que respecta a los terrenos y el jardín, que parecen un poco descuidados.

La casa en sí es una sorpresa cuando me giro para estudiarla. Por alguna razón, esperaba la habitual grandeza del viejo mundo que estos jefes de la mafia parecen adorar, pero este lugar es todo lo contrario. Es una extensa residencia de una sola planta situada contra la colina y con ventanas del suelo al techo que deben proporcionar vistas gloriosas de la propiedad a lo largo de todo el frente del edificio.

Si alguien se tomara el tiempo de arreglar el césped y podar algunos de los árboles y macizos de flores, esta propiedad sería verdaderamente impresionante.

Miro boquiabierta las ventanas, buscando movimiento en el interior, pero rápidamente me doy cuenta de que están tintadas, probablemente para proteger la privacidad de los que están dentro. Sin duda, pueden ver fácilmente hacia afuera. Probablemente sea una cuestión de seguridad además de estética. Me pregunto si el cristal es también a prueba de balas además de oscurecido.

Me abrazo el cuerpo, luego me obligo a bajar los brazos a los costados. Rio mencionó una vez los signos delatores. Dijo que esa acción era uno de mis signos, que le hacía saber que me siento nerviosa, y no quiero revelar nada en este momento.

¿Estará Rossi observándome detrás de ese cristal? ¿Estará *ella*? ¿Rina? Mi corazón da un vuelco con una punzada de adrenalina, sabiendo que podría estar a punto de conocer a mi madre biológica.

Todavía no he procesado completamente el hecho de que esté viva, y mucho menos que haya secuestrado a mi hija y haya estado tramando intentar derrocar a mi marido y provocar una guerra entre bandas.

Mis pies parecen no querer funcionar. Me quedo congelada en el sitio, hasta que uno de los matones me empuja por la espalda, obligándome a avanzar.

Por favor, que el rastreador siga funcionando.

Nos dirigimos hacia un corto tramo de escaleras que llevan a la amplia entrada de doble frente. Las puertas se abren de par en par justo cuando llego al último escalón.

Se me cierra la garganta y, a pesar de mi resolución de mantener la calma, de repente las lágrimas me queman los ojos, nublándome la vista. Las parpadeo, decidida a no llorar.

Una mujer está allí mirándome fijamente, con las manos revoloteando cerca de su garganta como si estuviera igualmente afectada por la tensión.

Su cabello es oscuro, pulcramente recogido en un moño suelto estilo chignon. Noto algunas canas alrededor de las sienes, pero aparte de eso, no hay señales de edad en su rostro inmaculadamente maquillado y su porte erguido.

¿Es realmente mi madre? Es muy hermosa. Busco en sus rasgos algo, cualquier cosa, familiar. ¿Tal vez un indicio en la forma de su mandíbula que coincida con lo que veo cuando me miro al espejo?

Pero sus ojos...

Esos ojos no son amigables. Para nada. Me están estudiando con un aire calculador, y apenas logro reprimir un escalofrío.

Recuerda, creen que estás aquí porque quieres escapar de Río.

—Oh, *mia figlia* —dice la mujer, después de una pausa que se prolonga un poco demasiado—. ¿Eres realmente tú? Oh, *il mio cuore è pieno*.

La cascada de palabras me saca completamente del impulso de llorar.

Enderezo los hombros y doy un pequeño paso hacia ella.

—Solo hablo inglés, Rina. No sé qué acabas de decir.

Sus cejas se elevan como si estuviera herida, y su boca amplia tiembla. Pero sus ojos no vacilan en su escrutinio. Esta mujer es claramente buena ocultando su verdadero yo. Necesito recordar eso.

—Tendremos que corregir eso, hija mía. Dije que mi corazón ahora está lleno.

—¿Dónde está Emilia? ¿Está...? —Ahora es mi boca la que traicioneramente empieza a temblar. *Mierda*. Necesito mantenerme calmada y en control. No importa cuán locas sean estas circunstancias—. ¿Está bien?

La mujer asiente y me hace un gesto para que siga adelante y entre en el edificio.

—Está bien. Durmiendo ahora. Haré que te la traigan en breve.

Cuando paso junto a ella, intento torpemente no tocarla, pero su aroma flota a mi alrededor de todos modos. Es fresco y limpio, nada parecido a lo que esperaba. Aunque tampoco tenía nada en mente. ¿A qué huele el Eau de Secuestradora Asesina, de todos modos?

Me estoy centrando en los pequeños detalles porque ¡no puedo creer que *realmente esté aquí en la misma habitación que mi madre biológica!*

Cierra la puerta detrás de mí y me toca el brazo, y entonces, a pesar de mi intención de mantener

una distancia entre nosotras, me atrae para un abrazo completo. Es demasiado. Jadeo e intento retroceder, fuera de su agarre, pero ella simplemente me sostiene con más fuerza.

¿Acaso Rina también hace ejercicio, además de todo lo demás? No es de extrañar que Rossi la ame. Es hermosa, astuta y obviamente también físicamente fuerte.

Finalmente, me suelta y da un paso atrás, y yo tomo unas cuantas respiraciones profundas. Cuando hace un gesto hacia una puerta a un lado del área de entrada, de repente noto su mano izquierda. Está marcada y desfigurada, la carne arrugada y la piel brillante y pálida.

Se ríe ligeramente cuando nota mi mirada.

—Ha pasado tanto tiempo, niña. Es un viejo recordatorio, pero uno que a menudo olvido estos días. Ven. Únete a nosotros en la sala de estar.

No puedo evitar la pregunta que se me escapa.

—¿Te hiciste eso intentando salvar a mi... tu... Stefano? —No puedo llamar papá a un hombre muerto que no recuerdo, del mismo modo que no puedo llamar mamá a esta mujer.

Ella simplemente niega con la cabeza, así que me encojo de hombros y la precedo hacia una gran habitación de estilo abierto que está bordeada a lo largo de toda su longitud por ventanas del suelo al techo que iluminan el espacio de aspecto moderno. Eso es todo lo que noto antes de ver al hombre que se levanta del sofá de cuero blanco junto a una enorme chimenea de piedra.

—Carlos.

—Bianca. Bienvenida a nuestro hogar actual, querida. Es tan bueno verte de nuevo.

Rina pasa junto a mí, tomándome del brazo y llevándome con ella hacia la zona de asientos.

—Carlos, Bianca quiere saber si me lastimé la mano intentando salvar a su padre. ¿Debería decírselo?

Rossi dirige su atención a mi madre, y el suavizamiento de sus facciones es instantáneamente notable.

Vaya. Realmente la ama.

—Depende de ti, mi amor, cómo quieras proceder aquí. Hagas lo que hagas, te apoyaré siempre.

Los miro alternativamente, tratando de descifrar su dinámica. Es casi como si Rina fuera la que está a cargo, no Rossi. Pero entonces, él siempre ha parecido un poco obsequioso, y mira cómo resultó esa suposición. Este hombrecillo, al que le falta un dedo gracias a Rio, casi nos venció y robó a nuestra hija bajo nuestras narices.

Obsequioso no es.

Mis evaluaciones de carácter parecen haber estado completamente equivocadas desde el momento en que fui catapultada a este mundo.

Rina comienza a reír antes de empujarme hacia el sofá más cercano. Hay algo en ese sonido que me hace estremecer. Algo que no está del todo bien.

—Entonces le diré la verdad —dice, después de que la risa se desvanece en la nada—. Es hora de que mi hija conozca su verdadero linaje y tome su lugar conmigo —le lanza una mirada a Rossi antes de corregirse— con *nosotros*, mientras tomamos el control de toda la Costa Este. Y más

allá.

Santo cielo. Realmente es cierto. Quiere reclamar la fortuna Carlotti. Más que eso, por lo que parece.

La miro fijamente, mis ojos bebiendo los detalles incluso mientras mi cerebro grita que debe estar loca. Como mínimo, suena tan hambrienta de poder como Rossi.

Se ha mantenido en forma, y sentí la fuerza en su abrazo justo antes. Obviamente está en buena forma física, y apenas hay una arruga que manche su expresión de ojos oscuros. Mi estómago da un extraño retortijón cuando me doy cuenta de que sí me parezco algo a ella.

Esta mujer es la abuela de Emilia. Su única abuela viva, excluyendo a mi padre adoptivo, que todavía está en algún lugar de las regiones remotas de Asia.

Si alguna vez regresa a casa en Boston, le presentaré a su nieta, por supuesto, pero hasta entonces, la inmersión en este mundo —el de Rio, Rina y Rossi— significa que hay más para mí aquí en este momento que en cualquier otro lugar.

Y si soy completamente honesta, parte de mí está herida porque mi padre se fue tan fácilmente, básicamente sin mirar atrás, y me dejó sola para lidiar con ser secuestrada, casada a la fuerza con un extraño, y luego todo esto encima...

Apago esos pensamientos. Se sienten traidores, particularmente porque mi infancia y adolescencia fueron seguras y felices. Mi madre —mi madre adoptiva— era un alma maravillosa y amorosa, y en este momento de enfrentarme a Rina, la comparación es obvia.

Junto mis manos en mi regazo, tratando de contener mis emociones. Extraño tanto a mi mamá que duele. Desearía que estuviera aquí ahora mismo.

Rina se sienta frente a mí en el sofá junto a Rossi, quien se hunde inmediatamente. Él le da una palmadita suave en la rodilla mientras ella se inclina hacia adelante y dice en un tono conversacional:

—Sí obtuve esta cicatriz en la mano, querida Bianca, en la explosión que mató a tu padre. Pero no porque estuviera tratando de salvarlo.

De repente hay un zumbido en mis oídos, y mi cara se siente alternativamente caliente y luego fría.

No creo que quiera escuchar esto. No quiero saber la verdad. Esto no. Esto no.

Ella continúa con una sonrisa, aparentemente ajena a mi creciente horror.

—Tenía que asegurarme, ¿sabes? De que no pudiera salir. Me quedé allí, sosteniendo la puerta todo el tiempo que pude, mientras él ardía y ardía. Tardó tanto, Bianca. Tanto tiempo. Finalmente, murió. Y entonces, por fin, fui libre.

Capítulo Diez

—Los monstruos más aterradores son los seres humanos y lo que nos hacemos unos a otros—

Jared Harris

Bianca

—¿Asesinaste a mi pa... quiero decir, a Stefano? ¿A tu esposo? —La admisión está ahí fuera, y no puedo evitarla. El anuncio es tan horroroso que algo dentro de mí clama por una aclaración.

Tal vez no lo dijo de la manera en que suena.

No te desmayes, me ordeno. No. Te. Desmayes. Emilia está aquí. Piensa en ella. Tómala en tus brazos y todo estará bien.

Rina frunce ligeramente el ceño mientras estudia mi reacción. Me pregunto si mi evidente conmoción la ha decepcionado. ¿Esperaba que me alegrara de que matara a Stefano?

Incluso si estuviera aquí porque odio a Rio y quiero unirme a ellos en su loca búsqueda de poder, seguramente debería entender la magnitud de lo que acaba de admitir, ¿no?

Rossi también me está estudiando, pero sus ojos están menos desconcertados que los de ella y más compasivos. —Stefano era un hombre malvado, Bianca. Sí, llevas su sangre, pero no te pareces en nada a él. Trató a Rina durante todo su matrimonio con el mayor desprecio.

—¡Oh! —Todavía me cuesta respirar profundamente. Al menos ahora la sensación de náuseas ha retrocedido un poco, y creo que podré mantenerme erguida sin devolver el desayuno—.

Entonces, ¿él era... abusivo contigo, Rina?

¿Puede empeorar aún más la historia de mi familia?

Ella agita una mano. —Era espantoso. Exhibía a todas sus amantes en mi cara. Me humillaba una y otra y otra vez... —Comienza a mecerse un poco, riendo de nuevo, y el conocimiento que empieza a surgir se cristaliza en certeza.

Puede empeorar. Es peor.

Mi madre biológica está completamente loca.

Rossi le frota la espalda, dándole palmaditas de una manera tranquilizadora que parece bien practicada. ¿Sabe que está loca? Seguramente lo sabe, ¿no?

—Carlos me ayudó a desaparecer por un tiempo. Me consiguió tratamiento médico para mis quemaduras. Y cuando me recuperé lo suficiente, también envió a alguien por ti, Bianca. Solo que ya habías desaparecido y no pudimos encontrarte. Te buscamos durante años. Pero él te encontró primero.

Recuerdo el placer de Rio al vencer a otros para encontrar a la princesa Carlotti, como me llamó en esos primeros meses. Ahora entiendo contra quién competía.

Si ella me hubiera encontrado primero, Rio probablemente estaría muerto, y yo nunca habría encontrado el amor, por extraño y retorcido que sea. Ciertamente nunca habría tenido a mi

hermosa hija.

—¿Dónde... —Mi voz sale demasiado aguda, y lo intento de nuevo—. ¿Dónde está Emilia?
¿Puedo ver a mi niña, por favor?

Me encuentro dirigiendo mis palabras hacia Rossi. De los dos, él parece el menor de los males en este momento.

—Está en camino. Rina mandó por ella...

Un golpe en la puerta lo interrumpe, y ante el brusco —Adelante— de Rossi, entra una mujer joven con una bebé envuelta en brazos.

Apenas logro ahogar mi grito instintivo y me pongo de pie de un salto, corriendo hacia la mujer tan rápido que casi tropiezo con el borde de la alfombra. La mujer se sobresalta e intenta apartarse de mí, pero agarro a Emilia y la libero forcejeando.

—¡Es *mía*! —Prácticamente le escupo—. *Mi* hija.

Dirijo mi atención a Emilia, tirando de la manta que la envuelve y examinándola lo mejor que puedo sin desnudarla completamente. Se ve bien, mirándome con una expresión medio dormida. Gracias a Dios parece no verse afectada por mis movimientos frenéticos. La levanto y la aprieto contra mí, presionando suaves besos en su cabello dulcemente perfumado.

Mi hija está bien. Está a salvo. Y está de vuelta en mis brazos donde debe estar.

Solo ahora me vuelvo hacia Rina y Rossi, aún sentados juntos en el sofá y observando mi reacción. Rossi parece sospechoso, pero Rina sonríe de manera indulgente.

—Es hermosa, *mia figlia*. Una tercera generación de poderosas mujeres Carlotti preparadas para dominar el mundo. Bien hecho.

—Yo... Sí. Es hermosa. Y algún día será muy poderosa, sin duda.

Eso es verdad, y no parece irrespetuoso hacia Rio admitirlo. Pero, a juzgar por el escrutinio de Rossi, necesito empezar a actuar más como si quisiera estar aquí.

Si no lo hago, sospecho que simplemente me matará, muy probablemente en un accidente que pueda explicar a Rina, y luego él y mi madre biológica criarán a mi pequeña Emilia como si fuera suya.

Un anhelo feroz por Rio se apodera de mí mientras miro una vez más a mi niña. Pero él no está aquí, y si el rastreador no funciona correctamente, no tendrá idea de dónde estamos.

Extiendo un dedo y acaricio la mejilla de Emilia, reconfortándome con la suavidad bajo mis yemas. Ella se gira hacia mi toque antes de luchar por sentarse en mis brazos mientras comienza a despertarse completamente.

Me siento de nuevo en el sofá y la reacomodo en mi regazo. No quiero soltarla nunca más.

—Parece estar bien —le digo a Rina—. ¿La han estado alimentando con biberón? Yo la estaba amamantando hasta que...

—Sí. Se adaptó muy bien al biberón, según su niñera.

Miro a la joven, ahora de pie a un lado y observándome bajo sus pestañas bajas. No le agrado; puedo notarlo por su postura rígida.

Levanto la barbilla. No se la voy a devolver. Ni en un millón de años.

Puede que haya sido el estrés de toda la situación, pero mi leche se secó en uno o dos días después de que Emilia desapareciera. Estaba tan angustiada que ni siquiera pensé en intentar extraerla. Cuando me di cuenta de que la leche se había ido, una parte de mí pensó que simplemente volvería en el momento en que la tuviera en mis brazos, pero no hay nada, ni siquiera un indicio de bajada de leche.

Te amamanté hasta los seis meses, pequeña. Susurro las palabras solo en mi mente, pero algún día se las diré en voz alta. *Quería hacer más por ti. Lo siento.*

—¿Qué sucede ahora? —pregunto, genuinamente insegura de lo que tienen en mente y aterrorizada de que pueda implicar separarme de Emilia nuevamente.

Rina sonríe radiante mientras Rossi se levanta y alza el atizador para avivar el fuego moribundo en la chimenea.

—Ahora, te mostraremos tu habitación —dice ella—, y te proporcionaremos un refrigerio ligero, dado tu largo viaje. Luego, una vez que hayas tenido la oportunidad de instalarte, cenaremos temprano en el comedor.

—De acuerdo. Eso suena... bien. —¿Seré capaz de hacer pasar algo por mis labios sin vomitar? Tendré que intentarlo al menos.

Presiono otro beso en la cabeza de Emilia, encontrando consuelo en el hecho de que está viva y sin daño. Huele tanto familiar como diferente. Su habitual y reconfortante aroma de bebé está ahí, pero está cubierto por cualquier jabón o champú que hayan estado usando aquí.

¿Cuánto tardará Rio en encontrarnos? Espero que sea pronto.

—Quiero a Emilia conmigo. En mi dormitorio. Por favor.

Rina aparta su cabello oscuro de su rostro mientras considera mi petición. —Sí, creo que eso será aceptable.

Rossi se mueve incómodo a su lado, claramente en desacuerdo con la idea. —¿No crees que mantener a la niña separada sería mejor...?

—He decidido. Mi hija es la mejor persona para cuidar de mi nieta.

Él se encoge de hombros, pero me lanza una mirada que confirma que no está de acuerdo con esa estrategia.

¿Por qué? Lo estudio, todavía tratando de descifrar su motivo en todo esto. Seguramente, no puede ser simplemente que sea un hombre embelesado cediendo a cada capricho de la mujer que adora, ¿verdad?

Pero Rina ha avanzado en sus pensamientos, y sus siguientes palabras me hielan la sangre.

—Después de la cena —dice—, compartiremos nuestros planes para derrocar el imperio Agosti, matar a tu marido y restaurar a las familias Carlotti y Rossi como los reyes y reinas que siempre estuvimos destinados a ser.

Capítulo Once

Somos nuestros propios dragones, así como nuestros propios héroes, y tenemos que rescatarnos a nosotros mismos de nosotros mismos.

Tom Robbins

Rio

—Están en Maine, jefe. Cerca de Portland.

La voz de Danelli al otro lado de la línea casi vibra de emoción, y por primera vez desde que se llevaron a mi hija, admito sentir un poco de lo mismo. Presiono el botón para poner la llamada en altavoz y luego camino de un lado a otro en mi oficina. No puedo quedarme quieto para esto.

—¿Estás seguro?

—Lo estamos. El rastreador dejó de moverse hace más de una hora, y lo hemos localizado en una propiedad de este lado de Portland. A menos de dos horas de aquí, señor, incluso contando el tráfico. Ya tengo un equipo en camino.

Tomo aire y lo dejo salir lentamente. Estoy a punto de preguntar quién es el dueño de la propiedad, pero mi segundo se anticipa a la consulta.

—Ha estado alquilada durante los últimos dos años, aparentemente, a una mujer de mediana edad que quería privacidad para cuidar a su marido enfermo. La mujer está registrada como Anna Dorano, pero el agente inmobiliario identificó una foto de Rina como su inquilina. Teníamos una foto antigua de ella digitalmente ajustada para que coincidiera con su aspecto actual. No es exacta, pero... los tenemos, jefe.

—Los tenemos —estoy tan cerca que casi puedo saborear la victoria.

Pero Bianca y Emilia aún están en la guarida del enemigo, y necesitamos sacarlas antes de lanzar cualquier ofensiva.

Un golpe en mi puerta anuncia la probable llegada de mi hermano. Lo convoqué a la ciudad antes, después de mi conversación telefónica con Martelli, pero ahora ese asunto tendrá que esperar.

—Adelante.

Es, en efecto, Nikolas quien entra en la habitación, y le hago un gesto hacia el teléfono para que sepa que estoy en una llamada.

—Danelli, Nicky está aquí. Tienen la ubicación de Bianca —añado para beneficio de mi hermano.

Asiente aliviado y se pasa una mano por el pelo ya desordenado, como si fuera un gesto que utiliza regularmente para liberar el estrés.

—Lo primero es sacar a mi esposa y a mi hija de allí sanas y salvas. Ya discutimos esto en términos generales, pero ahora que has identificado la propiedad real, ¿tienes la información que necesitas?

—Sí, el equipo está estudiando los planos mientras hablamos. Hay un par de puntos de entrada estratégicos para entrar en la casa, y podemos montar una distracción en los terrenos. Es lo suficientemente aislado como para no causar demasiados problemas. El vecino más cercano está a kilómetros de distancia. Afinaremos los detalles en breve.

—No ataquen hasta que mi esposa y mi hija estén fuera y a salvo. ¿Entendido?

—Cristalino, jefe. Moriré antes de que les pase algo. Lo juro por el Juramento de Sangre.

El Juramento de Sangre, conocido como *omerta* en algunos círculos, es sacrosanto. Su lealtad a mi familia está fuera de toda duda. Son sus recientes fracasos, con la propiedad violada dos veces bajo la vigilancia de su equipo, lo que me preocupa.

—Envíame la dirección y un punto de encuentro para reunirme contigo y el equipo. Tengo hombres adicionales proporcionados por la organización Martelli. Deberían estar aquí en Boston antes del anochecer, y los enviaré directamente allí —lanzo una mirada a mi hermano, pero ahora no es el momento de revelar por qué Martelli está siendo tan servicial.

—Nicky y yo también estaremos allí para el golpe final. Danelli, no te muevas sin mi autorización.

De ninguna manera voy a dejar que alguien más acabe con Rossi, o con Rina, para el caso. Son míos, y solo míos.

Termino la llamada con Danelli, y los ojos de Nicky se iluminan ante la perspectiva de acción. Inmediatamente vuelvo a coger el teléfono y dispongo que uno de mis hombres abra la armería.

Mi hermano y yo estamos a punto de entrar en batalla, y no iremos con las manos vacías.

Bianca

Cuando regreso a mi habitación después de la cena, coloco a mi hija, ahora dormida, en su pequeña cuna y luego corro hacia la puerta para comprobar que el cerrojo está echado. Agarro la silla que está en un pequeño escritorio cerca de una de las ventanas y la empujo bajo el pomo de la puerta como medida adicional.

Necesito un tiempo fuera de esta gente loca antes de tener que enfrentarme a ellos de nuevo.

Durante toda la cena, seguí recordando aquella conversación anterior en la zona del salón. Rina y Rossi se sentaron frente a mí durante los tres platos que nos sirvieron, y Rina hizo preguntas aparentemente educadas sobre mi educación y mi trabajo en el centro de rescate de animales. Pero yo seguía visualizando a aquel pobre hombre ardiendo en su coche, atrapado y aterrorizado y sin duda sufriendo un dolor abrasador.

¿Y ella simplemente se quedó allí y lo dejó morir? Soportando sus propias quemaduras para asegurarse de que el trabajo estuviera hecho. ¡El padre de su hijo!

Puedo imaginar a Rio metiendo una bala rápida en la cabeza de alguien, lo cual es terrible en sí mismo, por supuesto, pero quedarse allí y ver morir quemado a alguien a quien se supone que amas, y estar feliz por ello...

Estoy aprendiendo que hay grados de horror en este mundo de la Mafia, y mi marido no está en la cima de la lista.

No, ese lugar pertenece a mi madre.

Cuando se retiraron los restos de la cena después del postre y el café, Rina se inclinó hacia delante con los codos sobre la mesa del comedor y habló un poco más sobre su intención de matar a Rio y a todos los miembros de su familia —exceptuándonos a mí y a Emilia— para que ella y Rossi pudieran tomar el control.

—Tenemos a alguien trabajando con nosotros para que eso suceda. Aunque todo va mucho más lento de lo que me gustaría. Todos estos años, Bianca, no tenía idea de dónde estabas. Rossi te estaba buscando en mi nombre, y sabíamos que Agosti también. No quería hacer mi movimiento hasta que te localizáramos porque todo es *por ti*, mi querida hija. Por ti y ahora también por Emilia. Quiero que el nombre Carlotti vuelva al lugar que le corresponde. A la cima.

Por un momento, mientras miro a los ojos de Rina al otro lado de la mesa, deseo ser Bree Walker otra vez. Inocente y sin saber nada de esta vida. Esta vida desordenada y violenta.

Pero luego el deseo momentáneo se desvanece. Podría llamarme como quisiera, pero la verdad es que seguiría siendo Bianca Carlotti en el fondo. La sangre Carlotti corre por mis venas. Siempre lo ha hecho y siempre lo hará.

Al igual que para Emilia.

Al menos ahora estoy marginalmente más preparada para lidiar con la mierda que viene con ese legado de lo que estaba cuando Rio me secuestró en la calle por primera vez.

Dirijo mi mirada a Rossi, que me observa con un aire calculador que desaparece en el momento en que poso mis ojos en él. Ahora que conozco algo de su verdad, no puedo creer que nunca viera a través de su naturaleza falsa.

Puede que Rina me quiera aquí como su querida hija perdida hace mucho tiempo, pero está claro que esa no es la opción preferida de Rossi. Supongo que probablemente preferiría verme muerta.

Aun así, es obvio que realmente se preocupa por Rina. De una manera retorcida y tóxica. El hecho de que la haya apoyado —y probablemente facilitado— todos estos años lo convierte en un monstruo tan grande como ella.

Y ella es un monstruo. No puedo esconderme de la verdad sobre Rina.

Entonces algo que acaba de decir me penetra.

—¿Tienes a alguien trabajando contigo? —¿Significa eso que tienen a alguien infiltrado? ¿Alguien en la organización de Rio? Mi mente repasa rápidamente todas las posibilidades de quién podría ser, y apenas contengo un escalofrío ante el horror de saber que alguien en quien Rio confía podría estar trabajando para derribarlo.

Abro la boca para preguntar algo más, pero Rossi levanta una mano —la que tiene todos los dedos intactos.

—Creo que deberíamos dejarlo ahí por esta noche, querida —dice, dirigiendo sus palabras a Rina—. Tu hija parece cansada. Ha pasado por mucho últimamente y probablemente quiere descansar.

Rina me mira con duda. —¿Cansada? Oh, está bien. Disculpas, *mia figlia*. Debería dejarte descansar. Discutiremos más por la mañana.

Y ahora, estoy encerrada en mi habitación con la silla empujada contra el pomo de la puerta y preguntándome cómo puedo hacer llegar un mensaje a Rio de que alguien con quien está trabajando actualmente podría ser un traidor a su causa.

Algo me despierta de mi ya inquieto sueño. No estoy segura de qué es. ¿Quizás es simplemente ansiedad? Compruebo la hora en el reloj sobre el escritorio —2:15 a.m.— luego me deslizo fuera de la cama para asegurarme de que Emilia está bien, pero está tranquila en su cuna. ¿Qué fue lo que-

Un medio jadeo sale de mí, y doy un par de pasos involuntarios hacia atrás cuando un hombre vestido de negro se precipita desde las sombras de mi baño privado. La figura cruza la habitación y tiene su mano sobre mi boca antes de que pueda hacer más ruido.

Respiro pesadamente detrás de su mano, tanto aterrorizada como llena de esperanza. ¿Es esto un rescate, o algo mucho más siniestro? Entonces registro la voz que habla en voz baja en mi oído.

—Bianca. Señora Agosti. Soy yo, Lee. Hemos venido a sacarlas a usted y a la bebé.

¿Lee? ¿Mi guardaespaldas? No puedo ver su rostro ya que está cubierto con un pasamontañas, pero reconozco la voz y envuelvo mis brazos alrededor de su firme cintura, abrazándolo fuertemente.

—¿Estará callada? —pregunta.

Asiento vigorosamente, y él lentamente retira su mano de mi boca.

—Oh, gracias a Dios, Lee. Gracias a Dios. ¿Cómo entraste? El lugar debe estar alarmado hasta el tope.

No me importa cómo entró, en realidad. Mientras la alarma no se haya activado. Él está aquí, y eso significa que Rio está cerca.

—Tenemos un equipo de IT de primera como parte de nuestro grupo. Desactivaron el sistema. Solo estará inactivo por unos minutos, así que debemos ser rápidos. Voy a hacer algo que no le gustará, pero le prometo que su efecto es solo temporal.

—Qué...

Saca una jeringa de algún bolsillo y se inclina sobre la cuna.

—¡Oh! No, no-

Emilia deja escapar un pequeño chillido, y luego vuelve a estar en silencio.

—¿Qué has hecho? —le siseo—. ¿Qué le has dado?

—Un sedante. Necesitamos mantenerla callada por ahora. Fue medido y preparado por un médico basado en su edad y peso. Despertará bien en unas horas, lo prometo. Sin efectos secundarios duraderos, dijo el doctor.

Quiero protestar, pero es demasiado tarde. Me ocuparé de eso cuando salgamos de aquí.

—Reúna lo que necesite, señora. Tiene —mira su reloj— dos minutos y medio como máximo. Necesitamos movernos rápido.

—Date la vuelta.

Lee obedece al instante, y rápidamente me quito el camisón que habían dejado para mí en la cama y me pongo mi propia ropa. Luego corro hacia Emilia y la envuelvo firmemente en una de las suaves mantas de la cuna antes de levantarla en mis brazos.

—¿Por dónde?

—De vuelta por aquí. —Lee indica la puerta del baño, y empiezo a seguirlo pero me detengo y agarro el bolso de pañales de Emilia de donde estaba debajo de la cuna.

Lo revisé antes y encontré que estaba cargado aparentemente para una salida rápida, con biberón, fórmula en polvo, pañales, toallitas y un cambio de ropa para bebé.

Apuesto a que no estaban pensando en *mi* escape rápido. Más bien en el suyo propio, si necesitaban irse con prisa.

Siempre estar preparado. El lema encaja perfectamente para esta loca vida del submundo.

Me apresuro tras Lee, quien está de pie bajo la ventana abierta y colocando la silla de mi tocador debajo. La ventana está bastante alta, sin embargo, incluso con la silla.

Ante mi brusca inhalación, dice: —Está bien. Mitch está ahí fuera, listo para ayudar. Súbase aquí en la silla y entregue a su hija primero, luego la impulsaré.

Sé que tiene razón. No puedo pasar por esa ventana sosteniendo a mi bebé. Pero aún así es difícil obligarme a entregarla a la oscuridad a otra figura sombría.

—¿Mitch? —susurro.

—Sí, señora —llega la voz débil—. Confíe en mí. La mantendré a salvo.

Extiendo la mano y se la entrego, luego lanzo el bolso de pañales para que caiga en el suelo junto a él. Momentos después, Lee me impulsa hasta que estoy equilibrada sobre mi estómago a mitad de camino fuera de la ventana. Otra figura se acerca afuera, esta más alta y ancha que Mitch. Incluso en ropa de camuflaje negra, reconozco a mi marido.

—Rio.

Su fuerte agarre me estabiliza y me saca completamente por la ventana. Me aferro a él por un momento, temblando como una hoja. Realmente vino a rescatarme. A mí y a Emilia.

—Está bien, *mia cara*. Te tengo. Pronto estarás a salvo.

Esta pesadilla casi ha terminado.

Entonces una explosión desgarró la noche, y todo el infierno se desata a nuestro alrededor.

Capítulo Doce

—Quizás tengas que luchar una batalla más de una vez para ganarla.

Margaret Thatcher

Rio

Gritos y alaridos rasgan el aire, seguidos de más explosiones, y luego el sonido seco de disparos estalla desde diferentes direcciones.

No quiero dejar ir a Bianca, pero la distracción llegó un par de minutos antes de lo previsto, y ahora la alarma del edificio también está sonando.

El enemigo ha despertado.

Leon se lanza por la ventana y aterriza en un montón en el suelo antes de ponerse inmediatamente de pie.

—Ve —empujo a Bianca hacia él, luego miro al otro guardaespaldas que espera sosteniendo a mi hija con una bolsa de pañales colgada sobre un hombro—. Mantenlas a salvo a las dos.

—Con mi vida, señor —dice Leon—. Siempre.

El otro —Mitch, creo que se llama— asiente también.

La expresión de Bianca está ligeramente conmocionada, pero mientras Leon la arrastra por el césped hacia la sombra de la línea de árboles cercana, su voz flota hacia mí.

—Mantente a salvo, Rio.

¿Mantenerme a salvo? Muestro los dientes en una mueca, apenas logrando contener mi gruñido. Mi familia y mi organización nunca estarán a salvo hasta que Rossi y Rina estén muertos. Es hora de hacer lo que debería haber hecho hace años.

Acabar con ellos como los perros rabiosos que son.

Saco mi arma de la funda del hombro y me dirijo a la parte trasera de la propiedad, sospechando que Rossi probablemente huirá por cualquier punto de salida que ofrezca la menor amenaza. Danelli y un enjambre de mis hombres, apoyados por el equipo de Martelli, ya están en el frente, y es ahí donde Rossi enviará el grueso de su propia seguridad.

Asomo la cabeza por la esquina del edificio y veo lo que esperaba a medias: un vehículo negro que probablemente tenga cristales a prueba de balas se está deteniendo cerca de la entrada trasera de la casa. La puerta trasera del coche más cercana a la casa se abre de golpe. Listo y esperando para que el jefe huya.

Solo hay una corta distancia entre la casa y el coche que espera, a lo sumo unos pocos metros. No hay mucho margen de error. Sonrío sombríamente. Tiempo suficiente para que mi enemigo reciba una bala entre los ojos. Si puedo mantener el control de mi temperamento y no dejar que mi monstruo interior afecte mi visión o mi puntería.

Me mantengo presionado contra la pared, aprovechando las sombras para evitar que el conductor y quien sea que esté en ese coche me vean.

De repente, un chillido infernal impregna el aire. ¿Qué demonios es eso?

Entonces me doy cuenta de que estoy escuchando a una mujer teniendo un berrinche. Definitivamente no es Bianca, quien a estas alturas debería estar a salvo a través de los árboles y casi en nuestro vehículo blindado esperando en una de las carreteras laterales que bordean este lugar.

Además, ella nunca sonaría así. Tan fuera de control y... animal.

Mi pulso se acelera. Aunque ahora sé que es cierto que Rina escapó de la explosión hace todos esos años, una pequeña parte de mí lo dudaba. Ya no más. Esa debe ser Rina, ¿quién más podría ser? Suena demente.

Luego escucho la voz de un hombre, tratando de calmarla. Rossi. El odio arde caliente en mi sangre, y es todo lo que puedo hacer para no abalanzarme sobre la puerta.

Paciencia; necesito paciencia. Yo soy el depredador, y ellos son mi presa.

Recuerda eso.

—Rina —dice Rossi de nuevo, con irritación ahora tiñendo su tono—. Tenemos que irnos, rápido. Los hombres están conteniendo la entrada, pero no pasará mucho tiempo antes de que se abran camino hasta aquí atrás. Un minuto o dos como máximo, diría yo. Date prisa.

—Se ha ido. Se han ido. Voy a... —Las palabras degeneran una vez más en gritos incoherentes.

A juzgar por el volumen, deben estar justo dentro de esa puerta. Levanto mi arma y apunto, manteniéndola firme y esperando a que mi presa salga hacia mí.

Momentos después, una figura masculina robusta sale apresuradamente, flanqueada por dos hombres cuya presencia me impide tener un tiro limpio. Aprieto el gatillo en rápida sucesión. Un disparo. Dos. Los guardaespaldas caen. Justo cuando aprieto otra ronda, la figura más baja se agacha antes de lanzarse al coche. Le doy, definitivamente, pero no es el tiro mortal a la cabeza que pretendía.

¿Su costado, quizás? ¿La cadera?

La puerta del coche se cierra de golpe, y las ruedas del vehículo levantan grava mientras arranca a toda velocidad. Así que ha decidido no esperar a Rina Carlotti, después de todo.

¿Él o ella? Tengo que tomar una decisión dividida en ese instante. No tengo esperanza de alcanzar ese coche a pie, así que decido ir tras ella. Hablo por el micrófono de mi oreja para alertar al equipo.

—Rossi está en el vehículo negro subiendo por el camino de entrada. No estoy seguro si es a prueba de balas, pero supongo que sí. Le disparé, pero no está muerto. Al menos hay uno más en el coche con él: el conductor. La mujer Carlotti aún está en la casa.

Los dejo encargarse de eso y me dirijo hacia la puerta de la casa. Es hora de conocer a mi suegra en carne y hueso.

Bianca

—¡Maldita sea! —La maldición de Lee se escapa en el aire nocturno, cortando a través de los

gritos amortiguados y los sonidos de disparos detrás de nosotros.

Mitch está delante de nosotros con Emilia en sus brazos. Puedo ver el coche al que nos dirigimos en la distancia, y parece seguridad para mí. Lee dijo que era a prueba de balas.

Pero una pequeña parte de mí grita que necesito darme la vuelta y volver para ayudar a Rio.

Esta es mi madre biológica, después de todo. El lío de mi familia que ahora él tiene la tarea de limpiar.

—¿Qué pasa? —pregunto cuando Lee no dice nada más.

Estamos siguiendo cuidadosamente la línea del largo camino de entrada, pero manteniéndonos en las sombras y arbustos tanto como podemos. La acción está mayormente detrás de nosotros ahora, centrada en el frente de la casa por los sonidos que se escuchan.

Lee se toca la oreja de nuevo. Debe estar escuchando las comunicaciones y no le gusta lo que oye.

Mi corazón da un vuelco. —¿Rio está bien?

Me mira de reojo, y sus dientes brillan brevemente mientras me sonrío. —El jefe está bien. Le disparó a Rossi, pero el bastardo está escapando.

El sonido de un motor de coche me llega a la conciencia y, instintivamente, sé que es *él*. Rossi. El hombre que apoyó a mi madre en toda su locura. El hombre que robó a mi hijo y quiere a mi marido muerto.

Una rabia que nunca antes había sentido se eleva y casi me ahoga. Me detengo tambaleándome, sorprendida por la fuerza de mis sentimientos, antes de girarme para buscar el coche que se acerca. Todavía no puedo verlo, ya que hemos doblado una curva en el camino.

Nunca seremos libres ni estaremos a salvo mientras nuestro enemigo viva. El pensamiento surge de la nada, y obligo a callar a esa pequeña parte de mí, en lo más profundo, que todavía se siente como Bree Walker. O incluso como Aria Lowe.

Si voy a sobrevivir en este mundo, necesito más de lo que Bree o Aria pueden proporcionar.

Enderezo la espalda.

—Dame tu arma, Lee.

—Ni hablar, señora Agosti. Su marido me mataría.

—No es una petición, Lee. Es una orden. Soy Bianca Carlotti-Agosti, la esposa y socia de Rio, y te *ordeno* que me des tu arma.

Aún así no obedece, así que me acerco y simplemente deslizo el arma fuera de su funda bajo su hombro. Por supuesto, él podría haberme detenido fácilmente, pero quizás hay algo en mis ojos que confirma que no estoy jugando con esto.

Ya no más.

Soy una jodida *reina de la Mafia*, y es hora de que dé un paso adelante y tome el control de mi vida.

No más secuestros. No más miedo.

Después de un segundo, Lee se inclina y saca una segunda arma de una funda en su tobillo.

Levanto el arma y vacilo por un segundo. Es diferente a la que Rio me dio. Aquella era una Glock, recuerdo que dijo. No tengo idea de qué es esta.

—¿Cómo...?

Suspira.

—Aquí. El seguro puesto... Quitado, así. La bala en la recámara así. Aprieta el gatillo. Tiene retroceso, así que prepárate.

El coche que se acerca está casi sobre nosotros. Cuando dobla la curva, asiento a Lee, luego salgo de las sombras hacia el camino del vehículo.

No me detengo a pensar. Simplemente levanto mi arma y disparo hacia las proximidades de donde creo que debería estar la cabeza del conductor.

Capítulo Trece

—En momentos de dolor, buscamos venganza.

Ami Ayalon

Bianca

El arma se sacude en mi mano y el disparo se desvía. Por supuesto que sí. Simplemente no tengo la pericia para algo como esto.

Pero Lee no falla. Dispara una fracción de segundo después de mí, y el parabrisas del lado del conductor se desintegra. Luego Lee me arrastra del brazo fuera de la carretera y me empuja hacia el borde de hierba antes de cubrirme con su cuerpo. El coche se desvía en dirección opuesta a nosotros y se detiene abruptamente cuando choca contra un árbol.

El motor sigue acelerando, pero ese es el único sonido que puedo oír además de la respiración entrecortada de Lee en mi oído antes de que su voz ronca escupa:

—Jesús, María y José. Estás tan loca como tu maldito marido.

Obviamente la maldición no es un cumplido, pero decido tomármelo como tal. Lentamente, cuando no nos alcanza ningún fuego de respuesta, Lee se desliza fuera de mí y me ayuda a ponerme de pie.

El conductor está desplomado en su asiento, claramente muerto. La parte superior de su cabeza ha desaparecido. Su boca está abierta y sus ojos son agujeros negros vacíos.

Un airbag arrugado confirma que se desplegó correctamente, pero el disparo de Lee lo mató antes del impacto con el árbol.

Cuando la puerta trasera del coche se abre de golpe, Lee me empuja detrás de él y levanta su arma para apuntar al hombre que sale tambaleándose del vehículo.

Rossi. Se está sujetando el costado, gimiendo ligeramente, e incluso en la oscuridad, veo la sangre que gotea entre sus dedos mientras presiona su mano contra la carne sobre su cadera. Lee dijo que Rio le disparó. Esa debe ser la herida de bala.

Lentamente, se endereza, tanto como puede, y mira más allá de Lee hacia mí.

—Sabía que no estabas con nosotros —dice en un tono conversacional. Su respiración es laboriosa, pero aún funciona lo suficiente para hablar coherentemente—. Intenté decírselo a Rina, pero ella no me creía. Quería hacerte matar, pero ella lo prohibió. Solo estás viva porque ella nunca me habría perdonado si hubiera hecho lo que debía en el momento en que huiste de Rio por primera vez.

Vaya. Todo ese tiempo, cuando pensaba que era uno de los hombres más agradables de este mundo, él albergaba pensamientos de asesinato.

—¿Fuiste tú quien la ayudó a organizar la muerte de Stefano? Ella no podría haberlo hecho sola.

Me siento entumecida ahora que mi rabia anterior se ha disipado. Demasiado que asimilar. Me ocuparé de todo más tarde, lo que parece ser mi lema actual. Me estoy convirtiendo en una

Scarlett O'Hara cualquiera.

—¿Volaste su coche? —insisto cuando Rossi no responde a mi pregunta.

Hace una mueca y se desploma ligeramente hacia un lado, como si su dolor estuviera empeorando. Probablemente lo está.

—Lo hice —responde lentamente, después de una pausa—. Y lo haría de nuevo sin dudarlo. ¿Sabes cuántas mujeres le restregó en la cara? ¿Cuántas veces levantó la mano contra ella? Se merecía algo mejor que ese monstruo.

—Así que lo volaste y luego la ayudaste a escapar y esconderse todos estos años. ¿Por qué? Es decir... ¿por qué?

Lee se mueve con impaciencia a mi lado, pero necesito saber la verdad.

Rossi intenta reír, pero termina en una tos que suena dolorosa.

—Podría decir que por amor, y sería parcialmente cierto. Pero el amor solo te lleva hasta cierto punto. El dinero, por otro lado, y el poder... Quería a Rina y la fortuna de los Carlotti. Pero ella estaba tan obsesionada con encontrarte...

—Y entonces Rio me encontró primero. —Gracias a Dios. No sabía en ese momento lo afortunada que era de que el destino me hubiera llevado a mi marido antes que a nadie más.

—Lo hizo. —Rossi vuelve a reír, y esta vez logra un gorgoteo ahogado.

¿Tal vez esa bala de Rio le alcanzó la parte inferior del pulmón?

—Pero yo tuve la última risa —añade, y hay un verdadero triunfo en su tono—. Maté a sus padres cuando descubrieron que Rina seguía viva, y el gran Gregorio Agosti nunca supo que fui yo.

—¿Mataste al jefe de la familia criminal Agosti? ¿Y a su esposa? —No debería ser capaz de más conmoción, pero aparentemente lo soy.

La sangre retumba en mis oídos mientras mi ritmo cardíaco se alborota.

Vagamente, oigo a Lee murmurar entre dientes. Maldiciendo de nuevo. Suena tan conmocionado como yo.

—Lo hice. También lo hizo Rina. Hicimos eso juntos, en tu nombre. Así que eres cómplice de sus muertes, Bianca Carlotti-Agosti, aunque solo fueras una niña y nadie supiera dónde estabas. Cuando Rio se entere de ese pequeño detalle divertido, te echará a un lado como la basura que eres.

Levanta su otra mano, que ha estado fuera de vista todo este tiempo, y antes de que Lee o yo podamos reaccionar a la vista de su arma, se escucha un fuerte estampido cuando Rossi aprieta el gatillo.

Lee cae a mi lado con un gruñido sorprendido, su arma cayendo inútilmente en la hierba mientras se agarra el hombro. Y luego cae de cara y se queda inmóvil. Otro Leon perdido por esta maldita y horrible situación.

No puedo soportarlo. Tanta muerte. Todo por culpa de mi familia. Y mía.

—Sube al coche y conduce, Bianca. —Rossi se tambalea un poco, pero su arma permanece firme

—. O muere aquí mismo en la oscuridad.

—No. —¿Por qué están matando a todos los Leon?

Tanto sufrimiento. Tanta sangre. Está por todas partes, a mi alrededor, y no puedo soportarlo...

—Si no lo haces, te cazaré y te haré mirar mientras despedazo a tu hija y luego arrojo los trozos a los tiburones en el puerto. Sube. Al. Maldito. Coche.

Un chillido sube por mi garganta y estalla fuera de mí.

—¡No tocarás a mi hija! ¡Tú mueres, maldito *bastardo*!

Cierro los ojos y aprieto el gatillo, y luego empiezo a gritar.

Rio

Los gritos en la distancia me detienen en seco mientras busco a Rina habitación por habitación dentro de la casa. ¿Bianca? Reconocería su voz en cualquier parte. ¿Qué demonios ha pasado para que haga un ruido así?

La sangre abandona mi rostro y mi corazón casi se detiene mientras los gritos se intensifican. ¿*Emilia*? ¿*Está nuestra hija... muerta*?

Ni siquiera pienso, solo corro. De vuelta por la puerta trasera y a lo largo del camino de entrada, mis piernas bombeando tan fuerte y rápido como puedo, siguiendo el camino que habría tomado el coche...

Más disparos, pero vienen esporádicamente de lo que parece ser todas partes, así que no puedo decir si alguno viene de la misma dirección que los gritos de Bianca.

El pánico le da alas a mi cuerpo hasta que doblo una curva y veo a Bianca con los ojos cerrados y los brazos extendidos, apuntando con una pistola. Hay un coche medio destrozado junto a un árbol con un hombre muerto dentro y dos cuerpos masculinos desplomados en el suelo cerca de ella. Mi carrera frenética se ralentiza hasta convertirse en un paseo, y me detengo para examinar el área, evaluando el peligro.

No parece haber nadie más cerca.

—Bianca —la llamo por su nombre, en voz alta, tratando de captar su atención.

Los gritos han cesado ahora, pero ella está gimiendo y lamentándose. ¿Dónde está Emilia? ¿Qué demonios ha pasado aquí?

La llamo de nuevo, y luego otra vez, acercándome un par de pasos cada vez, y finalmente abre los ojos y gira la cabeza para mirarme. El arma gira con ella, y yo enfundo la mía para evitar alterarla antes de cerrar la última distancia entre nosotros tan lentamente como me atrevo.

—Cariño. Pajarito. Soy yo, Rio. Baja el arma, *mia cara*. No quieres disparar a la persona equivocada, ¿verdad?

Parpadea varias veces, como si acabara de tomar conciencia de su entorno, y deja caer el arma con un jadeo. Hago una mueca, agradecido de que la pistola no se haya disparado accidentalmente y nos haya herido a alguno de los dos.

Tan pronto como lo hace, me lanzo y la tomo en mis brazos. Su cuerpo está temblando, y los sollozos la sacuden mientras se hunde en mi abrazo.

Miro por encima de su cabeza a los dos hombres caídos. Rossi. Y su guardaespaldas. Es bastante obvio que Rossi está muerto. Hay una enorme mancha roja en su pecho, y su mirada está fija y mirando a la nada.

Leon —el hombre al que mi esposa llama Lee— está desplomado hacia adelante, y necesito revisarlo, pero Bianca se aferra a mí con tanta fuerza que no puedo soltarla. En su lugar, murmuro palabras sin sentido en su cabello y le doy palmaditas suaves en la espalda, manteniendo una mirada vigilante en las sombras a nuestro alrededor mientras tanto.

Finalmente, cuando se calma, la suelto. —¿Dónde está nuestra hija?

—A salvo —dice—. Eso creo. Especialmente ahora que él está muerto.

Inclina la barbilla en dirección al cuerpo de Rossi.

—¿Qué pasó? ¿Se dispararon entre ellos?

Me agacho para comprobar el pulso del guardaespaldas, sin esperar nada. Mi mano se sacude ligeramente cuando me doy cuenta de que está vivo. Lo giro de lado, y él gime y parpadea.

Bianca grita de nuevo y cae de rodillas a su lado. —Lee. Pensé... Pensé que estabas muerto.

Sus ojos se abren. —No es tan fácil acabar con un buen hombre.

Gime, y la sangre chapotea mientras intenta levantarse. Está sangrando bastante por una herida en el hombro.

—Quédate quieto. Te conseguiremos ayuda tan pronto como podamos —hablo por mi micrófono de oreja, alertando a Danelli para que envíe al equipo médico que espera en cuanto tengamos el área asegurada, y que envíe a un hombre ahora para ayudar a detener la hemorragia tan pronto como pueda prescindir de uno.

—¿Y mi hija? —le pregunto a Danelli—. Necesito una actualización.

Presiono mis manos sobre la herida del guardaespaldas, aplicando presión allí hasta que alguien llegue a relevarme, mientras escucho la respuesta de Danelli.

Me giro hacia Bianca, sabiendo que apreciará las noticias. —Emilia está a salvo. Las están llevando a un lugar preestablecido para esperar por nosotros.

Ella se desploma a mi lado, claramente aliviada por mis palabras.

Frunzo el ceño ante el vehículo estrellado. —El de ellos no era a prueba de balas, ya veo. Un error de principiante, y uno que obviamente le ha costado la vida a mi enemigo. Entonces, ¿qué pasó aquí?

Bianca toma una respiración profunda y la suelta de golpe. Se arrastra sobre sus rodillas y amolda su cuerpo a mi costado. Logro contener un gruñido de dolor cuando presiona contra mi herida de la otra noche. El analgésico que me dio el médico me habría hecho somnoliento, así que apenas he tomado algo, y ciertamente nada en las últimas doce horas.

—Intenté disparar al conductor, pero fallé. Entonces Lee le disparó, y el coche se estrelló. Luego Rossi salió y le disparó a Lee. Entonces yo le disparé a Rossi.

—¿*Tú* mataste a Rossi? —Casi suelto la presión sobre el hombro del guardaespaldas por la sorpresa.

—Sí. Después de que dijo... Él dijo... —Tiembla, una acción tan sutil que no la habría sentido si no estuviera presionada tan cerca de mi costado.

—¿Qué dijo, Bianca?

—Dijo que me haría ver mientras cortaba a nuestra hija en pedacitos y se la daba de comer a los tiburones.

De repente, bordes negros nublan mi visión, y es solo el contacto físico proporcionado por Bianca a mi lado lo que mantiene mi rabia bajo control. Hasta que sus siguientes palabras desgarran mi control en pedazos.

—También dijo... Lo siento mucho, Rio. Pero dijo que tus padres descubrieron que Rina todavía estaba viva, así que él y Rina los mataron. Y dijo que lo hicieron... —Un pequeño sollozo que suena asustado se escapa de su boca—. En mi nombre.

Sus palabras son como el último golpe de un martillo contra la tapa hirviente que contiene mi rabia.

Con un rugido, me pongo de pie mientras mi visión se oscurece. Mientras los más débiles vestigios de coherencia mental aún permanecen, me tambaleo lejos de mi esposa, decidido a poner distancia entre nosotros antes de que mi monstruo interior surja por completo.

No quiero que ella se vea atrapada inadvertidamente en el fuego cruzado.

Capítulo Catorce

No temo a las tormentas, porque estoy aprendiendo a navegar mi barco.

Louisa May Alcott

Bianca

Es una suerte para Lee que uno de los hombres de Rio llegue en ese momento y se encargue de presionar su herida, porque Rio se tensó al escuchar mis palabras, me apartó, se puso de pie tambaleándose y se alejó hacia las sombras con un gruñido apagado.

Quiero correr tras él, llamarlo, asegurarme de que esté bien. Porque ciertamente no parecía estarlo.

Su rostro palideció tanto que podría haber sido esculpido en mármol, pero sus ojos ardían, y aun en la oscuridad, vi aparecer en su expresión una falta de alma que nunca antes había visto en él.

No lo persigo en la oscuridad porque tengo demasiado miedo de lo que pueda hacerme si lo hago.

Tengo miedo, tanto *de* él y esa oscuridad que mancha su alma, como *por* él. Porque me advirtió sobre ello, y aunque me ha permitido ver destellos aquí y allá, nunca lo había visto así.

Sé que esa oscuridad lo atormenta. Puedo adivinar el tipo de cosas que lo hace hacer.

Así que, en lugar de correr tras Rio, me quedo con Lee, arrodillada a su lado y rezando para que Mitch realmente haya llevado a Emilia a salvo al lugar que Rio preparó para nosotros. También rezo por mi esposo, cuya alma está tan dañada que no puede sacudirse al monstruo que lo domina.

Y en algún lugar, también rezo por mi madre biológica. No por su seguridad, sino por su salvación. Ella es tan oscura y retorcida como cualquier otra persona en este mundo, y las cosas que ha hecho probablemente la enviarán directamente al infierno.

Como a todos nosotros.

Miro el cuerpo de Rossi, no tan aterrorizada por ver el resultado de mis acciones como lo estuve cuando maté a Penn. Puedo mirar su cuerpo arrugado y manchado de sangre con menos angustia de la que esperaba.

¿Matar se vuelve más fácil con cada cuerpo que cae?

En algún lugar profundo dentro de mí, los gritos que verbalicé antes siguen desenfrenados. *No. No estoy bien con matar. Nunca estaré bien con eso.* Más tarde, me permitiré derrumbarme. Ahora es momento de mantener el pánico a raya y mantenerme enfocada. Tranquila. Y en control, a toda costa.

Porque sospecho que Rio me va a necesitar, y pronto.

Entonces recuerdo lo que Rina dijo sobre alguien trabajando para ella desde adentro. Tengo que avisarle a Rio.

Me inclino y, con toda la delicadeza posible, le quito el micrófono de la oreja a Lee. Antes de

ponérmelo en la oreja, me permito un pequeño escalofrío, casi riéndome de la ironía de sentir asco por ponerme algo de la oreja de otra persona en la mía, cuando a nuestro alrededor hay heridos, sangre y muertos.

Pero necesito mantenerme informada de lo que está pasando, y necesito hablar con Rio, y con Lee entrando y saliendo de la consciencia, él no necesita la tecnología en este momento.

Al instante, me conecto con un grupo más grande, voces hablando, gritando y actualizando. Rápidamente me doy cuenta de que no puedo decir nada usando el micrófono. La persona que trabaja para Rina posiblemente también esté conectada a las comunicaciones. Tendré que decírselo a Rio personalmente cuando lo vea de nuevo, lo que espero sea pronto.

Los disparos ahora son solo esporádicos, e identifico la voz de Danelli cuando dice:

—Todos los que no estén reunidos en la entrada principal, reporten.

Hay una oleada de voces, una tras otra. Muchos de nuestros hombres todavía están bien. El alivio inunda mi sistema. Luego, el segundo al mando de Rio da instrucciones para que todos los que aún estén de pie se dirijan al edificio donde están retenidos los miembros capturados de la tripulación de Rossi y Rina.

—Y envíen a los médicos del perímetro —agrega—. Solo queda uno de nuestros enemigos por contener, y probablemente ya se haya ido de aquí. Hay hombres desangrándose. Necesitamos médicos aquí ahora.

Un enemigo, probablemente ya lejos. Rina. ¿Se escapó? Me levanto tambaleándome, y las náuseas se revuelven en mi estómago ante la importancia de lo que eso significa para Emilia. Y para Rio y para mí, si es que todavía hay un Rio y yo después de lo que revelé justo antes de que se tambaleara y se fuera. Rina está obsesionada con el apellido Carlotti, y nunca dejará de perseguirnos. Hasta que ella termine muerta.

O nosotros lo hagamos.

—Rio, no, espera... Ah, mierda... —La voz de Nicky en el auricular contiene más que un indicio de preocupación.

Y eso me aterroriza. ¿Por qué Nikolas, de todas las personas, está preocupado?

Suenan disparos, uno tras otro, una y otra vez, tanto en mi auricular como en voz alta, resonando en la noche. Me hundo de nuevo de rodillas y me inclino hacia adelante, abrazando mi vientre. ¿Cuántos? ¿Cuántos acaba de matar mi esposo?

Por favor, Rio, no. No dejes que sea verdad. No dejes que el monstruo te venza...

El silencio cae por primera vez en lo que parece horas, y respiro pesadamente, dejando que las lágrimas caigan sin control por mis mejillas antes de que goteen al suelo.

Hasta que un susurro conmocionado sisea a través del auricular de un hombre desconocido, rompiendo el silencio. —Joder. Eso fue...

Me arranco el auricular y lo tiro al suelo, y luego dejo caer la cabeza entre mis manos y estallo en lágrimas al saber que el hombre complejo del que me he enamorado se ha perdido completamente en la oscuridad.

Rio y yo viajamos por separado a su casa segura, que resulta estar en Brookline, en las afueras de Boston. Para cuando llego allí, acompañada por dos matones cuyos nombres no conozco, ya ha amanecido. El cielo primaveral aún está gris y pesado, y amenaza lluvia, coincidiendo exactamente con mi estado de ánimo actual.

La propiedad es enorme, ubicada en jardines paisajísticos con un largo pabellón de piscina a un lado, y rodeada de árboles que parecen colocados artísticamente para dar privacidad más que haber crecido allí de forma natural.

No puedo ni imaginar el precio de este lugar. Lo único que sé es que es mucho. La casa en sí es más moderna que su finca a orillas del río. La decoración es de estilo georgiano, pintada de blanco con molduras color carbón, y cuenta con un largo ala de un solo nivel que sobresale de la parte principal de la imponente casa de dos pisos.

No he visto a Rio desde que se alejó tambaleándose de mí en la oscuridad. Me preocupa, pero mi prioridad al llegar es encontrar a Emilia y asegurarme de que esté bien.

Por supuesto, la necesidad de Rio de controlar cada detalle significa que ha dispuesto de antemano una niñera para ella. Cuando entro en la suite designada para mi hija, una mujer de mediana edad está de rodillas soplando burbujas a Emilia desde un pequeño frasco de líquido. Ambas se están riendo.

Se pone de pie y se presenta como Susan. Tiene ojos amables y una sonrisa fácil, pero sigue siendo una desconocida para mí, y pasará algún tiempo antes de que confíe en alguien con mi hija.

Emilia está claramente a salvo y feliz, sin aparentes efectos negativos de la droga que Lee le dio en casa de Rina. No me queda más que levantarla y abrazarla, inhalando su dulce aroma, antes de volver a colocarla en su corralito donde reanuda sus risitas ante las burbujas.

—Su suite está en la puerta de al lado, señora —dice Susan mientras me quedo indecisa, sin saber qué hacer—. Puede acceder a ella en cualquier momento a través de esa puerta. Solo se puede cerrar desde su lado.

Señala hacia un lado de la habitación, y asiento agradecida cuando veo que la puerta está completamente abierta. Me complace saber que tendré acceso las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, a Emilia.

—Gracias —noto la simpatía que ilumina su expresión. Debe de haber sido informada de algo sobre lo sucedido.

Por alguna razón, ese conocimiento me llena de vergüenza, como si fuera mi culpa haber permitido que mi hija fuera cuidada por alguien que finalmente la secuestró.

—Yo, eh... necesito una ducha. Y luego una siesta, pero esperaré a dormir hasta que Emilia esté lista. Tal vez... creo que la tendré a mi lado mientras dormimos.

—Por supuesto —dice Susan con naturalidad, ambas fingiendo ignorar la ansiedad que impregnaba mi declaración—. Yo diría que estará lista para una siesta en, digamos, ¿una hora, señora?

—Genial. Gracias. Eso me dará tiempo de ducharme y explorar un poco la casa.

Quiero preguntarle si Rio ya está aquí, pero me da demasiada vergüenza admitir que la niñera

puede saber más sobre el paradero de mi marido que yo, así que al final cierro la boca de golpe, le hago otro gesto de asentimiento y me escabullo por la puerta de conexión hacia mi suite.

En la intimidad de la ducha, bajo el agua humeante, finalmente dejo salir todo lo que he intentado contener hasta este momento. Me hundo en el suelo de baldosas, apoyo la cabeza en mis rodillas y dejo caer las lágrimas.

El terror de no saber si volvería a ver a mi hija. La conmoción de descubrir que mi madre biológica está viva, y que no solo está loca, sino que es malvada. Y que mató a mi padre biológico, que puede o no haber sido igualmente monstruoso. La huida por la ventana y a través de los árboles en la oscuridad, rodeada de disparos y la amenaza de muerte. El miedo por Lee, y luego enfrentarme a Rossi... y matarlo...

Hay tanto que procesar, y ni siquiera sé por dónde empezar. Excepto llorar y llorar y llorar.

Lo que más pesa en mi mente, eclipsando todo lo demás, es Rio. ¿Cómo pudo simplemente salir allí y matar a tiros a tantos hombres, uno tras otro? En el calor de la batalla, o en un momento de defensa propia o de alguien a quien ama... sí, lo entendería. Demonios, yo lo he hecho ahora. Dos veces.

Pero acercarse a sangre fría a un grupo de hombres arrodillados y ejecutarlos así...

Y eso es exactamente lo que hizo. Le pedí a uno de los matones que me explicara lo que pasó durante el viaje en coche hasta aquí. Dijo que "el jefe" dio a todos los hombres capturados la opción de ponerse de su lado, de unirse a la tripulación de Agosti ya que Rossi ya estaba muerto.

A los que aceptaron, los perdonó. A los que escupieron en el suelo a sus pies, o juraron matarlo a él y a todos los miembros de su familia, les disparó, uno tras otro, hasta que no quedó ninguno de los disidentes.

Rio ha aplastado a la tripulación de Rossi hasta reducirla a nada, con la misma eficacia con la que arrasó las casas y negocios del hombre. Con Danelli, y Nicky, y otros innumerables, para recoger los pedazos después y limpiar su desastre.

Odio lo que Rio es: es un monstruo. Realmente lo es.

Debería odiarlo a él. Punto final. Pero no puedo.

Cuando miro en lo más profundo de mí misma, no encuentro ningún odio hacia Rio. Lo amo. Lo amo con todo mi corazón, y ni siquiera sé por qué. Simplemente lo hago. Se siente tan natural para mí como respirar.

No soy tan tonta como para no saber en qué me convierte eso también a mí.

No soy simplemente la esposa de un monstruo. También soy un monstruo, al menos tanto como él.

Deseo con cada célula de mi ser que fuera diferente para él y para mí. Pero no lo es.

Lloro hasta que no me quedan lágrimas en el cuerpo. Y entonces me pongo de pie, me froto por todas partes y salgo de la ducha. No hay nada que hacer excepto seguir avanzando, un paso delante del otro, un momento a la vez, un día a la vez... y esperar que las partes buenas de Rio no hayan sido totalmente consumidas por su oscuridad.

Y que podamos ser la salvación el uno del otro si sobrevivimos.

Capítulo Quince

No creo que el mundo sea un lugar particularmente hermoso, pero sí creo en la redención.

Colum McCann

Rio

Termino una vuelta en la larga piscina cubierta y giro, lanzándome a otra sin pausa. El dolor en mi costado arde bajo el vendaje impermeable, pero lo ignoro y me concentro en mi objetivo. Llegar al otro extremo de la piscina, y luego girar y hacerlo todo de nuevo.

Una y otra vez, hasta que el agotamiento se apodere de mi mente y los recuerdos se desvanezcan en gris.

Aún no he llegado a ese punto. Los recuerdos de anoche y de mi pasado están grabados en mi cerebro con una claridad en blanco y negro.

Estoy nadando ahora para cansar a la bestia que vive dentro de mí.

Todos piensan que me encanta matar, pero no es así. Lo odio.

Lo odio porque cada muerte, sin importar cuán necesaria sea, me lleva de vuelta a aquella primera vez con mi padre. Siempre me pregunto qué habría pasado si hubiera tenido la fuerza para enfrentarme a él y simplemente decir que no.

No habría cambiado el resultado para la víctima. Mi padre habría hecho el asesinato, y probablemente yo también estaría muerto. O expulsado de la familia como un fracasado, con Nicky tomando mi lugar como heredero e hijo favorito.

Elegí este camino cuando apreté ese gatillo por primera vez. Poco sabía entonces que ese acto encendió la chispa y creó al monstruo que se sabe que soy hoy.

Los hombres de Rossi tuvieron la oportunidad de jurar lealtad a mi familia. Les di esa opción. Si lo hubieran hecho, habrían vivido. Dejé eso claro.

Al elegir no hacerlo, aun sabiendo las consecuencias, representaron una amenaza para la familia y el imperio Agosti, y no tuve más opción que eliminarlos.

¿Por qué coño no juraron todos lealtad simplemente? Les habría encontrado un lugar en mi organización. Y no habrían muerto por nada.

Mientras hago una voltereta en el extremo profundo de la piscina y me lanzo a otra vuelta, me doy cuenta de que alguien me está observando nadar. Vacilo por un segundo, pero continúo cuando veo que es Bianca quien ha entrado por el otro extremo del pabellón. Está de pie con los brazos cruzados sobre el pecho y las manos agarrando sus codos mientras me estudia.

La ignoro y sigo nadando. No puedo enfrentar su repulsión.

Dos vueltas más, manteniendo la cabeza baja, y luego escucho un chapoteo. Sorprendido, me detengo en medio de una brazada para ver a Bianca en la parte poco profunda justo delante de mí. Completamente vestida. Está bloqueando mi camino hacia la pared. El agua aquí solo tiene

unos pocos pies de profundidad, así que ambos podemos estar de pie.

La miro fijamente y observo su expresión ceñuda. —¿Qué estás haciendo, Bianca?

—No me ignores, Rio. No me gusta.

—Sal de la piscina. Déjame solo. Necesitas...

—No. —Camina hacia mí, pero si está intentando ser elegante, el efecto se ve obstaculizado por el arrastre de su ropa ahora mojada que hace que se tambalee—. He esperado toda la mañana a que vinieras a mí, y estoy harta de esperar. Así que aquí estoy. Y aquí estás tú, nadando de un lado a otro durante tanto tiempo que es probable que te hundas bajo la superficie y te ahogues por puro agotamiento.

Finalmente, llega hasta mí y me mira fijamente a la cara. No lo entiendo. No puedo ver ninguna repulsión u odio. Eso es lo mínimo que esperaba de ella después de lo que hice anoche.

—Bianca, no sé qué decirte. Cómo explicar...

—No tienes que decir ni explicar nada si no quieres. —Se lanza hacia mí, envolviendo sus brazos alrededor de mi cintura y aferrándose con fuerza.

La acción es tan inesperada que me tambaleo, y me doy cuenta de que tiene razón en al menos una cosa. Estoy a punto de caer de agotamiento.

—Te amo, Rio. —Sus palabras se ahogan contra mi piel mojada.

Mi corazón se salta un latido. —¿Cómo puedes amarme? Ahora que he mostrado mis verdaderos colores...

La tristeza me invade por lo que podría haber sido con esta mujer, y para mi horror, mis ojos comienzan a arder. No puede ser por el cloro o la sal porque esta es agua de piscina con minerales.

No. Aprieto los dientes. Rio Agosti no. Lloro.

Debo ser alérgico al magnesio.

El hipo de mi respiración debe delatarme porque ella se separa y me mira de nuevo. Sus propios ojos se llenan de humedad por lo que sea que lea en mi expresión.

—Algún día te ayudaré a conquistar ese demonio interior —dice en voz baja, y en este momento, sé que nunca amaré a otra como amo a esta mujer.

Me ve. Ve al monstruo dentro de mí, y no está huyendo. Ya no.

Abro la boca para responder cuando su mirada se desvía más allá de mí, y se pone rígida.

—¡Fuera! —Grita las palabras, y escucho una brusca inhalación detrás de mí.

Empiezo a girarme, a pesar de la humedad que sale de mis ojos, pero ella me mantiene en mi lugar. ¿Tratando de proteger mi reputación?

—Asegúrate de que nadie más entre hasta que uno de nosotros dé el visto bueno. ¿Está claro?

Una voz masculina murmura: —Sí, señora —y luego la puerta del pabellón se cierra con un chasquido.

Me hundo bajo el agua para limpiar mi rostro, llevándola inadvertidamente conmigo.

Cuando salimos a la superficie, ella está farfullando y riendo. —¡Un poco de aviso la próxima vez estaría bien!

Aparto los mechones de cabello que se han ido por todas partes de su rostro y beso su frente antes de declarar mi intención. —El verdadero yo salió a la superficie anoche. El que nunca quise mostrarte. Si lo deseas, te liberaré de nuestros votos matrimoniales. Te dejaré ir, Bianca. A ti y a Emilia. ¿Es eso lo que quieres?

Sus ojos se agrandan y su boca se abre. —¿Harías eso, por mí y por Emilia?

—Sí. He llegado a amarte, *mia cara*, más que a nada en este mundo. Pero mereces algo mejor que estar encadenada a alguien como yo.

—¿Y si *quiero* a alguien como tú? ¿Y si te quiero a... *ti*?

Seguramente, no puede decirlo en serio. —¿De verdad?

Me da un puñetazo en el brazo. —¡Por supuesto que sí, joder! Eres mi marido, Rio, y he llegado a amarte también. A pesar de quién eres en tu esencia. —Frunce el ceño—. ¿O tal vez por eso? Simplemente te amo a *ti*, y eso incluye todo de ti, lo bueno y lo malo. Lo que hiciste anoche fue...

Se estremece en el agua, y las ondas se extienden a nuestro alrededor. —Fue terrible. Ambos lo sabemos, pero todos hicimos cosas terribles anoche. Yo maté a otro ser humano. ¡Maté a Rossi! ¡Un hombre al que consideraba una especie de amigo! Ambos hemos hecho cosas terribles en otras ocasiones también.

El brillo en sus ojos se apaga, y sé que está pensando en Penn, la niñera. Quizás también en sus viejos amigos del refugio de animales. Hace unos meses me confesó que sentía mucha culpa por lo que les sucedió y cómo los había tratado después.

Quiero consolarla, decirle que todo estará bien. Pero esa no siempre es la verdad en esta vida. Ella continúa antes de que pueda formular una frase que no apeste a mentiras.

—Eso no cambia lo que siento por ti, Rio. Tú eres todo para mí. Tú y Emilia. Y cualquier otro hijo, si algún día tenemos la suerte de tener más.

Apenas puedo respirar. Nadie ha visto al verdadero yo tan completa y exhaustivamente como ella. Y aun así, me acepta sin importar lo que ve.

—Me sorprendes más cada día, Bianca.

El placer destella en sus ojos. —Me alegro. Me gusta sorprenderte.

Nos dejamos llevar por el agua, flotando más hacia la parte profunda, e intento analizar lo que estoy sintiendo. Cuando Bianca está cerca, trae luz consigo. Luz en lugar de oscuridad. Esperanza en lugar de la rabia que me he acostumbrado a alimentar.

De repente, se agita, como si se diera cuenta de que ha flotado más allá de su profundidad mientras aún está completamente vestida.

La atraigo hacia mí y la sostengo con más firmeza. —Relájate. Te tengo, Bianca. Todavía puedo tocar el fondo aquí. Aunque podría ser buena idea deshacernos de parte de esta ropa. Estás

demasiado vestida para la ocasión.

—No entré aquí con la intención de saltar.

—Eso pensé.

—¿Me ayudarás? ¿A quitarme la ropa?

Una oleada de deseo va directamente a mi polla. —Con gusto.

Al menos dejó sus zapatos al borde de la piscina. La levanto para que se siente en el borde pavimentado de la piscina, y entre los dos, le quitamos los pantalones y las diminutas bragas rosa brillante que apenas cubren su monte. Se quita el suéter por la cabeza y lo tira sobre el montón de ropa empapada detrás de ella antes de quitarse y arrojar el sujetador también.

Sus pezones expuestos están erectos, sus pechos aún exuberantes y llenos por la lactancia, aunque ya no pueda hacerlo. La carne con puntas rosadas llama a mi boca, pero tengo algo mejor en mente. Ella empieza a deslizarse de vuelta al agua, pero la detengo con una mano firme en su vientre.

—No tan rápido.

—Pero...

—Esta es la posición perfecta para un festín.

—¿Un festín?

Sonrío, permitiendo que todo el hambre que pulsa por mi cuerpo se muestre en mi expresión, y luego abro sus piernas, exponiendo su coño desnudo a mi vista. Es hermosa, tan perfecta.

Y es toda *mía*.

Me inclino y comienzo a saciarme.

Capítulo Dieciséis

«No hay final. No hay principio. Solo existe la pasión de la vida».

Federico Fellini

Bianca

Rio se deleita con mi sexo como un hombre hambriento, lamiendo, besando y saboreando de arriba a abajo mi hendidura antes de atrapar mi clítoris con sus labios. Rodea el botón con su lengua, y jadeo cuando la sensación se extiende e inunda todo mi cuerpo de calor.

—Oh, Rio. Se siente tan... *bien* —Me recuesto un poco, apoyándome en mis manos, sintiéndome lánguida y sin control mientras él levanta mis piernas y las recoloca sobre sus fuertes hombros.

—¿Te gusta? —Sus palabras vibran contra mi clítoris, y me estremezco y empujo mis caderas hacia arriba, buscando instintivamente más.

—Me encanta.

Entonces su boca abandona mi centro, y lame y mordisquee a lo largo de mis muslos internos. Primero por el derecho, casi hasta la rodilla, luego de vuelta arriba rozando mis labios antes de bajar por el muslo izquierdo y subir otra vez. Mientras su boca explora, sus dedos se mantienen en el objetivo, acariciando a lo largo de mi hendidura antes de encontrar y jugar con la entrada de mi canal.

Empuja con un dedo, luego con un segundo, y gimo ante la exquisita sensación de tenerlo dentro de mí al mismo tiempo que su pulgar acaricia mi clítoris.

Mi respiración se vuelve entrecortada y áspera a medida que el deseo aumenta. Cuando su boca regresa a mi centro y me mantiene abierta para poder sumergirse en mí con su lengua, me arqueo hacia él, necesitando todo lo que tiene para dar. Necesitando más.

Su lengua... Sus dedos... No es suficiente...

Como si pudiera sentir exactamente cuánto lo anhelo, da un paso atrás, su boca aún devorándome mientras me lleva al agua con él. Finalmente, levanta la cabeza y mira hacia arriba mi cuerpo flotante con una expresión que no deja lugar a malinterpretaciones.

Rio está hambriento de mí. Y apenas está empezando.

Sus labios están ligeramente hinchados, brillantes y húmedos por su festín, y si pudiera reunir las fuerzas, alzaría la mano y pasaría mi pulgar por ellos para llevar mi propio sabor a mi boca. Pero estoy demasiado dolorida de deseo, demasiado necesitada. En su lugar, extendo mis brazos a los lados y floto.

Mis piernas siguen abiertas de par en par, pero ahora cuelgan sobre sus codos en lugar de sus hombros. Sus manos acunan mi espalda baja, ayudando a mantenerme sobre el agua sin ningún esfuerzo de mi parte.

No parece justo que yo reciba todo el placer.

—Quiero tocarte también, Rio. Quiero sentir tu dureza en mis manos antes de que me folles.

Él patatea un poco debajo de mí, acercándonos a la parte poco profunda. Cuando se detiene, me suelta, y descubro que puedo pararme fácilmente aquí. Toma mis dos manos entre las suyas y las lleva a su miembro que ya está en posición de firmes.

—Tócame, entonces, esposa. Todo lo que quieras.

Me río suavemente mientras paso mis manos arriba y abajo por su sedosa dureza.

—¿Cuándo perdiste tu traje de baño?

Él también se ríe.

—Mientras te quitabas el suéter. Ya sabes que me gusta administrar el tiempo de manera eficiente.

Las palabras pueden ser lógicas, pero el tono ronco con el que las pronuncia no lo es, y su carne se sacude en mis manos mientras lo envuelvo con mis dedos y tiro.

—Pajarito, sí que sabes cómo excitarme.

Froto mi pulgar sobre la cabeza de su miembro, disfrutando de su tamaño y el pequeño gemido que mi acción le provoca. Incluso en el agua, puedo notar que está goteando líquido preseminal. Hay una diferencia en la consistencia bajo la punta de mi pulgar. Claramente está disfrutando lo que estoy haciendo.

Lo aprieto un poco y tiro de nuevo, y él se estremece y suelta otro gemido, este más fuerte que el anterior. Inmediatamente después de ese sonido, me agarra y me arrastra más cerca, inclinándose para reclamar mi boca en un beso que sabe tanto a Rio como a mí misma, mezclado con el sabor limpio de los minerales del agua de la piscina.

Me encanta besar a este hombre. Sus labios, su lengua y sus dientes son tan seguros sobre los míos, provocando una respuesta que viene desde lo más profundo de mí. Envuelvo mis piernas alrededor de sus caderas y mis brazos alrededor de su cuello, enredando mis dedos en su cabello oscuro.

Queriendo estar lo más cerca posible en todos los sentidos.

No me doy cuenta de que me estoy retorciendo contra él, frotando mi sexo de manera frenética contra su vientre, hasta que sus manos sujetan mis caderas para estabilizarme.

—No voy a follarte, Bianca.

—Oh, *no*. Pero...

—Voy a *hacer el amor* contigo. Reclamarte como mía. Ahora y para siempre.

Con esas palabras, me baja sobre su miembro, empujando hacia arriba con sus caderas al mismo tiempo y asentándose profundamente dentro de mí. Mi canal se aprieta a su alrededor como si nunca fuera a dejarlo ir. La sensación de plenitud es hermosa, y me empuja justo al borde del orgasmo antes de que él siquiera se mueva.

Inclino la cabeza hacia atrás y cierro los ojos, concentrándome solo en la increíble sensación de ondular mi pelvis y cabalgarlo con fuerza. Superpuesto con la sensación de que *él* me cabalga a *mí*, bombeando en mi cuerpo lentamente al principio, y luego más rápido, hasta que no queda nada más que Rio y yo, cabalgándonos mutuamente en esta burbuja de perfección...

Me hago añicos en sus brazos, sacudiéndome y gritando mientras él ruge y se libera dentro de mí en el mismo momento exacto, en un clímax mutuo que continúa y continúa y continúa.

Finalmente, cuando vuelvo a la tierra, descubro que estoy sollozando contra él, mi cabeza acurrucada en el hueco de su cuello. Él está acariciando mi espalda, murmurando suaves palabras en italiano en mi cabello mojado. Miro hacia arriba y veo humedad escapando de nuevo de sus ojos, como lo hacía cuando envié a ese intruso a paseo antes. Pero esta vez no parece avergonzado ni intenta ocultármelo.

En su lugar, nos aferramos el uno al otro, llorando, en un momento compartido de cercanía emocional y belleza que ambos sabemos que es solo fugaz. El mundo y sus monstruos —los nuestros y los de muchos otros— aún nos esperan fuera de esa puerta.

Utilizamos la sala de duchas en el pabellón de la piscina para asearnos, y me visto con una de las batas blancas y esponjosas cuidadosamente dobladas que hay disponibles. Cuando empiezo a dirigirme hacia mi montón de ropa empapada, Rio me detiene con un movimiento de cabeza.

—Haré que el ama de llaves se encargue de eso. Ven. Necesitamos dormir un poco.

Tiene razón. Solo dormí unas pocas horas en casa de Rina y Rossi, y supongo que Rio ha dormido incluso menos que eso.

Me lleva de vuelta a mi suite, y un escalofrío de placer me recorre cuando la examino adecuadamente y veo que su ropa también está en el vestidor. No lo había notado cuando estuve aquí antes, ya que el suéter y los vaqueros que me puse ya estaban preparados para mí en el otomán al pie de la cama king-size.

—¿Esta es tu suite también? ¿Estamos aquí juntos?

Una de sus cejas se arquea. —Por supuesto. A menos que prefieras que durmamos separados.

—No. Estoy contenta. Muy contenta. —Lo arrastro hacia la cama.

Cuando estoy envuelta en sus brazos, recuerdo lo que necesitaba decirle. Me incorporo a medias y me giro hacia él, pero ya está dormido, con círculos oscuros de agotamiento bajo sus párpados cerrados.

Vuelvo a recostarme y me quedo quieta. Necesita descansar, así que se lo diré en cuanto despierte. Pronto, yo también caigo en un sueño profundo, envuelta en el abrazo de mi marido.

Cuando despierto, él me está mirando fijamente, con una pequeña sonrisa en los labios. No quiero destruir el momento de intimidad, pero tengo que hacérselo saber.

—Rio, cuando estuve con Rina y Rossi, ella dijo algo que necesitas saber.

Su sonrisa desaparece y su mirada se agudiza. —¿Sí?

—Dijo: "tenemos a alguien trabajando con nosotros", y lo tomé como que tiene a alguien aquí en tu organización, trabajando para derribarte desde dentro. Rossi cortó la conversación rápidamente antes de que pudiera averiguar más.

Rio se sienta en la cama y me mira fijamente, dando golpecitos con un dedo en su labio inferior en un gesto pensativo. —Si eso es cierto, entonces no importará a dónde vayamos a escondernos.

Ya tendrán información sobre este lugar.

Yo también me siento y abrazo mis rodillas levantadas. —¿Entonces tampoco estamos a salvo aquí? ¿Necesitamos mover a Emilia otra vez?

Mi corazón se hunde. Este lugar se siente agradable, y la idea de movernos continuamente, sin establecernos hasta que Rina sea detenida, me llena de temor.

—Consideraré qué hay que hacer. Pero si conocen este lugar, conocerán cualquier sitio al que vayamos. Y aquí hay algunos extras ocultos que mi finca junto al río no tenía y que ayudarán a mantener la propiedad segura. ¿Dio alguna indicación de quién podría ser?

Niego con la cabeza con pesar. —Ojalá hubiera conseguido más de ella. Lo siento.

—No importa. —Se desliza fuera de la cama y se mueve hacia la ventana, mirando hacia afuera antes de volverse para mirarme.

Sé que mi noticia lo ha perturbado porque su expresión está firmemente cerrada. Estoy empezando a entender que hace eso para ocultar cuando sus emociones están a flor de piel.

—Hasta que sepamos más, no confíes en nadie, Bianca. Excepto en mí, por supuesto. Y en Angel y Nicky. No vayas a ningún lado con ninguno de los guardaespaldas a menos que haya al menos tres de ellos.

—¿Tres? ¿No es eso un poco exagerado?

—Si Rina tiene una persona en el interior, igualmente podría haber cooptado a una de mis parejas de seguridad. Es ampliamente conocido que Danelli configura mi seguridad de esa manera. Así que, tres contigo a partir de ahora como precaución adicional.

—De acuerdo. Pero... ¿Angel y Nicky? No están aquí, ¿verdad?

Me sonrío entonces, y por un momento, parece perder el exterior sombrío. —Todavía no. Pero estarán aquí más tarde hoy. Iba a contarte sobre nuestros invitados entrantes antes de que me distrajeras antes en la piscina.

Mi corazón se alegra con la noticia, particularmente en relación con Angel. —La he echado de menos. Me alegro de que venga. Quiero decir, que *vengan* —corrijo en aras de la imparcialidad.

Nicky no es del todo horrible.

—Quiero que todos los miembros cercanos de mi familia estén aquí mientras nos reagrupamos y planeamos nuestros próximos movimientos. Habría llamado también al hijo de Francine, pero Tommaso está en el extranjero en este momento ocupándose de un asunto en una de mis empresas del Mediterráneo. Prefiere mantenerse ocupado desde que falleció su madre y estaba feliz de que se le asignara esa tarea.

Mientras Rio se viste con pantalones negros y una de sus aparentemente obligatorias camisas de seda blanca, me siento y me deslizo fuera de la cama, sintiendo tanto placer como pesar. Pesar porque nuestra pesadilla aún no ha terminado y el mundo real está interfiriendo demasiado pronto. Y placer ante la idea de ver a Angel de nuevo.

—¿Cuándo llegarán?

Mira su reloj. —En aproximadamente una hora. Justo a tiempo para una cena familiar.

Me apresuro hacia el vestidor, gritando por encima del hombro: —Me gustaría preparar una comida para todos nosotros. ¿Y podríamos comer en la cocina por una vez, en lugar de hacerlo más formalmente? Eché un vistazo cuando llegué por primera vez y exploré la casa. Esa cocina es más grande que cualquier apartamento en el que haya vivido, y aun así tiene una sensación encantadora. Hogareña.

Un resoplido desde la otra habitación llega a mis oídos, luego dice: —Tenemos una cocinera. Ella puede preparar algo para nosotros.

Mis hombros se hunden. Por supuesto que hay una cocinera. Rio tiene a todos y todo a su disposición. Adiós a mi plan de cocinar *para* él.

—Pero si deseas comer informalmente, ciertamente podemos acomodar eso —dice, como si sintiera mi decepción—. Nuestra familia nunca antes ha cenado en la cocina, Bianca. Será interesante ver qué piensan Angel y Nikolas de la experiencia.

Termino de vestirme y vuelvo al dormitorio. Rio me sonríe con aire indulgente, pero puedo ver los engranajes girando en su mente. Sé que todavía está medio concentrado en tratar de averiguar quién puede ser el traidor interno.

Capítulo Diecisiete

«Una familia feliz no es sino un cielo anticipado».

George Bernard Shaw

Rio

—¡Bianca! ¡Oh, qué gusto verte!

La voz de Angel saludando a mi esposa me saca de la lectura de un contrato que Carnarvon me ha enviado para firmar. Me está costando concentrarme después de la revelación de Bianca sobre un posible topo.

La mayoría de mi equipo ha estado conmigo durante muchos años, y las incorporaciones más recientes han sido investigadas exhaustivamente por los equipos de Danelli y Carnarvon.

Me froto los ojos, agotado por mis pensamientos que dan vueltas y más vueltas, considerando a todos los que están a mi servicio. No es momento de soltar las riendas, ni siquiera por un segundo. El enemigo sigue ahí fuera, posiblemente mucho más cerca de lo que esperaba, así que necesito mantener el control ahora más que nunca.

Dejo el contrato sobre mi escritorio y salgo de mi oficina hacia el vestíbulo de la casa para ver a mi hermana y a mi esposa abrazándose tan fuerte como si fueran un salvavidas la una para la otra.

Quizás lo sean. Han sido tiempos difíciles para todos. Me alegra que Angel y Bianca puedan consolarse mutuamente.

Finalmente se separan, y mi hermana me ve observándolas. Chilla y corre a abrazarme también. —Rio. He estado tan preocupada por ti. Me alegro de que le dijeras a Nicky que me trajera aquí. Es bueno estar con Bianca y contigo en este momento. Y sé que nos mantendrás a salvo aquí.

Mi corazón se encoge un poco ante sus palabras. Haré todo lo posible por mantenerlos a todos a salvo. En realidad, esta propiedad no es infalible, haya o no un traidor entre nosotros. Ningún lugar está realmente a salvo de aquellos que, como yo, tienen suficiente poder y dinero para abrir paso a través de los secretos de los demás. Pero es tan seguro como puedo hacerlo. Por ahora.

La disposición de los terrenos es más fácil de vigilar que la finca junto al río, y las cámaras cubren la mayor parte de la superficie, así como el interior de la casa. El terreno es más compacto y menos boscoso que el de mis otras propiedades, y no hay acceso fluvial del que preocuparse.

El número de hombres que he apostado aquí, tanto dentro y alrededor de la casa como en los terrenos, es mayor que el que he utilizado nunca antes para seguridad personal. Y ahora está siendo complementado por Martelli.

Pero sería un tonto si no reconociera que ningún lugar está realmente a salvo de Rina Carlotti y quienes la apoyan. No hasta que esté muerta y enterrada. Dos metros bajo tierra.

Frunzo el ceño ante el pensamiento de esa mujer y su amplio impacto en nuestras vidas, justo cuando Nicky entra tambaleándose por la puerta principal. Viene cargado de bolsas, que deja

caer en el suelo junto a una pila más pequeña que Angel ha abandonado obviamente hace poco.

—Pareces irritado —dice—. Lo cual es irónico porque tú no eres el que está cargando y acarreando. Yo lo soy. —Se encoge de hombros y gime—. Viajamos en clase turista.

Levanto una ceja. —Viniste en coche. Más fácil de evitar ser rastreados que si hubieran tomado un vuelo.

—Sí. Aun así. Sin servicio de valet en este viaje. Solo el conductor, que se fue en cuanto dejó la última maleta en el suelo frente a la casa.

—Uno de los hombres de Martelli.

Su equipo de Washington obviamente no está tan inclinado a "cargar y acarrear" para mi familia como lo habría hecho uno de mis propios hombres. Es un recordatorio de que necesito tener una conversación con Nicky sobre lo que significa el apoyo de Martelli. Pero eso puede esperar hasta después de la cena.

—Ven, entonces. Te mostraré tus habitaciones. Y —hago un gesto para que me siga— arreglaré que alguien, una especie de valet, lleve tus maletas para que no tengas que esforzarte más.

—Gracias, hermano. —Se acerca y me da una palmada en la espalda—. Es bueno verte, Rio. ¿Estás bien, después de...?

Hace un gesto con la mano, la curiosidad evidente en sus ojos. Debe referirse a lo que sucedió en la finca de Rossi, y lo último que deseo hacer ahora es discutir ese fiasco.

—Estoy bien. Bianca —llamo, más bruscamente de lo que pretendo.

Ella levanta la vista de su conversación con Angel y frunce un poco el ceño.

—Muéstrale a Angel sus habitaciones. La he puesto arriba, en el lado opuesto a la suite de Emilia. Nicky, tú vienes por aquí.

Lo guío por el amplio vestíbulo y el pasillo de conexión que lleva a la ampliación de un solo nivel. Esta sección solía ser una cochera separada, según me han dicho, pero fue renovada antes de mi compra para incorporarla a la casa principal. Perfecto para mi hermano, que sin duda apreciará la privacidad de su propia ala de invitados.

No es que vaya a poder recibir invitados privados en un futuro próximo. La ubicación de este lugar es confidencial, y las mujeres de Nicky pueden esperar a que regrese a la ciudad. También tendré que tener *esa* conversación con él.

—Ponte cómodo y luego reúnete con nosotros en la cocina dentro de una hora más o menos para cenar.

—De acuerdo... espera. ¿La *cocina*?

—Idea de Bianca. La estoy complaciendo.

Sus ojos se abren un poco antes de sonreír. —Por supuesto que lo estás haciendo. Bueno, será una experiencia interesante, sin duda.

Bianca

Rio dijo que no había entrado en la cocina de ninguna de sus casas desde que era niño. Por suerte, esta tiene un ambiente alegre mientras nos reunimos alrededor de la pequeña mesa de madera para ocho personas en un lado del enorme espacio cuadrado.

A pesar de ser temprano en la tarde y aún primavera, las nubes afuera se han despejado, y hay luz del sol moteada entrando por las ventanas que dan a una parte del jardín cuidado. Alrededor del borde de la habitación hay encimeras de mármol con armarios debajo, y dominando el centro del espacio hay una gran área cuadrada con una campana extractora de cobre sobre una placa de cocción y más espacio de encimera.

La cocinera, la señora Jarvis, a quien conocí antes cuando exploré la casa, ha dejado ensaladas y vino en el área central de la encimera y un estofado de ternera calentándose en el horno. Ya se ha ausentado. Todos en la casa parecían tan sorprendidos como Rio cuando les dije que pusieran la mesa para la cena aquí y no en el comedor.

—Esto es divertido —dice Angel, aplaudiendo antes de tomar asiento frente a Nicky—. Como un picnic.

Aseguro a Emilia en su silla alta y luego me giro para sonreírle a Rio. —Toma asiento. Yo traeré todo.

Sirvo el vino y le paso a Angel un refresco, ignorando deliberadamente su mirada de soslayo por la falta de alcohol, luego llevo las ensaladas y la cazuela a la mesa, aprovechando el tiempo mientras todos se sirven para darle a Emilia su puré de pera.

Es una escena de dicha doméstica que podría encontrarse en muchos hogares de América, y sin embargo, bajo nuestro disfrute superficial acecha la oscuridad omnipresente. No puedo escapar de ella, ahora que sé que existe, y ninguno de nosotros en la mesa puede hacerlo.

Pero mi propósito esta noche es tratar de traer algo de luz a la vida de Rio y recordarle que hay placeres simples por los que vale la pena luchar, más allá de la acumulación de poder, riqueza y prestigio.

Angel, como era de esperar, domina la conversación, contándonos a Rio y a mí cómo era vivir en el extranjero en su internado y lo contenta que está de estar de vuelta aquí donde pertenece, con su familia.

—Probablemente era más seguro allá que aquí, Angel —dice Nicky secamente.

Ella se encoge de hombros y traga un bocado de comida antes de responder.

—Ciertamente era más interesante que quedarme contigo, Nicky. Pensé que nos divertiríamos en la ciudad, aunque estuviéramos escondidos allí para evitar lo que estaba pasando en la finca. Pero no. Me tuviste bajo llave, y ni siquiera tenías libros para que leyera para pasar el tiempo.

—Tenías tu teléfono. Siempre hay libros digitales —replica él.

Los dos continúan discutiendo suavemente, mientras termino de alimentar a Emilia y busco su biberón, y luego como yo también mientras Rio me observa, con una expresión cálida y una sonrisita graciosa elevando las comisuras de sus labios.

—¿Estás bien? —le digo sin emitir sonido, y su sonrisa se ensancha brevemente.

—Estoy muy bien —dice en voz baja.

Nicky y Angel dejan de hablar y miran fijamente a su hermano, luego a mí.

—Bueno —dice Nicky—. Creo que todos podríamos estar bien.

Hay múltiples capas de significado en esas palabras. Por primera vez desde que lo conocí, percibo la creciente aceptación de Nicky hacia mí como parte de esta familia. Una calidez se extiende en mi pecho, y cuando Emilia hace un pequeño ruido de eructo, una risa brota de mí sin querer.

—Se siente como una familia de verdad —dice Angel, y noto que de repente hay lágrimas en sus ojos.

—Somos una familia de verdad —replico—. ¿De verdad nunca habéis hecho esto antes? Simplemente... pasar el rato juntos, sin otra agenda que comer y charlar.

Miro de ella a Nicky, y finalmente a Rio, sin entender completamente su historia personal aunque soy consciente de que la historia de su familia está empapada de crimen y violencia.

Por los fragmentos que Rio ha dejado escapar desde que lo conozco, parece que su padre era abusivo y frío. Pero ¿qué hay de su madre? ¿Qué hay de Francine y su primo Tommaso, que debieron haber estado cerca al menos parte del tiempo cuando todos estaban creciendo?

Todos me responden a la vez.

—No, no lo hemos hecho —dice Rio.

—Demonios, no. ¿Por qué haríamos eso? —pregunta Nicky.

—Nuestros padres daban miedo, y apenas nos hablaban. —Esa última declaración viene de Angel, que está parpadeando con fuerza y claramente tratando de no llorar—. Padre no nos quería, y si alguna vez hacíamos ruido, nos castigaban. A Rio siempre más que a mí o a Nick, ya que era el mayor y tenía que ser perfecto porque era el heredero.

Miro el rostro repentinamente impasible de Rio. Está mirando fijamente a Emilia. *Su heredera.*

Cuando nota que lo miro, sus labios se tuercen.

—Nunca trataré a nuestra hija de esa manera.

Me acerco y toco su brazo, acariciando suavemente los músculos tensos.

—Lo sé —digo, con la verdad impregnando mi tono.

No será abusivo con Emilia. Ni conmigo. No ahora que ha descubierto el amor. Me estremezco un poco ante mis pensamientos cursis, pero son verdad. Simplemente lo sé, con cada fibra de mi ser, que Rio moriría antes de herirnos deliberadamente a cualquiera de las dos.

No habría dicho eso cuando nos casamos por primera vez. Pero ahora lo sé en mi corazón como la verdad.

—Padre simplemente daba terror —añade Angel—. Incluso madre le tenía miedo. Cuando estaba enfurecido...

Se estremece y levanta su refresco para dar un sorbo. Luego mira a Rio antes de bajar la vista a su plato, y todos oímos las palabras no dichas. *Como tú, Rio.*

Excepto que, pienso, hay una diferencia entre Rio y su padre. Mi marido ahora me tiene a mí de

su lado. A mí y a Emilia. Y me niego a permitir que esa oscuridad lo trague por completo.

Nicky se mueve en su silla, como si estuviera incómodo con el giro de la conversación.

—Pronto estaremos cantando "Kumbaya". O jugando al Scrabble —interviene, y por alguna razón, eso nos parece gracioso a todos.

Incluso Rio se ríe y sacude la cabeza.

La ligera tensión que había entrado en la habitación al mencionar a su padre se disipa en la nada, y despejo la mesa y sirvo la tarta de nueces y el helado que dejó la señora Jarvis antes de que la velada finalmente llegue a su fin.

La cocinera dejó una nota encima de la tarta que decía: *Por favor, señora Agosti. Déjeme hacer mi trabajo. Deje la limpieza para mí.*

Estoy muy feliz de aceptar su oferta.

—Nicky, necesito hablar contigo en mi despacho —dice Rio, poniéndose de pie. La camaradería familiar claramente ha terminado—. Hay algo que debo discutir contigo respecto a Gianni Martelli.

—Claro. —Las cejas de Nicky se fruncen en evidente perplejidad, pero sigue a Rio fuera de la cocina, dejándome con Angel y Emilia, que se está quedando dormida en su silla.

La desabrocho, la levanto en mis brazos y subo las escaleras con Angel a mi lado.

—Bianca, estás haciendo una diferencia positiva en Rio —dice Angel cuando nos detenemos frente a la suite de Emilia—. Sigue siendo el jefe de la familia, y todo el mundo puede ver el peso que eso pone sobre sus hombros, pero desde que te recuperó, y esta pequeña entró en nuestras vidas... —Toca suavemente la nariz de Emilia, y luego se inclina para darle un beso en la cabeza—. Es diferente. Menos como nuestro padre. Menos aterrador.

¿Es eso bueno para un jefe de la Mafia? Abro y cierro la boca, sin saber qué decir.

Angel se ríe ligeramente y dice, como si pudiera leer mis pensamientos:

—Es algo bueno, Bianca. Créeme. Sois perfectos el uno para el otro.

—Y tú —la empujo suavemente con mi hombro libre— eres una joven muy perceptiva. Para tener diecinueve años.

—Oye —protesta—. Nada de esa discriminación por edad. Soy inteligente y perceptiva para *cualquier* edad.

—Así es, cariño. Y estoy tan feliz de que estés aquí.

Mientras nos despedimos y nos separamos, reflexiono sobre el camino que Rio y yo hemos recorrido para llegar a este punto. Desde el secuestro y el matrimonio forzado, hasta el amor y la familia. Con muerte y violencia en el medio.

Solo puedo rezar para que mi madre biológica —la única familia de sangre que me queda fuera de estas paredes— no aparezca de repente para destruirlo todo, antes de que la encontremos y la destruyamos primero.

Capítulo Dieciocho

—Al principio todo era en blanco y negro.

Maureen O'Hara

Bianca

Separo las piernas y sostengo la Glock lo más firme que puedo mientras espero la señal. Cuando suena la señal de *ya*, apunto a la figura sombreada al final del túnel y aprieto el gatillo varias veces antes de bajar el arma y colocarla en el estante frente a mí.

—Recarga como te enseñé —la voz de Rio viene directamente de detrás de mí.

Recojo el arma y retiro el cargador, luego ajusto la corredera antes de rellenar el cargador con balas.

—¿Así?

—Sí. Mantenla apuntando en esa dirección, hacia el campo de tiro, y solo inclínala así —las manos de Rio cubren las mías mientras me muestra qué hacer.

Cargo, y luego me hace descargar de nuevo, asegurándose de que también saque la bala de la recámara para hacer el arma segura.

Coloco el arma de vuelta en un estuche ornamentado, que Rio dice que ahora es mío pero que necesitará ser guardado en la caja fuerte arriba en nuestra suite.

Acaricio la tapa del estuche, disfrutando del patrón filigranado del metal que decora la tapa.

Cuando le pedí que me enseñara a disparar correctamente, nunca esperé que abriera una puerta justo dentro de la entrada del ala de invitados de una sola planta donde se está quedando Nicky y me llevara por unas escaleras a un campo de tiro subterráneo.

—¿Esto vino listo con la casa? —le pregunté secamente, mirando con los ojos muy abiertos la fila de cabinas con blancos de papel esperando al final de cada largo corredor.

—¿Tú qué crees? —su tono era igualmente seco, y tuve que reír.

—Creo que lo instalaste después de comprarla. Nadie normal tiene por casualidad un campo de tiro dentro de su casa.

Simplemente me sonrió y luego me llevó a lo que llamó la sala de armería para recoger un arma y munición para mi uso.

—Empezaremos con la Glock 19 hoy —dijo—. Dado que es con la que estás más familiarizada.

Se refería a la que usé para disparar a Penn, pero negué con la cabeza.

—No. Quiero probar la que le quité a Lee. Era más difícil de usar. Retrocedía tanto que fallé por completo al conductor de ese coche. Quiero ser capaz de protegerme a mí misma y a Emilia, si tú o los guardaespaldas no están aquí y hay una amenaza.

Hizo una pausa y luego negó con la cabeza.

—Hoy no. Primero la Glock, solo para acostumbrarte al campo de tiro. Luego puedes probar otro tipo de pistola mañana si quieres.

Hice un puchero, pero él se mantuvo firme. Y tengo que admitir que la sensación de la Glock en mi mano y el momento embriagador de disparar a algo que no está vivo me han dado una gran emoción. Tal vez simplemente acepte que la Glock 19 es *mi* arma y la use cada vez que necesite protegerme.

Esperemos que eso no ocurra a menudo.

El calor del cuerpo de Rio cerca detrás de mí es un consuelo, y doy un paso atrás y me apoyo en él, bajando mis protectores auditivos y girándome para mirar a mi marido.

—¿Puedo ver cómo lo hice, por favor?

—Claro —su tono es indulgente—. Quítate primero esas gafas, y luego presiona este botón aquí. Recogerá tu blanco.

Oh. Debo parecer ridícula, mirándolo con estas cosas puestas. Me quito las gafas y las coloco en la parte superior de mi cabeza, al estilo de gafas de sol, luego me giro y hago lo que me dice. Espero hasta que el blanco de papel con la silueta de la persona en el centro del círculo se acerca.

—Maldición —suelto un suspiro—. Estaría muerta si esa hubiera sido una persona real.

La mayoría de los agujeros de bala salpican el papel blanco alrededor de la figura.

—Este posiblemente habría sido un tiro mortal —toca el único agujero que apenas roza la parte superior de la cabeza de la persona—. No está mal para tu primer intento, Bianca. Bien hecho.

—Gracias —¿Quién hubiera pensado alguna vez que me alegraría de recibir elogios de alguien por tener un tiro mortal exitoso?

Disparar un arma aquí abajo en el campo de tiro, con figuras de papel como objetivos, es muy diferente de lo que sucedió allá arriba en el mundo real. Con personas reales que resultaron heridas y muertas con demasiada facilidad.

—Había algo en verte cuando apuntabas tu arma a ese objetivo y apuntabas...

Parpadeo y miro dos veces. ¿Es lo que creo que es en el tono de Rio? Bajo la mirada y me doy cuenta de que lo es. Está luciendo una saludable erección.

—Eres una mujer extremadamente sexy, pajarito. Especialmente cuando te concentras en dar en el blanco.

—Yo... eh... —abro y cierro la boca.

Ahora que lo menciona, había algo extremadamente empoderador en tomar el control de mi propia seguridad. Y cuando Rio está ahí parado, mirándome con deseo evidente en su expresión...

De repente me siento inexplicablemente tímida.

—Nunca he hecho el amor en un campo de tiro antes.

—Bien. No puedo decir que sea algo que yo haya hecho tampoco. Hasta ahora.

Da un paso adelante y mueve el estuche del arma a un lado del estante de la cabina y luego me

gira para que esté de espaldas a él hacia el área del objetivo nuevamente. Cuando presiona contra mi trasero, su erección roza mi trasero.

—Esto va a ser rápido y sucio, mi esposa. Pero te prometo que lo haremos lento y sensual más tarde, en nuestra cama matrimonial.

Rio

Rápido y sucio es todo lo que puedo manejar. Apenas puedo mantener mi control el tiempo suficiente para bajar la cremallera de mis pantalones y levantar el dobladillo de su vestido.

Lleva unas bragas negras escasas debajo, y deslizo los dedos de cada mano debajo de los bordes y las rompo en dos. Ya no son necesarias. Caen al suelo en algún lugar detrás de nosotros.

Su jadeo hace eco en el campo de tiro, amplificado en el pequeño espacio.

—Abre las piernas —empujo sus muslos con mi rodilla y posiciono mi miembro erecto en su entrada. Ella se inclina hacia adelante, agarrando el borde del estante del cubículo, y arquea su trasero de tal manera que fuerza la punta dentro de ella.

Calor. Humedad. Divino.

Me retiro, decidido a durar más que un adolescente disfrutando de su primera vez.

Su sexo está tan listo para mí incluso sin juegos previos. Es casi como si el acto de verla apuntar a ese blanco hubiera sido el verdadero preludio para ambos.

Apenas podía mantener mis manos alejadas de ella mientras manejaba esa pistola. La forma en que se concentraba tan intensamente en el objetivo. Cómo sus dientes superiores mordisqueaban su labio inferior mientras se concentraba. El jadeo de su respiración que empujaba sus hermosos pechos hacia adelante en una pose inocentemente provocativa. La curva de sus nalgas presentándose ante mí, como si suplicaran que mi miembro se hundiera profunda y duramente entre ellas.

La manera en que sostenía esa arma con ambas manos, agarrándola justo como le había enseñado, no demasiado apretada pero con el control suficiente para persuadir al arma a hacer su voluntad...

Mi miembro gotea líquido preseminal, desesperado por terminar a pesar de la determinación de mi cerebro de durar al menos unos minutos más.

Joder, la deseo. Tanto. Empujo hacia adelante, sumergiéndome en su calor húmedo una o dos pulgadas antes de retirarme de nuevo. Gimo contra la parte posterior de su cuello ante la exquisita sensación de su canal tratando de succionarme más adentro.

Follar a mi esposa es como finalmente encontrar el camino a casa. No puedo tener suficiente de ella.

Su respiración se vuelve entrecortada e irregular, el sonido al borde de un gemido, y sus caderas se retuercen contra mi entrepierna hasta que la agarro y la mantengo quieta.

—No, Bianca. Déjame hacer esto a mi manera —empujo de nuevo, dándole un par de pulgadas más esta vez, y los músculos de su canal se aprietan a mi alrededor tan fuertemente que casi

pierdo el control allí mismo.

Me retiro de nuevo, sus jugos cubriéndome, y la provocho con la cabeza de mi miembro acariciando hacia adelante a lo largo de su hendidura para encontrar el botón hinchado de su clítoris y presionarlo con mi punta, y luego me deslizo hacia atrás, todo el camino hasta el capullo de su ano, antes de avanzar de nuevo.

—Dijiste rápido y sucio —gime ella, sus palabras roncadas y su tono acusador—. Te necesito dentro de mí, Río.

—Eso dije —susurro contra su piel.

Su aroma me envuelve, y lamo la parte posterior de su cuello, saboreando el deseo. Saboreando su disposición.

Está resbaladiza y necesitada. Y ahora es el momento de cumplir.

Me hundo en ella, con fuerza, hasta el fondo, y ella deja caer su cabeza hacia atrás y libera un sonido gutural que vibra contra mi pecho. Empujo de nuevo, y luego le doy lo que prometí. Rápido y duro y sucio.

La penetro, moviéndome rápido, impulsándola hacia adelante hasta que el borde del estante añade presión a su clítoris mientras la bombeo desde atrás.

El golpeteo-golpeteo-golpeteo de nuestros cuerpos chocando llena el campo de tiro, sus gemidos y gruñidos mezclándose con los míos, y luego está el inconfundible endurecimiento de su espalda y su arco involuntario mientras alcanza el borde del precipicio del clímax y comienza a caer con un grito entrecortado.

Continúo embistiéndola, llevándola conmigo al borde y liberando un rugido mientras caemos juntos en la bendita inconsciencia de un orgasmo mutuo.

Un orgasmo alimentado por el olor a pólvora y rodeado de casquillos de bala gastados.

Capítulo Diecinueve

La vida no es lo que esperas. Está hecha de los giros y vueltas más inesperados.

Ilaiyaraaja

Bianca

Angel entrelaza su brazo con el mío mientras paseamos por los terrenos de la propiedad. Tres matones nos siguen, por orden de Rio, pero al menos nos dio permiso para salir de la casa, siempre que nos mantengamos dentro del perímetro, que está rodeado por estos árboles y arbustos frondosos.

No hay orilla del río aquí, ni vistas más allá de lo que se ve en los jardines, pero se siente bien salir y dejar que el aire fresco acaricie mi rostro.

Angel tira de mi codo.

—Esto me recuerda a aquel paseo por Boston, cuando fingimos ser turistas. Fue un día divertido —dice, y sonrío al recordarlo.

—Sí que lo fue. Hasta que aparecieron los federales y lo arruinaron.

Me pregunto qué habrá sido de Felicity, la agente que intentó que traicionara a Rio y su familia. No parecía del tipo que acepta dinero o sobornos, pero sospecho que alguien en su equipo era menos respetuoso de la ley. Probablemente la asignaron a un caso completamente diferente al final.

Me alegro, porque creo que habría sido una oponente bastante tenaz si le hubieran permitido continuar investigando la organización Agosti.

—Es cierto. Tendremos que terminar ese paseo algún día, Bianca. Hagámonos una promesa mutua de hacerlo cuando las cosas se calmen de nuevo.

Mi pulso da un pequeño salto ante la idea de una actividad tan normal, y luego la realidad vuelve a imponerse, y la emoción se desvanece. Ya no vivo una vida "normal", y no hay garantía de que las cosas se calmen por completo alguna vez.

—Me encantaría terminar ese paseo, Angel. Cuando las cosas se calmen.

¿Alguna vez lo harán? ¿O viviremos así por el resto de nuestras vidas, escondiéndonos de mi madre biológica, o de otros enemigos aún no identificados, moviéndonos de una de las casas secretas de Rio a otra cada vez que una de sus propiedades sea invadida?

Sí, me digo a mí misma, tratando de detener la espiral de preocupación antes de que se convierta en pánico. Por supuesto que las cosas se calmarán. Estaremos a salvo algún día. Y terminaré ese maldito paseo turístico con Angel.

—Lo prometo —digo, y ella suspira feliz.

Hemos estado aquí en esta casa segura por más de una semana, y ambas estamos volviéndonos locas de aburrimiento. Antes de conocer a Rio, trabajaba a tiempo completo en el refugio de animales, y este estar sentada sin hacer nada me está volviendo loca. Sé que Angel también está

prácticamente rebotando en las paredes, así que este paseo por los terrenos de la propiedad nos hará bien a ambas.

Los días están empezando a alargarse, el clima se está calentando un poco, y hoy el sol ha atravesado las nubes. Es bastante agradable estar aquí entre los árboles, simplemente deambulando sin rumbo.

Miro hacia atrás a los matones de turno hoy. No conozco a ninguno por su nombre, pero solo están aquí para acompañarnos durante el paseo. Cuando volvamos a la casa, otro trío se hará cargo.

Lee se está recuperando bien de su herida de bala en el hombro, pero pasará algún tiempo antes de que se le permita volver al servicio. Si es que alguna vez lo hace. La bala destrozó algunos músculos y tendones vitales, aparentemente, así que Rio dijo que necesitará mucha rehabilitación para que su cuerpo vuelva a estar completamente sano.

—¿Qué hará para conseguir dinero? —le pregunté a Rio cuando lo mencionó hace un par de días —. ¿Cómo va a...?

—Nosotros cuidamos de los nuestros, Bianca. Leon y su familia serán bien atendidos, hasta que pueda volver al trabajo. Y si no puede volver en absoluto, entonces se establecerá un acuerdo de pensión para él.

—Está bien. Eso suena bien. —El aspecto del cuidado en esta vida es algo a lo que todavía me estoy acostumbrando.

Puede que haya muerte y violencia y asesinatos por montones, pero para aquellos en la familia de Rio, o su equipo, él está obligado por el honor a cuidar de ellos si algo sucede en el cumplimiento del deber.

—¿Cómo se llaman? —les grito a los matones que nos siguen. Entonces me asalta un pensamiento horripilante—. Ninguno de ustedes se llama... Leon, ¿verdad?

Me estoy volviendo un poco supersticiosa con ese nombre.

—Soy John, señora —dice educadamente el más alto.

—Y mi nombre es Tony —dice uno más bajo, de pelo oscuro.

—Santo, señora —dice el tercero. Es rubio, pero a juzgar por su acento y el nombre, sospecho que el color proviene de un tinte más que ser natural.

Los tres son musculosos y de aspecto duro, y no hacen ningún intento de ocultar las armas en sus fundas de hombro.

—Oh, bien. Bueno, encantada de conocerlos, John, Tony y Santo. Daremos otra vuelta por los terrenos antes de volver adentro.

—Sí, señora —dice John—. Tómense todo el tiempo que necesiten.

Nos abrimos paso a través de una sección del jardín que contiene una plantación masiva de rosas y pasamos por un cenador cubierto de enredaderas hacia un área llena de manzanos.

—Oh, no sabía que esto estaba aquí —digo, mirando alrededor—. Algunas de estas manzanas parecen estar listas para recoger.

—¿Qué es eso? —pregunta Angel, soltando su agarre de mi brazo y señalando a través de los árboles.

Entrecierro los ojos, viendo un bulto oscuro de algo indefinible en el suelo más adelante.

—No estoy segura.

Mi corazón acelera el ritmo, y la preocupación anuda mi estómago. Eso no parece un montón de basura al azar. Parece...

Empiezo a caminar hacia allí, rápidamente, aunque una parte de mí quiere correr en la dirección opuesta. Angel está justo detrás de mí, hasta que una mano fuerte agarra mi brazo y me detiene.

—Señora, espere. —Es Tony, el matón más bajo. También ha agarrado a Angel con su otra mano.

Al igual que Angel y yo, los tres matones están mirando fijamente el bulto que hay más adelante. Jadeo, mi cerebro finalmente admitiendo lo que estoy viendo.

—Eso es un cuerpo.

—Frío como una piedra, por lo que se ve —dice Angel.

A pesar de sus palabras despreocupadas, su tono contiene horror, y sus manos se han elevado para cubrir su boca.

John ya está hablando urgentemente por su micrófono de oreja, diciéndole a alguien que informe al jefe, luego dirigiendo a Tony para que nos lleve de vuelta a la casa.

—¡Pronto! —ladra mientras Santo saca su arma y escanea el huerto con la mirada entrecerrada.

Me resisto al tirón de Tony en mi brazo.

—No. Necesito ver quién es. —Ni siquiera puedo decir si es hombre o mujer. ¿Y si es Rina? Eso acabaría con la amenaza contra nosotros, por supuesto, pero la idea de mi madre biológica tirada allí en la hierba como un trozo de basura desechada...

Arranco mi brazo del agarre de Tony y corro hacia el cuerpo, ignorando sus maldiciones y las de John mientras avanzo.

Tengo que ver. Tengo que saberlo con certeza.

Me detengo en seco cuando llego, mi respiración entrecortada por el miedo. No es Rina. El cabello enmarañado es rubio, no oscuro como el de ella. Pero puedo ver que es una mujer. O más bien, lo era.

Lleva vaqueros y una chaqueta de cuero negro, y tengo una horrible sensación de malestar en el estómago provocada por mucho más que el simple hecho de enfrentarme a otro cadáver. Hay algo familiar en esta mujer...

John se detiene derrapando a mi lado y luego se agacha para tocar el hombro del cadáver y darle la vuelta. Retrocedo de un salto con un gemido ahogado cuando se revela el rostro.

Es ella. Como si mis pensamientos la hubieran conjurado.

Estoy mirando a Felicity, la agente federal que se puso en contacto conmigo hace todos esos meses. El cadáver es el de la mujer que quería que me volviera contra mi marido y la ayudara a

meterlo en prisión.

Y le han cortado el cuello de manera brutal.

Rio

Estoy en medio de otra discusión con Nicky sobre la situación de Martelli cuando llega la llamada de Danelli diciendo que se ha encontrado un cuerpo en el huerto.

Me levanto de un salto de detrás de mi escritorio y suelto una maldición cuando escucho quién es la persona muerta.

—Y jefe —añade Danelli—. Su esposa y su hermana también están allí abajo.

—¿Qué? ¡Llévalas de vuelta a la casa ahora mismo! Ponlas en el cuarto de seguridad hasta que sepamos más.

Junto con el campo de tiro, hice construir el cuarto de seguridad con un túnel de escape adjunto en el momento en que compré este lugar, pero esperaba no tener que usarlo nunca. La habitación está situada directamente debajo del vestíbulo de entrada, y el túnel pasa por debajo de la casa y la propiedad para emerger cerca del helipuerto.

Me vuelvo hacia mi hermano.

—Nicky...

—Lo sé, Rio. No he terminado con mis objeciones, pero podemos reanudar esa discusión en otro momento. ¿Qué necesitas?

—¿Vas armado?

Él sonríe y levanta su chaqueta para mostrar la pistola enfundada.

—Siempre.

—Entonces sígueme.

Nunca me he molestado en aventurarme en el huerto, pero por supuesto sé dónde está. He estudiado los planos y el diseño de esta propiedad con todo detalle. Incluso si no supiera qué dirección tomar al salir de la casa, sería fácil confirmarlo simplemente siguiendo la línea de hombres de seguridad que se apresuran hacia la zona.

Cuando llego al huerto, Danelli ya está allí, dirigiendo a los hombres para acordonar la zona mientras simultáneamente hace una llamada telefónica para organizar una bolsa para cadáveres y un equipo de remoción.

—Nicky, habla con Danelli. Averigua lo que puedas sobre la situación e infórmame. Recuérdale que esto podría ser una distracción, así que no quites guardias de las otras entradas, ni de la sala de control de CCTV.

—Necesito saber quién la mató, y si está trabajando sola o si estamos a punto de recibir la visita de un enjambre de federales. O algo peor.

El rostro de Nicky es sombrío, faltando su habitual expresión humorística.

—Lo haré, hermano.

Se dirige hacia mi segundo, y vuelvo mi atención al cuerpo. Bianca está arrodillada a su lado, inclinándose para mirar algo que uno de los tipos de seguridad le entrega, mientras Angel se mantiene cerca, siendo suavemente retenida por un guardaespaldas y luciendo pálida como si estuviera a punto de perder el desayuno.

—¿Por qué mi esposa y mi hermana siguen aquí? —Todos a mi alrededor se sobresaltan o retroceden ante mi tono alto.

Todos excepto Bianca, quien se gira para mirarme antes de hacerme un gesto para que me acerque.

—Rio, ven a ver.

Curiosamente, sus mejillas pueden estar tan pálidas como las de Angel, pero no parece que esté a punto de vomitar. Al contrario. En cambio, hay especulación en sus ojos mientras sostiene un pedazo de papel y me lo agita, luego se vuelve hacia el cadáver.

Avanzo a zancadas y me agacho a su lado.

—No hay herida de bala —dice, y luego se estremece—. Parece que le cortaron la garganta con un cuchillo.

Tiene razón. La garganta de la agente ha sido cortada de una manera limpia y que parece profesional. Un solo corte.

Hay un charco de sangre coagulándose alrededor de su cuerpo, lo que significa que no fue asesinada en otro lugar y arrojada aquí. Fue asesinada en este lugar, en mi tierra, y muy probablemente mientras mi familia y yo dormíamos esta mañana temprano, a juzgar por el rigor mortis que ha comenzado a instalarse en sus extremidades.

Bianca me entrega una placa y una tarjeta de identificación de una agencia gubernamental.

—John las encontró en el cuerpo —dice. Luego añade en un susurro que no estoy seguro de si debo oír—: Pobre.

Miro en silencio la identificación. Esta mujer, Felicity Ramirez, trabajó duro durante el último año o dos para intentar derribarme. No era lo suficientemente poderosa para tener éxito, pero causó problemas a mi equipo y creó mucho trabajo para mi abogado, Carnarvon.

Su fallecimiento puede que no me llene de tristeza, pero potencialmente podría causar todo tipo de problemas si hay algún indicio de que yo o alguien de mi organización está implicado en la muerte de una agente federal.

—Supongo que todavía estaba tratando de encontrar algo sucio sobre ti —dice Bianca en voz baja—. Aunque me da pena. No era... mala. Y siempre fue amable conmigo.

El guardaespaldas tiene algo en su puño. Cuando extiendo mi palma y le lanzo una mirada pétrea, se estremece un poco. Sabe que mis órdenes eran sacar a mi esposa y a mi hermana de esta escena. Pero cuando me pasa una nota manuscrita, mi molestia con él se desvanece mientras el shock toma su lugar.

La nota, garabateada a lápiz, contiene la dirección de esta propiedad y las palabras: *Huerto de manzanas, M. 06:00.*

¿M? ¿Se estaba reuniendo con alguien aquí? ¿Quién y por qué? ¿Alguien de mi equipo? ¿O

alguien del equipo de Martelli? Sus hombres están encargados de vigilar el perímetro, y algunos de ellos están estacionados en pueblos cercanos para mantener un registro de las entradas y salidas en el área.

Si la agente entró en este condado por cualquiera de las principales rutas de automóviles, entonces ya se debería haber recibido una advertencia.

¿Es "M" Martelli? ¿O es peor que eso? ¿Una traición interna de mi equipo, como la niñera, Penn? ¿Como Bianca dijo que su madre insinuó?

Levanto la cabeza y me giro para estudiar a todos en las cercanías, buscando cualquier indicio de algo fuera de lugar. Está aquí. Lo sé. Lo *siento*. Y sin embargo, los únicos hombres aquí son los de *mi* equipo.

Mitch, el guardaespaldas habitual de mi esposa que estaba libre esta mañana, obviamente ha sido llamado de su cama y está peinando la vegetación más allá del cuerpo. ¿M? Debe sentir mi mirada en su espalda porque de repente levanta la cabeza, como un sabueso olisqueando la brisa, y se gira para mirarme.

Un rápido asentimiento en mi dirección, y luego vuelve a su deber. Nada fuera de lo común allí... pero aún lo siento en mis entrañas... Algo no está del todo bien...

—Jefe, el equipo de limpieza está aquí. ¿Los hago pasar?

Me vuelvo hacia Danelli y le doy un breve asentimiento. —Saca primero a mi esposa y a mi hermana de aquí. No necesitan ver eso.

—Enseguida, señor —ladra órdenes, y yo escucho, y miro, y finalmente recuerdo que el nombre de pila de Danelli, que no he usado en años, es Michael.

Capítulo Veinte

—La paciencia no es simplemente la capacidad de esperar, es cómo nos comportamos mientras esperamos.

Joyce Meyer

Bianca

Tantas preguntas y ni una sola respuesta. Estoy encerrada aquí en lo que los guardaespaldas llaman "la habitación segura", con Angel, Emilia y la niñera, Susan, además de John, Tony y Santo, a quienes se les ha ordenado quedarse con nosotras y esperar instrucciones.

Camino de un lado a otro y me preocupo por lo que está sucediendo sobre nuestras cabezas.

La habitación no es enorme, pero es lo suficientemente grande para un área de estar con un par de sillones y sofás, y hay lo que parece ser una estación de café en la esquina, con un enfriador de agua, una cafetera y tazas. También hay un estante con revistas, y cuando reviso las fechas de publicación, mi corazón da un vuelco. Son de esta semana.

¿Rio acaba de abastecer la habitación con material de lectura, esperando una crisis inminente? ¿O simplemente es minucioso al mantener el espacio atendido regularmente? Conociendo a Rio, cualquiera de las dos opciones podría ser cierta.

Las paredes parecen de yeso pintado normal, solo que sin ventanas, por supuesto, porque estamos a varios metros bajo tierra.

Pero cuando le pregunto a Santo qué hace que este espacio sea más seguro que cualquier otro lugar de la casa, golpea la pared y dice: —Concreto, señora, y placas de acero debajo del yeso. Además, nadie va a atravesar ninguna de estas puertas rápidamente.

La puerta por la que entramos es pesada, algún tipo de metal reforzado con un enorme cerrojo que John corrió en el medio tan pronto como todos estuvimos dentro y bajando las escaleras. Santo y Tony llevaron el cochecito, mientras yo me aferraba fuertemente a Emilia.

La puerta en el otro extremo de la habitación rectangular está igualmente cerrada.

—¿A dónde lleva esa? —pregunto, señalando la puerta.

De nuevo, es Santo quien responde: —Al túnel de escape. Sale más allá de la casa, cerca del helipuerto.

Mi mente se asombra ante la cantidad de dinero que debe haber costado a Rio instalar todo esto. Solo por si acaso algún día necesitáramos usar la casa. ¿Cuántas otras "casas seguras" tiene dispersas por el país, y están todas tan bien equipadas como esta?

Entiendo la necesidad de Rio de protegernos a nosotras, sus mujeres, pero yo también quiero estar allá arriba. Si algo le sucediera, solo tenemos la tenue comunicación por auricular en los oídos de los guardaespaldas para mantenernos informadas.

¿Por qué matarían a Felicity? Y quiénes son *ellos*, de todos modos? Ella trabajaba para el gobierno e intentó con ahínco derribar a Rio. Casi lo logra, hasta que desaparecí en Cleveland, y por lo que me dijeron después de que Rio me trajera de vuelta, Carnarvon logró resolver esa

amenaza, presumiblemente pagando a las personas correctas y engrasando las palmas adecuadas.

No puedo imaginar a nadie en la nómina de Rio haciendo tal cosa. Matar a una agente federal y dejar el cuerpo en la propiedad de Rio para que sea encontrado de manera tan aleatoria es pedir toda clase de problemas.

¿Es esto obra de mi madre biológica o de la persona que ella dijo que estaba trabajando con ella? ¿De alguna manera Rina se enteró de dónde estamos y se lo dijo a los federales, luego hizo que Felicity viniera aquí para una reunión, solo para matarla? Simplemente no tiene sentido. ¿Y quién demonios es M, si esa nota se refería a una persona real?

Los hombres de Martelli están aquí, supuestamente en apoyo de Rio. Él no me ha dicho por qué, solo que involucra a Nicky y que el desagradable jefe de Washington ahora está firmemente de nuestro lado.

No confío en ese hombre. Me puso la piel de gallina cuando asistimos a la fiesta de compromiso de su hija hace poco, y nada ha cambiado en ese sentido.

¿Es él la M en la nota? Todavía no entiendo por qué él o uno de sus hombres matarían a una agente federal. A menos que fuera específicamente para inculpar a Rio.

Nada tiene sentido sobre esta última muerte, y los pensamientos que giran en mi cabeza me están frustrando hasta el infinito y más allá.

En cierto nivel, sé que estoy usando el enigma para ocupar mi mente y evitar recordar la imagen de las facciones flácidas y boquiabiertas de Felicity sobre esa herida abierta en su cuello. No quiero pensar en ese desastre coagulado de sangre viscosa que John expuso cuando volteó su cuerpo...

Mi estómago da un vuelco en protesta, y por un momento me preocupa que vaya a vomitar. Pero no puedo hacer eso. Necesito mostrar algo de control. La niñera está meciendo a Emilia dormida en su cochecito, pero me mira con miedo en los ojos y da la impresión de que busca en mí una señal para saber si debe entrar en pánico o no.

Y Angel... Mi cuñada está acurrucada en un sillón en un rincón sombrío de la habitación. Está llorando en silencio, y recuerdo de repente que solo tiene diecinueve años.

Ahora soy la esposa de Rio, lo que significa que no puedo desmoronarme. En su ausencia, la gente confía en que yo mantenga la calma.

Me acerco y me arrodillo frente a Angel. —Shh, cariño, está bien. Estaremos bien. Rio está solucionando todo, y luego, cuando sea seguro, nos lo hará saber. Él nos protegerá, Angel. Te lo prometo.

¿Puedo prometer eso? No, por supuesto que no. Pero ella necesita escuchar palabras positivas ahora mismo.

Levanta un rostro manchado de lágrimas y se frota las mejillas como si estuviera avergonzada. —Me enviaron lejos desde el principio, Bianca. Para mantenerme alejada de cosas como... como esta. Prácticamente me criaron los empleados de la escuela en Suiza, ¿sabes? Así que nunca había visto realmente un... —Traga convulsivamente antes de terminar—. Un cadáver, hasta hoy.

Casi me río, pero logro contener la respuesta totalmente inapropiada. Los únicos cadáveres que había visto antes de que su hermano me secuestrara en la calle eran los de aquellos animales en

el refugio que no tuvieron la suerte de sobrevivir. Ni siquiera vi el cuerpo de mi madre después del accidente automovilístico. Mi padre no me lo permitió, dijo que sería demasiado traumático.

Y ahora soy una asesina, con sangre en mis propias manos, y estoy consolando a la hermana de una persona que es esencialmente un jefe de la mafia y un asesino. Mi esposo. A quien amo con todo mi corazón.

—Intenta no pensar en eso por el momento, cariño. —Froto su muslo suavemente, preguntándome si el consejo que estoy dando es realmente para ella o para mí. Aprieto su rodilla —. Fue bastante horrible, lo sé, y podemos hablar de todo más tarde porque es mejor que guardárselo, pero por ahora, concentrémonos en mantener la calma y saber que Rio nos cuidará. Saldremos de aquí en un abrir y cerrar de ojos.

Eso espero.

Lanzo una mirada a los matones, que están de pie en grupo cerca de las escaleras que conducen aquí abajo. La puerta de la habitación segura está oculta detrás de un tapiz colgado en la pared justo dentro de la entrada del ala de invitados, y hasta que corrieron el tapiz y revelaron la puerta, nunca supe que estaba allí.

Los tres hombres están serios. Parece que sus rostros hubieran sido esculpidos en granito.

Levanto una ceja inquisitiva, preguntando sin palabras si hay alguna noticia de arriba, pero John niega con la cabeza. Aún no hay noticias.

Me vuelvo hacia Angel y sigo dándole palmaditas en la rodilla. —Cuéntame más sobre Suiza y la escuela a la que fuiste, Angel. Mi padre vive ahora en Tailandia, en algún lugar de las montañas, pero yo nunca he estado en el extranjero. ¿Es muy diferente Suiza? ¿Mejor que aquí? ¿Qué te gustó de allí? ¿Has viajado a otros lugares también? ¿Cuál es tu favorito?

Ella toma una respiración profunda y la deja salir lentamente, y aunque todavía hay un temblor en su respiración, me alegra que logre lanzarse a una descripción del lugar donde pasó la mayor parte de sus años de formación.

Escucho a medias, murmurando respuestas en los momentos apropiados de la conversación, pero la mayor parte de mi atención permanece enfocada en John. Cuando de repente levanta la cabeza y se lleva una mano a la oreja, me pongo de pie de un salto.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

Claramente acaba de recibir algún tipo de mensaje.

—Lo siento, señora —dice, y luego señala el sofá cerca de donde estoy parada—. Debería tomar asiento. El jefe dijo que necesitaremos quedarnos aquí abajo un rato más. Dijo que las fuerzas del orden acaban de llegar arriba.

—¿Las fuerzas del orden? —¿Se refiere a la policía local? O...

—Federales, señora. Aparentemente, han venido en fuerza. Con órdenes de registro.

Capítulo Veintiuno

—Cuidate del falso conocimiento; es más peligroso que la ignorancia.

George Bernard Shaw

Rio

—Te necesito aquí ahora, Carnarvon —ladro por teléfono, con la ira hirviendo en mi pecho como lava fundida.

Ahora estoy seguro de que esto es un trabajo interno. Alguien atrajo a una agente federal a mi propiedad y luego la mató. Y después se sentó a observar cómo se desarrollaba la carnicería.

Los agentes están invadiendo la casa y los terrenos, pero es demasiado tarde para encontrar a su colega. Mi equipo de limpieza ha venido y se ha ido. Y mi equipo de limpieza es el mejor en el negocio.

Probablemente encontrarán pronto la entrada de la habitación segura, o la salida de la habitación segura al final del largo túnel que hice construir si están peinando los terrenos tan minuciosamente. Quiero que mi abogado esté aquí antes de eso. Porque ni la entrada ni la salida del espacio seguro son posibles de abrir desde el exterior.

Y no les permitiré entrar para acosar a mi esposa. Cuanto más pueda mantener a Bianca, así como a mi hermana e hija, fuera de este lío, mejor para todas ellas.

—Ya estoy en camino, señor —responde mi abogado—. Voy en helicóptero.

Aparto el teléfono de mi oreja y lo miro con asombro antes de volver a ponérmelo. ¿Quién le dio permiso a Carnarvon para volar hasta aquí sin informarme primero? —¿Por qué?

—Tengo algunos asuntos que discutir relacionados con sus negocios en el Mediterráneo. Tommaso informó anoche y reveló información que es mejor discutir en persona. Sin dejar rastro, por así decirlo. Alerté a su segundo al mando más temprano hoy para coordinar una hora, y él aprobó la visita.

Danelli. Otra vez. —¿Cuánto tiempo hasta que llegues?

—¿Diez minutos, quizás?

—Te esperaré en el helipuerto.

—No es necesario. Estoy familiarizado con su ubicación actual, si recuerda.

En efecto, Carnarvon fue fundamental en la compra de este lugar y en obtener la aprobación de las autoridades locales para las diversas modificaciones que he instalado desde entonces.

—Me permito sugerir que permanezca en la casa —agrega—, y asegúrese de que no se retiren papeles de su oficina antes de que yo llegue. Tengo plena confianza en que resolveremos esta situación rápidamente, señor.

Su sugerencia tiene sentido. Tengo los permisos relevantes —gracias a Carnarvon— para el campo de tiro interior y cada arma de fuego en este lugar para mí y para cada miembro de mi equipo. Los hombres de Martelli han estado ayudando solo periféricamente, vigilando el

perímetro y realizando algunas de las tareas menores de transporte que han liberado a mi equipo para estar aquí en el terreno.

Francamente, si uno de los hombres de Martelli está portando armas sin un permiso de armas de fuego, ese no es mi problema. Será el suyo.

Algunos de los papeles en mi oficina, por otro lado, aunque no son incriminatorios, podrían ser sensibles para las operaciones y negociaciones comerciales actuales, y preferiría que permanezcan privados y fuera de las manos de las agencias federales.

Rápidamente, termino la llamada y hago lo que Carnarvon sugiere, dirigiéndome a mi oficina, donde encuentro a dos agentes ya hojeando papeles en mi escritorio.

Me relajo un poco. Aún no han descubierto la caja fuerte que se encuentra detrás del carrito de bebidas cerca de la librería.

Me acerco al carrito y hago un espectáculo de servirme un whisky. Es después del mediodía, y ya ha sido una semana infernal.

—¿Quieren uno? —Levanto mi vaso y doy un sorbo.

Ambos agentes niegan con la cabeza.

El mayor, que parece estar a cargo a juzgar por la forma en que el otro sigue mirándolo en busca de dirección, señala el gabinete de madera cerrado con llave que está detrás de mi escritorio, entre dos de las ventanas del piso al techo.

—No mientras estamos de servicio —dice en un tono aburrido, como si estuviera acostumbrado a las proposiciones de los jefes del crimen organizado—. Necesito que esto se abra.

—Solo estaba ofreciendo un whisky. No un soborno. —Les sonrío y bebo un poco más.

Sus ojos se entrecierran. —¿Dónde está la llave?

Coloco el vaso sobre el carrito y cruzo los brazos sobre el pecho, dejando que mi molestia se muestre. —Uno de sus colegas afuera en los jardines me informó que están aquí porque sospechan que he matado a uno de los suyos. Permítanme asegurarles que *no lo he hecho*.

Permito que la verdad de esa última declaración resuene en las palabras, y el agente mayor se endereza de mirar el gabinete y me estudia. Su cabeza se inclina ligeramente hacia un lado, como si no hubiera considerado la posibilidad de mi inocencia hasta este momento.

"Inocencia" siendo un término relativo, por supuesto. He hecho muchas cosas, y estoy tan lejos de ser inocente como se puede estar sin ser el diablo mismo. Pero no maté a su agente, y por lo tanto, en ese hecho solamente, puedo proclamar verdaderamente mi inocencia.

—Encontrarán archivos en ese gabinete, no un cadáver.

El agente me mira fijamente, disipándose la duda momentánea sobre mi culpabilidad. —¿Llave? —ladra y extiende una mano.

Sonrío. —Se guarda arriba en mi mesita de noche.

—Entonces guíenos.

—Sígueme, caballeros.

¿Qué tan lejos está Carnarvon? ¿Cuánto tiempo tengo que seguir alargando esto de una manera tan ridícula? Salgo de la oficina y me tomo mi tiempo para llevarlos arriba.

Incluso si mi abogado llega en los próximos minutos, ¿qué podrá hacer en esta situación? Tiene permiso permanente para hacer lo que sea necesario para proteger a la familia y organización Agosti.

Pero aquí, donde una agente muerta fue asesinada y ahora se ha proporcionado una delación a la agencia en cuestión —una obvia dado cuántos agentes acudieron en masa al huerto de manzanas en lugar de a la casa—, ¿hasta dónde tendrá que llegar mi abogado para "resolver" la situación, como lo expresó en nuestra conversación telefónica?

Escucho el helicóptero que se acerca al mismo tiempo que los dos agentes que me acompañan escaleras arriba. Me detengo con la mano en el pomo de la puerta del dormitorio mientras ellos se detienen en el pasillo y se miran entre sí, claramente preguntándose quién está a punto de unirse a su fiesta.

—Mi abogado está a punto de llegar, creo.

—Mierda —murmura el agente más joven, y luego cierra la boca de golpe como si no hubiera querido que se le escapara eso.

—Ah, lo olvidé, caballeros —digo—. La llave no está aquí arriba después de todo. Acabo de recordar que la guardo abajo en un cajón de mi escritorio.

Se dan la vuelta y bajan tronando por la escalera, y entonces el agente mayor detiene al otro con una mano en el brazo. Se quedan de pie al pie de las escaleras y murmuran entre ellos.

Mientras los sigo a un paso más sosegado, sus voces flotan hacia arriba. Están debatiendo si revisar el helicóptero o continuar su búsqueda. Deciden lo último, dirigiéndose de vuelta a la oficina.

Entro tranquilamente para verlos intentando abrir todos los cajones. —Aquí —ofrezco, inclinándome hacia adelante y sacando la pequeña llave de donde reposa bajo un juego de bolígrafos que están en un portaplumas de base sólida sobre el escritorio.

El más alto de los dos agentes me arrebató la llave de los dedos y la mete en el gabinete. Cuando lo abren, los cajones están vacíos. Acabo de instalar el gabinete y no he tenido tiempo de llenarlo.

—¿Qué mierda? —El agente mayor mira fijamente el cajón superior vacío y luego a mí—. Debería arrestarte por hacernos perder el tiempo.

—Puedes intentarlo, si lo deseas. —Trato de mantener un tono suave, pero el hombre más joven da un paso atrás involuntariamente. ¿Será algo en la forma en que lo miro? Como si quisiera borrarlo de la faz de la tierra—. Depende de si quieres mantener tu trabajo.

—¿Amenazas también, Agosti? Bien, ya tuve suficiente de esto. Tú...

—Caballeros. —Carnarvon entra apresuradamente en la habitación, luego se detiene y nos estudia a todos. Empuja sus gafas más arriba en su nariz y mira fijamente al agente mayor, a quien obviamente ha identificado en segundos como el más veterano de los dos.

Me admito a mí mismo que estoy bastante complacido de verlo.

—Mi cliente no ha hecho nada malo —continúa con su voz áspera pero efectiva—. Tienen agentes peinando los terrenos así como esta casa, por lo que he visto hasta ahora, pero no han encontrado nada, supongo. Porque, por supuesto, no hay nada que encontrar. ¿Cuál es la base para esta continua intrusión en la privacidad de mi cliente? ¿A quién deberíamos dirigir nuestra queja y nuestra reclamación de compensación?

—¿Su qué? Usted... usted...

—No es ciencia espacial, caballeros. ¿Quién está a cargo de esta operación hoy? Planeo presentar una queja en nombre de mi cliente, Gregorio Agosti, y necesito los datos de quien esté a cargo. ¿Es usted? Necesitaré su placa e identificación, gracias. —Señala con un dedo al agente más bajo.

Como era de esperar, rápidamente niega con la cabeza.

Cuando el abogado dirige su mirada al otro agente, aún de pie junto al gabinete vacío, el hombre se encoge de hombros. —Ninguno de nosotros está a cargo, como probablemente bien sabe. Nos han dado instrucciones de registrar esta habitación. El agente Jamie Frederick está a cargo hoy. Lo encontrará afuera en el huerto, creo.

Las cejas de Carnarvon se elevan, y no puedo contener del todo mi sonrisa burlona. Lo está haciendo muy bien hoy. —¿El huerto? Qué lugar más extraño para una investigación. Caballeros, será mejor que apresuren su búsqueda porque será detenida en menos de cinco minutos.

Carnarvon se da la vuelta, levantando su teléfono y marcando, y me guiña un ojo subrepticamente mientras sale a grandes zancadas de la habitación. En privado, me prometo aumentar su retención a partir de mañana.

Fiel a su palabra, cualquiera que sean las llamadas que Carnarvon hace y con quien sea que hable resulta efectivo. La palabra se extiende entre los agentes que registran la casa, y lentamente, todos salen arrastrando los pies para congregarse en un grupo descontento en el camino de entrada cerca del frente de la casa. Me paro en el umbral de la entrada principal y observo cómo los que están en los terrenos también se acercan para unirse al grupo.

Un tipo alto y calvo con gafas sin montura agita la mano pidiendo atención. El agente Frederick, supongo.

—Rompan filas, muchachos —anuncia—. Falsa alarma, al parecer.

Su tono es a la vez molesto y resignado.

Se producen murmullos entre el equipo, y varios de ellos me lanzan miradas furiosas. Pueden odiarme todo lo que quieran; realmente no me importa. Siempre y cuando abandonen mi propiedad, y dejen en paz a mi familia y mis negocios, pueden mirarme con furia todo lo que quieran.

Yo no maté a su agente, aunque estoy seguro de que voy a averiguar quién lo hizo. Y entonces tal vez envíe la información sobre el asesino como un regalo al agente Frederick.

—¿A quién demonios llamaste? —le pregunto a mi abogado cuando se une a mí en el umbral.

Observamos cómo el ejército de agentes se amontona en sus vehículos y comienzan a irse en el mismo estilo de convoy lento en el que llegaron primero.

—Mejor no preguntar —murmura, pero cuando me giro y lo atravieso con una mirada inquisitiva, añade—: Disculpe, señor. Olvidé que prefiere estar informado de todos los detalles. Muchos de mis clientes no lo hacen. Le enviaré una lista de nombres por la mañana. Una mezcla de sobornos y chantajes. Hace maravillas.

—Envíamela esta noche —digo, afirmando mi autoridad de la manera más sutil que puedo, dado lo bien que se desempeñó hoy.

Asiente con aire respetuoso.

—Ahora —añado mientras Nicky dobla una esquina del edificio y mira fijamente los vehículos que se alejan—. Dame diez minutos para resolver algunos cabos sueltos aquí afuera, y luego me reuniré contigo adentro para nuestra discusión.

—Quizás en la sala de estar trasera en lugar de mi oficina. No me apetece intentar ordenar el desastre de papeles que dejaron en mi escritorio todavía.

La sala de estar, ubicada en la parte trasera de la casa principal en el primer piso, es más pequeña y privada que la gran sala de estar principal. Será adecuada para cualquier discusión que necesite tener lugar.

Lo cual me recuerda, ¿por qué Danelli no me avisó que Carnarvon venía en camino?

—Siéntete libre de pedirle al ama de llaves de camino que te prepare una bebida, Carnarvon. O algo de comer. ¿Supongo que te quedarás esta noche? Lo hiciste muy bien allí dentro.

—Gracias, señor. —Se desvanece en el interior, y yo bajo un escalón para hablar con Nicky y dar órdenes de que se dupliquen los guardias hasta nuevo aviso.

También le pido que vigile de cerca a Danelli.

Me lanza una mirada desconcertada. —¿Por qué? Es decir, sí, claro, lo haré, pero ¿por qué?

La admisión prácticamente se me atraganta, y tengo que forzar las palabras para que salgan de mis labios. —Alguien intentó tenderme una trampa, Nicky. Alguien que conoce este lugar, sabe que hay un huerto de manzanos casi oculto en la propiedad, y sabía lo suficiente sobre la agente Felicity y sus tratos previos conmigo para atraerla aquí, sin duda con promesas de ayudar a derribarme. Los federales fueron directamente al huerto cuando llegaron.

—Me di cuenta de eso, pero luego me enredé en la limpieza, así que no se me ocurrió preguntarme por qué. ¿Es probable que sea un trabajo interno, entonces? Oí sobre la nota y el misterioso M. Estaba tratando de averiguar cómo podría relacionarse con Rina Carlotti, pero su participación en esto no tenía sentido.

—En efecto, a simple vista no lo tiene. No sé cómo se relaciona con la madre de Bianca, o si, de hecho, se relaciona con ella en absoluto. Pero no soy un gran creyente en las coincidencias. Todo está conectado de alguna manera. Siento la verdad de eso aquí —Cierro el puño y me golpeo el pecho.

Me irrita no poder simplemente mirar a cada uno de mis hombres y discernir cuál de ellos es un traidor de doble cara. No es suficiente sentir que es uno de los míos. Debería poder percibir *quién*. El hecho de que no pueda identificar al individuo sugiere que probablemente sea alguien en quien he aprendido a confiar. Y tal vez esa confianza me está cegando.

—¿Tal vez sea Martelli? —El tono de Nicky es esperanzador.

—O Mitch. O cualquiera de los otros miembros de mi equipo cuyos nombres empiezan con M. Hay varios.

Frunce el ceño. —Entonces, ¿por qué quieres que vigile a Danelli, si...?

—Nombre de pila, Michael.

—Ah. —Nicky silba, y yo levanto la mano y me froto la sien.

Se me está formando un dolor de cabeza, y no puedo permitirme la distracción. —Por supuesto, puede que no sea él, pero posiblemente estoy demasiado cerca para verlo. Ha estado a mi lado durante muchos años. Vigila al hombre y hazme saber si notas algo sospechoso. Cualquier cosa, Nicky.

—Lo haré. —Suelta un pequeño suspiro y luego una risa autocrítica—. Por mi bien, espero que *M sea* ese bastardo de Martelli. Lo último que quiero hacer es casarme con su hija asesina.

Capítulo Veintidós

«La violencia, incluso bien intencionada, siempre rebota sobre uno mismo».

Lao Tzu

Bianca

Cuando finalmente salimos del cuarto seguro, Rio nos recibe justo afuera de la puerta. Corro a sus brazos y lo rodeo fuertemente con los míos, inhalando su aroma para intentar calmar mi sistema sobreestimulado.

Sé racionalmente que debía haber flujo de aire allá abajo —aunque cómo la calidad se mantuvo decente fue algo que no le pregunté a los matones que me explicaran. Pero se sentía tan claustrofóbico y sofocante que era como si todos estuviéramos a punto de asfixiarnos. Es tan bueno estar libre. Y tener la cálida fuerza de Rio envolviéndome, aunque sea solo por un minuto o dos.

Espero que nunca tengamos que bajar allí de nuevo.

Angel está pálida y callada, lo cual es inusual en ella, y Susan se seca las lágrimas disimuladamente en la manta de Emilia mientras sale con mi hija en brazos. Todos nos quedamos de pie observando cómo Tony y Santo maniobran el cochecito de Emilia por las escaleras y lo sacan a la casa.

—¿Estás bien? —le pregunto a Rio en voz baja. Todavía no quiero alarmar a Angel, pero tengo que saber qué pasó—. Fue difícil allá abajo, sin saber lo que estaba sucediendo.

Rio me da un beso en la frente y me aparta mechones de pelo detrás de los hombros. Probablemente debería empezar a trezármele. O cortármele. Siempre parece estar en el camino.

No sé por qué estoy pensando en mi pelo. Tal vez porque es más fácil que lidiar con la realidad de que la muerte ha vuelto a tocar a nuestra puerta. Literalmente.

El toque de Rio es suave, como si pudiera sentir mi angustia, y me apoyo en él.

—Todo está bien —dice—. Mi abogado hizo un pequeño milagro al enviar lejos de la finca a todo un pelotón de federales. Obviamente les habían dado el soplo sobre el agente muerto, pero mi equipo trabajó demasiado rápido y eficientemente como para que encontraran algo incriminatorio.

¿Cómo es eso posible? Frunzo el ceño y abro la boca para hablar, pero él levanta una mano.

—Confía en mí en eso. No había nada que pudieran encontrar, Bianca.

¿Qué hizo su equipo con la pobre Felicity? ¿Su familia se quedará preguntándose para siempre dónde está?

—Eh, Rio. ¿Le harás saber a sus seres queridos de alguna manera?

Rio se aparta y me estudia con el ceño fruncido, perplejo.

—Yo... ¿Por qué?

—Por favor. Imagina cómo te sentirías si yo simplemente desapareciera para siempre, aparentemente de la faz de la tierra. Sé que tú no la mataste, pero al menos dales la oportunidad de tener algo de cierre.

—Supongo que podría arreglar eso —suena desconcertado, como si mi petición fuera algo que nunca antes hubiera considerado.

—Gracias —es todo lo que puedo ofrecer a la agente, y por supuesto no es suficiente.

Trato de acallar la vocecita en mi cabeza que sigue susurrando: *¿Esto tiene que ver con Rina? ¿Es esto de alguna manera culpa de los Carlotti y nuestra loca y contaminada línea de sangre?*

Rio sigue hablando, usando un tono tranquilizador como si sintiera que estoy al borde de perder el control. Suena como yo cuando le hablaba a Angel antes, y reprimo una risa totalmente inapropiada.

—...Carnarvon hizo una especie de magia entre bastidores para hacer que los federales abandonaran su cacería. Tengo la intención de darle un aumento a partir de mañana.

Mis extremidades se llenan de una repentina y extraña letargia. ¿Me estaba manteniendo en pie antes la adrenalina? ¿Se ha agotado de repente? Siento que estoy a punto de desplomarme de alivio.

—Parece que se ganó el aumento.

Angel se aclara la garganta. Ha deambulado cerca y ha escuchado parte de nuestra conversación.

—Bianca estuvo increíble allá abajo —dice—. Me mantuvo calmada, Rio. Me hizo hablar sobre la escuela y los viajes para evitar que me asustara, aunque sé que probablemente estaba tan asustada como yo.

Rio coloca un dedo bajo mi barbilla y la levanta. Hay orgullo en sus ojos, y amor. Espero que pueda ver lo mismo reflejado en mí.

—Bianca es increíble —dice, y luego se inclina y me besa en los labios.

Sorprendentemente, sabe a whisky, y saco la lengua para lamerlo, apenas conteniéndome de gemir de placer.

Me encanta el sabor de mi marido. Con sabor a whisky o no. Ahora no es el momento de explorar eso, por supuesto, pero decido provocarlo un poco.

—¿Nosotras estábamos atrapadas allá abajo mientras tú estabas aquí arriba bebiendo, esposo?

Sé que lo que sea que haya pasado aquí arriba probablemente fue menos agradable que lo que estábamos enfrentando en el cuarto seguro. Todo lo que tuvimos que hacer fue sentarnos y esperar.

Él se ríe ligeramente.

—Es casi la hora de la cena, pajarito. El whisky es más que apropiado.

Mis ojos se abren de par en par.

—¿Estuvimos allá abajo tanto tiempo? Con razón mi estómago está rugiendo.

En realidad, la idea de comer algo en este momento me hace sentir mal, pero no puedo negar que

mi estómago está protestando por su vacío.

Rio sonríe y me da un toquecito en la punta de la nariz.

—Me uniré a ustedes más tarde. Pero por ahora, debo ir a reunirme con Carnarvon. Estaremos en la sala de estar pequeña si me necesitas para algo.

Luego se inclina y me susurra al oído con una voz tan baja que sé que solo yo puedo oír las palabras.

—Estoy increíblemente orgulloso de ti, Bianca. Te amo.

Aprieto mis brazos con fuerza por un momento alrededor de su cintura, luego lo suelto.

—No te demores demasiado con tu reunión de negocios. Una esposa tiene necesidades, ¿sabes?

Angel de repente hace un ruido de arcadas, y el pequeño círculo de conciencia que se había reducido para incluir solo a Rio y a mí se expande una vez más para incluir a todos los presentes. Mis mejillas arden de calor al ver a la niñera y a los tres matones haciendo todo lo posible por apartar la mirada de nosotros.

Angel finge meterse los dedos en la garganta, y me río y me alejo de Rio.

—Vamos —enlazo mi brazo con el de Angel y le hago un gesto a Susan para que se una a nosotras con mi hija—. Poder femenino. Vamos arriba y tengamos una pequeña fiesta de celebración juntas en la suite de Emilia. Ha sido un día bastante de mierda, y lo superamos bien. Creo que todas nos merecemos un tiempo de descanso.

Cuando miro por encima de mi hombro, alcanzo a ver el rostro de Rio mientras se aleja de nosotras. La sonrisa indulgente que nos había enviado desaparece como si nunca hubiera existido, y una sombría concentración toma su lugar.

No creo que se dé cuenta de que lo estoy observando. Endereza los hombros y camina a zancadas por el pasillo alejándose de nosotras, la línea de su cuerpo mostrando tensión y sus manos cerradas en puños a los costados.

En un segundo de hiperconciencia, recuerdo que nuestros problemas no han desaparecido.

Puede que esta tarde hayan sido «resueltos» por un abogado astuto y un equipo que sabe cómo ocultar las pruebas de un crimen, pero la amenaza a la seguridad y felicidad de nuestra familia aún persiste.

Y en ese momento fugaz, la tristeza casi me consume. Vacilo, perdiendo el equilibrio en el primer escalón y casi tropezando con mis propios pies antes de que Angel y Susan me enderecen y continuemos subiendo las escaleras.

Pero la verdad sobre mi futuro con Rio vuelve a estar clara en mi mente. La amenaza de violencia y muerte siempre estará presente, mientras siga casada con un jefe de la mafia.

Capítulo Veintitrés

«El mundo nos rompe a todos, y después, algunos se vuelven fuertes en las partes rotas».

Ernest Hemingway

Bianca

El crepúsculo ha llegado y se ha ido, y la noche se está asentando cuando salgo de la habitación de Emilia con la intención de bajar a buscar a Rio.

Mi hija finalmente está dormida, la niñera la está cuidando, y Angel acaba de retirarse a su habitación después de darme un gran abrazo y un tímido agradecimiento por ayudarla hoy.

La señora Jarvis nos envió bandejas con comida y bebidas, incluyendo dos tipos diferentes de deliciosas pizzas caseras, así como el obligatorio plato de puré de verduras y un biberón de leche para Emilia.

Pero no pude obligarme a comer más que un par de bocados. No dejaba de pensar en la agente, Felicity, y lo viva que estaba la última vez que la vi en ese paseo turístico en Boston. Apenas puedo equiparar ese recuerdo con el cadáver mutilado y ensangrentado que vi esta mañana.

Ella no se merecía eso.

Que yo me sentara y fingiera una familia feliz, leyéndole un cuento antes de dormir a Emilia mientras escuchaba a Susan y Angel charlar tranquilamente en el fondo, parecía absurdamente incorrecto. Noté cuando recogieron las bandejas después de la cena que las pizzas apenas se habían tocado. Parece que ninguna de nosotras tenía mucho apetito.

La casa está en silencio, pero en todas partes donde miro, los matones acechan en las sombras. Rio claramente ha aumentado la seguridad. Varios de ellos me siguen por las escaleras, y lanzo una mirada por encima del hombro y niego con la cabeza cuando veo que mi guardaespaldas habitual, Mitch, es uno de ellos.

—¡Mitch! ¿Cuándo fue la última vez que dormiste?

Él frunce el ceño. —Esta madrugada, señora. Estoy bien.

—Bueno, ¿sabes qué? Yo también lo estoy. Apenas puedo moverme sin tropezar con uno de ustedes. Por favor, solo voy a bajar a decirle buenas noches a Rio y luego coger un pequeño bocadillo de la cocina. Y después volveré aquí para meterme a salvo en la cama. Eso es todo, lo prometo.

—Pero, señora...

—Ve a montar guardia de nuevo fuera de la suite de mi hija. Por favor. —Miro más allá de él a los otros tres que están parados incómodamente en las escaleras—. Todos ustedes. Hay más guardias abajo, supongo.

El matón detrás de Mitch asiente con aire de mala gana, y extendiendo mis manos.

—Así que estoy bien. Vuelvan a sus puestos. Protejan a mi hija.

Gracias a Dios que al final me escuchan. Esto es exagerado, y si sigue así, con un matón cada tres metros más o menos, todos acabaremos completamente locos después de unos días.

Deambulo por la casa hacia la pequeña sala de estar en la parte trasera donde Rio dijo que se reuniría con Carnarvon. Eso fue hace un rato, pero todavía puedo escuchar el murmullo bajo de voces al otro lado de la puerta.

Llamo y asomo la cabeza en la habitación ante la seca orden de Rio de entrar. Hay papeles esparcidos sobre la mesa de café entre él y su abogado. Una cafetera tres cuartos vacía está sobre la mesa junto a dos tazas usadas, y un plato de galletas azucaradas permanece aparentemente intacto y apartado a un lado.

Rio está en mangas de camisa, sin corbata, y su pelo normalmente impecable está un poco alborotado, como si se hubiera pasado la mano por él demasiadas veces. Se ve cansado y harto.

Carnarvon, por otro lado, se ve tan pulcro y apropiado como siempre, todavía con chaqueta de traje y corbata, y con sus gafas posadas en lo alto de su nariz.

—Me voy a la cama pronto, Rio. ¿Tardarás mucho más aquí?

Él se frota la nuca y gira la cabeza de un lado a otro, estirando los músculos. —Terminaremos aquí pronto, Bianca.

—De acuerdo. —Asiento hacia el abogado—. Buenas noches. Supongo que nos veremos en el desayuno.

—Buenas noches, señora Agosti. Sí, nos vemos entonces.

Me cuelo y cojo rápidamente una galleta del plato con una sonrisa rápida a Rio antes de dejarlos con lo suyo. Me dirijo a la cocina, planeando coger un vaso de leche. Todavía no tengo hambre, pero necesito comer algo para mantener mis fuerzas. Las galletas y la leche son algo que mi delicado estómago probablemente tolerará.

La cocina está vacía, los mostradores limpios. La señora Jarvis debe haberse retirado por la noche. Hay una luz encendida sobre el mostrador central encima de la cocina, y un cuadrado de luz se derrama desde la despensa del mayordomo. El resto de la habitación está a oscuras.

Me hundo en una de las sillas de la mesa y le doy un mordisco a mi galleta antes de pasar los dedos de mi otra mano sobre la suave superficie de madera del comedor.

La última vez que me senté aquí con Rio y su familia parece hace una eternidad. Estaba llena de esperanza por el futuro en esa cena, decidida a traer una porción de "normalidad" a la vida de Rio.

Puede que haya sido solo hace unos días, pero ahora mismo, la esperanza por el futuro es mucho más difícil de mantener en mi corazón. Solo me siento cansada, como si no tuviera la energía para seguir huyendo de cualquier amenaza que probablemente se cruzará en nuestro camino a continuación.

Termino mi galleta y apoyo la cabeza sobre la superficie de la mesa, cerrando los ojos y simplemente disfrutando de la soledad por un minuto o dos. Pensando en el pasado. ¿Realmente fue hace menos de dos años que todavía era Bree Walker, trabajando en el rescate de animales y planeando tomar un martini de espresso con Dave y Shelley por mi vigésimo quinto cumpleaños?

Me río ligeramente y levanto la cabeza antes de abrir los ojos y soltar un suspiro.

Nunca en un millón de años habría imaginado entonces que mi vida me llevaría a esto.

Pero amo a Rio y a mi hija más que a nada, y voy a tener que encontrar una manera de sobrevivir en este mundo despiadado, avanzando. Porque no quiero dejarlo. Ya no. Sería como cortarme la mitad de mi propio corazón hacer algo así ahora.

Un pequeño sonido proveniente de la despensa del mayordomo llama mi atención, y ahogo un gemido antes de ponerme de pie. Mi soledad fue demasiado efímera. ¿Será un matón, que bajó como yo para tomar un bocado rápido antes de volver a su puesto, o será la cocinera terminando su trabajo para la noche?

—¿Señora Jarvis? —llamo mientras me dirijo hacia la despensa, pero no hay respuesta.

Solo un silencio ominoso.

Mi corazón empieza a acelerarse mientras que, paradójicamente, mis pies se ralentizan. Me detengo, observando el cuadrado de luz que emana de la puerta y preguntándome si me habré imaginado el sonido.

—¿Hola?

Nada.

De acuerdo. Esto no pinta bien. Comienzo a retroceder tan silenciosamente como puedo, pero solo logro avanzar unos metros antes de chocar contra el borde de la encimera central. Y en ese momento, una forma sombría aparece en la entrada antes de dar un paso al frente para mostrar su rostro.

Sonriéndome como si mi aparición hubiera alegrado su día.

No es un matón. Ni por asomo. Y definitivamente no es la señora Jarvis.

Rina Carlotti está allí en mi cocina, sonriéndome, y en su mano derecha blande el cuchillo de chef más grande que he visto jamás.

Capítulo Veinticuatro

«Un falso amigo y una sombra solo aparecen cuando brilla el sol».

Benjamin Franklin

Rio

He pasado las últimas dos horas hablando con Carnarvon sobre una serie de problemas que han surgido recientemente en mis negocios en Catania. El ama de llaves nos trajo la cena y las bebidas en bandejas hace un rato, y terminamos comiendo mientras trabajábamos.

Carnarvon me alertó sobre algunas nuevas restricciones comerciales que podrían afectar el flujo de productos a través del puerto local, y hemos analizado varias opciones para sortear eso.

Los negocios allí son en gran parte legítimos, sin embargo, y no ha habido nada en la discusión hasta ahora que no pudiera haberse abordado por teléfono o correo electrónico.

Mientras intenta pasarme otro contrato para firmar, alguien llama a la puerta.

—Adelante —digo en voz alta, preguntándome si es el ama de llaves que vuelve para recoger las bandejas.

Bianca asoma la cabeza, preguntando cuánto tiempo más estaremos.

Mi dolor de cabeza es peor que antes, y me duelen el cuello y los hombros de estar inclinado sobre esta infernal mesa de café.

Me froto la nuca y estiro el cuello, tratando de aliviar los calambres. —Terminaremos pronto, Bianca.

—De acuerdo. —Le desea buenas noches a Carnarvon y luego entra corriendo para llevarse una galleta de la bandeja.

Pequeña pícara. Mi miembro se agita cuando me lanza una sonrisa, pero reprimo el deseo, prometiéndome que tendremos tiempo juntos más tarde. Ahora, necesito averiguar qué es lo que realmente quiere Carnarvon.

Me reclino en el sofá fingiendo relajación. —Dime —digo en un tono conversacional—. ¿Por qué estás aquí, Carnarvon? ¿Qué es lo que no se podía decir por teléfono?

—Ah. —Él también se reclina, dejando caer el contrato que tenía en la mano sobre la mesa de café entre nosotros y quitándose las gafas para frotarse los ojos. Cuando se las vuelve a poner, suelta un pequeño suspiro—. He estado tratando de encontrar la manera de decírtelo, pero no hay una forma fácil, así que lo diré directamente. Tu segundo al mando, Michael Danelli, ha estado tomando algunas decisiones extrañas últimamente, así que me tomé la libertad de investigar su comportamiento.

Mi pulso se acelera, pero me quedo quieto, sin querer mostrarle a mi abogado que su revelación me perturba. Todavía no sé con certeza si Danelli es el traidor, pero suena cada vez más probable.

—¿Y qué has encontrado?

—He encontrado varias anomalías, señor. Lamento ser yo quien le traiga esto a su atención, pero creo que su segundo al mando podría estar filtrando información a alguien fuera de la organización Agosti.

—Ya veo. —El silencio cae en la habitación mientras proceso sus palabras.

Cuanto más lo considero, más sentido tiene. Alguien desde dentro está trabajando para mi enemigo. Y sin embargo...

Escucho mi instinto, y no puedo verlo. Genuinamente no puedo verlo. No Danelli.

No tengo amigos reales, nunca los he tenido ni probablemente los tendré en este mundo. Pero Danelli siempre ha sido lo más cercano a un amigo que tendré en esta vida. Algo en mi interior me dice que Danelli no es nuestra rata residente.

Pero entonces, ¿quién es? Y ahora, con la revelación de Carnarvon, ¿cómo puedo ignorar la posibilidad de que esté equivocado?

¿He estado dirigiendo a mi familia *hacia* el peligro todo este tiempo, en lugar de protegerlos de él?

—Necesito más, Carnarvon. Necesito evidencia que respalde esa afirmación. ¿Tienes alguna?

—Desafortunadamente, sí la tengo, señor. —Se inclina hacia adelante y revuelve algunos de los papeles en el escritorio, luego hace un ruido de *tsk* entre los dientes y se vuelve en cambio hacia el maletín que está sentado en el sofá a su lado—. Sabía que requeriría pruebas, y las he traído conmigo. Lo siento mucho, señor. Realmente lo siento por esto.

Gruño sin comprometerme, y mientras espero que produzca su evidencia, mi mirada cae sobre el desorden de papeles que ya está en la mesa. El contrato que quería que firmara está encima. Mi ojo capta el logotipo en la base de la página.

M. C. Carnarvon & Hijo.

Me quedo inmóvil, aunque mis pensamientos se aceleran a lo que parece un nivel de velocidad warp. El nombre de pila de Carnarvon es Miguel. He pasado tantos años refiriéndome a él por su apellido que no recordé ese hecho hasta este mismo momento.

Mi monstruo interior levanta la cabeza, gruñendo suavemente en lo profundo de mi ser. Apoyo un tobillo sobre mi rodilla, la acción acercando mi funda de tobillo a mis manos expectantes.

—Dime, Miguel. —Mantengo un tono pseudo-amistoso, pero en el momento en que uso su nombre de pila, Carnarvon se congela—. ¿Cuánto tiempo llevas en la nómina de Rina Carlotti?

Deja de revolver papeles y se vuelve lentamente para mirarme, palideciendo cuando ve el arma que he deslizado silenciosamente en mi mano y apuntado directamente a su pecho.

—No fallaré desde esta distancia. Y ni siquiera seremos interrumpidos. Tengo el silenciador puesto, ¿ves? —Toco la pieza al final del arma—. Tienes diez segundos para decirme la verdad, Miguel.

—Rio, por favor...

—Nueve segundos. No, ahora son ocho.

—Espera. Yo...

—Siete.

—Sí, es cierto. Pero no me dispare, por favor. Es mi hijo, señor. La vida de mi hijo está en juego. Tengo que protegerlo. Usted sabe lo que es eso. Por favor... —Agita las manos frenéticamente, pareciendo que está a punto de devolver la cena.

—¿Cuánto tiempo? —pregunto de nuevo.

—Desde que encontré a la chica Carlotti desaparecida —admite, y parpadeo un par de veces, sin haber esperado que el engaño se extendiera por tanto tiempo.

—Rossi se acercó a mí poco después de que la secuestrara. Dijo que tenía un plan en marcha para derrocarlo, y que si tenía éxito, me contratarían y tendría más dinero del que sabría qué hacer por el resto de mi vida.

Mi dedo se contrae en el gatillo, y los ojos de Carnarvon bajan y vuelven a subir a mi cara.

—¡Dije que no! —Prácticamente grita las palabras antes de desplomarse en la silla. Es la primera vez que he visto al hombre desconcertado—. De verdad, dije que no.

—Pero eventualmente dijiste que sí.

—Lo hice —admite—, pero no hasta que amenazaron a Rico. Mi hijo. No directamente, por supuesto, pero lo prepararon, consiguieron video y fotos de él en algunas situaciones extremadamente comprometedoras. Dijeron que lo publicarían en canales de medios de todo el mundo, así como en redes sociales. El chico estaría arruinado, Rio. No tuve elección. Créame, lo que tenían sobre él era...

Carnarvon se estremece. —Era muy malo.

El abogado se encarga de gran parte de mi trabajo sucio. Lo que sea que tengan sobre su hijo debe ser extremo.

Entiendo su motivación, pero la realidad es que sus acciones ponen en peligro a *mi* familia. Y eso es algo que no puedo perdonar. Carnarvon conoce las consecuencias de eso tan bien como yo. Pero parece que aún está dispuesto a intentar suplicar por su vida.

—Haré cualquier cosa, señor, cualquier cosa, por favor...

—¿Dónde está Rina Carlotti?

Abre y cierra la boca un par de veces, luego se desliza del sofá y cae de rodillas al suelo. Sus manos se juntan en posición de oración, y me mira con terror en su expresión.

—¿Dónde?

Hay una sensación nauseabunda en mi estómago que me dice que me mueva.

—¿Dónde? —rujo la pregunta, poniéndome de pie de un salto y parándome sobre él, y se estremece.

—Está aquí. Lo siento, señor. Vino conmigo en el helicóptero hoy. La dejé entrar a la casa antes de nuestra reunión. No sé dónde está ahora, pero sospecho que va a ir tras...

Pum, pum, pum.

Carnarvon ya no existe.

No tengo tiempo para lidiar con el desastre ni procesar la pérdida de alguien en quien confiaba implícitamente. Salgo corriendo por la puerta, gritando mientras voy para que la seguridad se forme y me siga. Me dirijo hacia las escaleras cuando un grito ensordecedor erupciona desde la dirección de la cocina.

Mi corazón casi se detiene cuando reconozco la voz de Bianca. Giro, corriendo tan rápido como puedo en esa dirección. Pero el grito continúa, sin cesar.

Capítulo Veinticinco

«*Tan pronto como confíes en ti mismo, sabrás cómo vivir*».

Johann Wolfgang von Goethe

Bianca

—Hola, querida hija. Qué casualidad encontrarte aquí esta noche. Como ves, esta vez hablo en inglés, no en italiano, porque ahora sé que el querido Carlos decía la verdad todo este tiempo. Has renegado de tu sangre. *La famiglia*. Has *escupido* sobre nuestra familia y nuestro patrimonio. Y por ese pecado, querida *hija*, vas a morir.

—Rina —mi voz sale sin aliento mientras el shock aprieta mis cuerdas vocales y amenaza con congelar la sangre en mis venas.

¿Cómo demonios entró aquí sin ser vista?

Hay matones por *todas partes*. Excepto aquí, obviamente, justo donde necesito uno.

No puedo apartar la vista del cuchillo. ¿Es uno de los nuestros, cogido de la despensa, o lo trajo ella?

¿Qué importa de dónde vino?

La verdadera pregunta que debería hacerme es cómo demonios voy a salir de aquí con vida.

Llevo una mano al pecho. *Respira. Y piensa*. Sea lo que sea que esté sintiendo, no puedo mostrarle ningún signo de debilidad. Se alimentará de ello.

Se ríe y agita el cuchillo. La luz del mostrador central se refleja en la enorme hoja plateada.

—Veo que estás fascinada por esta cosa —dice—. Yo tampoco pude resistir su atractivo cuando lo vi allí en su estuche especial.

Mueve la cabeza hacia atrás en dirección a la despensa del mayordomo y luego hace una mueca.

—Siempre lo mejor para tu marido, por supuesto. Su enorme base de poder. Su alcance efectivo. Su *esposa*, nada menos que una princesa Carlotti. Incluso sus malditos cuchillos. Solo Rio Agosti tendría una hoja Nesmuk de acero de Damasco en su cocina. ¿Sabes cuánto vale esto, mi querida niña? Ochenta mil dólares, más o menos.

Está diciendo tonterías. Debe ser así. Los cuchillos no cuestan tanto.

—Eso es mucho —murmuro, tratando frenéticamente de pensar qué decir para distraerla.

Si grito y corro, ¿me alcanzará antes de que lleguen los matones? ¿Dónde diablos están?

Da un par de pasos hacia mí, y yo retrocedo bruscamente, escabulléndome alrededor del mostrador para ponerlo entre nosotras. Solo que ella también se apresura, y de alguna manera, ahora he puesto el mostrador entre yo y la salida.

Rina está bloqueando la salida.

A la mierda. Tomo aire para gritar, y ella rápidamente levanta el cuchillo, ajustando su agarre en

el mango.

—Yo no lo haría si fuera tú, querida. Soy muy, muy buena lanzando cuchillos. Posiblemente más hábil que mis habilidades para apuñalar. ¿Sabías que los cuchillos son mi arma preferida?

—Yo... No. No lo sabía.

—He amado los cuchillos desde que era una niña pequeña. Mi padre me enseñó a usarlos. Habría usado uno felizmente con Stefano el día que lo maté. Quería cortarle su estúpida garganta adúltera, pero Carlos no me dejó. Dijo que sería demasiado obvio. Me hizo usar el dispositivo explosivo en su lugar para que la gente no supiera que fui yo.

¿Quién diría que Carlos Rossi acabaría siendo el normal en su relación?

Apenas puedo apartar los ojos de ella mientras habla, pero tengo que encontrar algo para usar como arma...

Me arriesgo a mirar alrededor, pero las encimeras están limpias como una patena, gracias a la Sra. Jarvis y su imaculada limpieza. No hay nada aquí que pueda usar excepto mi ingenio y mis manos desnudas.

Mis manos desnudas son inútiles y no están entrenadas en ningún tipo de habilidad de lucha. Y mi ingenio actualmente me está fallando debido al temor que detiene mis pensamientos en un solo bucle repetitivo.

Hoy es el día en que muero... o mi madre muere a mis manos. Ninguna opción es aceptable, y sin embargo el resultado parece inevitable.

—Armas... bah —Gira la cabeza y escupe en el suelo a su lado, y yo aprovecho los dos segundos de gracia para mirar debajo del mostrador.

El estante de abajo está abierto y solo contiene un par de jarrones de cristal.

Pero su atención vuelve a estar sobre mí una vez más.

—Las armas son para los hombres. Hombres estúpidos. Siempre disparándose entre ellos con sus armas símbolo fálico para demostrar lo viriles y enormes que son sus penes.

Parpadeo y trago con fuerza mientras surge en mí el loco impulso de reír. Dios mío, ¿qué me pasa? ¿Por qué siempre quiero reír en los momentos más inapropiados?

—Deberían simplemente salir y comprar autos deportivos —añade.

—Esa... um... es una observación interesante, madre —Tal vez pueda canalizar un poco de Nicky aquí. Él usa "hermano" cuando quiere que Rio esté de su lado.

¿Puedo alcanzar uno de esos jarrones y lanzárselo? Retrocedo un poco, posicionándome mejor para agarrarlo tan pronto como surja una oportunidad.

—Pero los cuchillos... —continúa, ignorando mi movimiento y acercando la hoja a su rostro para acariciar su propia mejilla—. Son tan cercanos y personales, ¿no crees, Bianca?

—No lo había... eh... pensado mucho, pero tienes razón, por supuesto. Muy personal. Um, ¿cómo encontraste nuestra ubicación, madre?

Me duele llamarla así, pero si eso hace que dude aunque sea por unos segundos antes de lanzar ese cuchillo y atravesarme el corazón... o abalanzarse con él y cortarme la garganta...

Como presumiblemente hizo con Felicity Ramirez.

—¿Mataste tú a la agente federal, madre?

—No hay necesidad de que sigas llamándome así, querida. Y no, mi querido amigo Miguel arregló ese asunto para distraer a tu marido de mi entrada en el helicóptero. Una distracción, una que tenía la posibilidad de causar problemas a Agosti si los agentes federales hubieran hecho bien su trabajo, pero no importa. Esa no era la verdadera motivación.

Miguel. ¿Quién demonios es Miguel? ¿Cuál de los hombres de Rio se llama Miguel? Conozco muchos de sus nombres ahora, pero no todos. *Mierda.* Tengo que avisarle a Rio.

Entonces lo que dijo penetra en mi mente.

—Espera. ¿Viniste... en el helicóptero? Pero... Carnarvon vino de esa manera.

—Así es. Conmigo. El encantador Miguel Carnarvon, que estaba tan abierto a ser chantajeado, gracias a ese hijo inútil y retorcido suyo.

Oh, Dios mío. Rio está en la otra habitación con Carnarvon ahora mismo. La náusea se revuelve en mi estómago. De alguna manera, tengo que salir viva de esta cocina. Para poder advertirle. Doblo ligeramente las rodillas, preparándome para lanzarme por el jarrón.

—Madre, yo-

—Deja. De. Llamarme. Así —sus ojos destellan con ira repentina, y yo retrocedo un poco—. Sí, técnicamente te di a luz, y estaba tan feliz cuando Agosti te encontró, la princesa perdida de la mafia. Pensé que había una oportunidad de que pudiéramos ser una familia otra vez.

—Pero ambas sabemos que ahora has renunciado a tu derecho de llamarte una Carlotti. Eres una Agosti, de pies a cabeza, y como tal, es hora de que mueras.

Me lanzo hacia el jarrón más cercano y lo arrojo por encima del mostrador con un movimiento digno de un jugador de béisbol. La base pesada golpea la mejilla de Rina, y ella grita.

Me giro para pedir ayuda a gritos, pero en su lugar, mis piernas ceden inesperadamente. Caigo al suelo, mirando mi cuerpo con incredulidad y conmoción.

Resulta que ella fue más rápida que yo.

El mango del cuchillo sobresale de mi brazo, justo por encima del codo. La punta afilada asoma por el otro lado. Me ha dado. La hoja ha atravesado mi brazo por completo.

El shock me paraliza por un segundo, y luego me muevo, rodando sobre mis rodillas y usando mi mano buena para ponerme de pie otra vez. No puedo sentir nada en el brazo apuñalado. Está entumecido, y en algún nivel de mi conciencia, supongo que eso es bueno porque estoy segura de que va a doler como el infierno más tarde.

Rina me observa mientras me levanto, sujetando su mejilla, y yo la miro con cautela, preguntándome si tiene otra arma oculta en alguna parte de su cuerpo.

—Maldición —susurra, más para sí misma—. Fallé.

Mi cerebro se pone en marcha, y abro la boca para gritar pidiendo ayuda. Ya no hay necesidad de preocuparse por el cuchillo grande.

Yo lo tengo. En mi cuerpo.

Suelto un grito ensordecedor, y mantengo el sonido, sin detenerme incluso cuando Rina se da la vuelta y comienza a correr hacia la salida más lejana en la esquina opuesta de la habitación. Se tambalea un poco, como si el golpe en su cara hubiera afectado su equilibrio, pero está casi en la puerta que conduce al área de alojamiento del personal, que es un verdadero laberinto de lugares para esconderse.

No, zorra. No tan rápido.

Vagamente, soy consciente de rugidos y gritos detrás de mí y del sonido de pasos retumbantes. Los matones están llegando. Demasiado tarde.

No puedo esperar por ellos, ni pensar, más allá de saber que tengo que detenerla. Simplemente tomo el mango del cuchillo, lo saco de mi brazo y lo arrojo a la espalda de mi madre que huye. Contra todo pronóstico, le da cerca del omóplato derecho. Ella tropieza y luego cae al suelo.

Me tambaleo hacia su cuerpo inerte, ignorando la sangre que comenzó a brotar de mi herida cuando retiré el arma. *Ya me ocuparé de eso después.*

Caigo de rodillas junto a Rina y agarro el cuchillo con mi mano buena. Cuando tiro, ella gruñe, pero sale mucho más fácilmente de lo que esperaba. Un punto a favor de los cuchillos caros.

Ella se gira, agarrándose el hombro, y veo la mancha de sangre creciendo en la parte delantera de su camisa blanca bajo su mano.

Debería haberse puesto algo negro, pienso, preguntándome si estoy perdiendo la cabeza. *Mejor para la vida en la mafia.*

Mi sangre gotea, mezclándose con la suya mientras ambas respiramos pesadamente en un empate temporal. Sangre Carlotti, mezclándose. La mía es suya, y la suya ahora contiene la mía.

Coloco una rodilla sobre su estómago para mantenerla en su lugar, pero ella está sangrando tanto como yo y supongo que no tiene mucha fuerza para intentar moverse todavía. Empiezo a reír, incluso cuando mi visión comienza a volverse gris en los bordes. —Resulta que también soy una natural con el cuchillo.

Y ahora, de todos los momentos, ¿por qué ahora?, mi brazo comienza a arder.

—Debería haberte puesto en el coche con tu padre —susurra con dureza—. Y haber visto cómo ardáis juntos. Eres una traidora a tu familia, Bianca. Y no eres hija mía.

Intenta escupirme pero no lo consigue del todo. La saliva simplemente se desliza por el costado de su cara. Me inclino y se la limpio con la hoja del cuchillo.

Su mirada se ha vuelto perturbada, como si supiera que es el final del camino para ella, y estuviera perdiendo el poco control de la realidad que le quedaba. Se le ven los blancos alrededor de sus iris oscuros, y su boca está apretada en una fina línea. Sus ojos se mueven de un lado a otro, calculando. Buscando su oportunidad para matarnos a todos.

—No te dejaré... escapar... —Caigo de lado, de repente incapaz de distinguir dónde está arriba, y aterrizo en un par de brazos fuertes que me agarran y me sujetan con firmeza.

—Rio —lo miro, parpadeando cuando su cara entra y sale de foco—. Y los matones —Parece haber cientos de ellos aquí, apiñándose detrás de Rio—. Siempre los matones. Hoy llegaron tarde. Tarde. Caballeros... conozcan a mi mami...

Empiezo a reír de nuevo cuando mis palabras se distorsionan y luego gimo cuando el dolor en mi brazo crece hasta un nivel insoportable.

—Duele —gimo, y los brazos de Rio me aprietan ligeramente.

—Estamos consiguiendo ayuda, pajarito. El médico está en camino. Aguanta, mi amor. Sé fuerte.

Mi madre empieza a reír, sonando exactamente como yo. Somos como dos gotas de agua, ella y yo. Excepto que yo no soy como ella. No quiero ser como ella de ninguna manera.

—Qué conmovedor —se burla—. Los tortolitos Agosti, retozando en toda la sangre y la carnicería.

—Dame el cuchillo, Bianca —dice Rio suavemente en mi oído.

Intenta quitármelo de mi puño apretado, pero yo lo aparto, sin dejarlo.

—Uh-uh. Tengo que matarla. Tengo que deshacerme de este monstruo, Rio. Antes de que ella se deshaga de nosotros.

—Lo sé, mi amor. Lo haremos. Yo lo haré. Lo haré por ti. Por mis padres. Por Francine. Por todos nuestros muertos y heridos.

Niego con la cabeza otra vez, tratando de luchar contra la oscuridad que se acerca. —*Mi mami. Mi lío.* Tengo que...

—Bianca —Esta vez cuando Rio alcanza el cuchillo, no me quedan fuerzas en los dedos para detenerlo—. Si te dejo matar a esta mujer, mi amor, destrozará tu alma en dos. Déjame hacerlo por ti. Porque te amo.

Parpadeo de nuevo, segura de que mi visión se ha desintegrado. Porque parece que Rio tiene lágrimas en los ojos, y mi marido nunca llora. Excepto aquella vez en la piscina. Y me aseguré de que nadie más lo viera. A menos que mi memoria me esté jugando una mala pasada mientras mi cuerpo se desmorona.

Porque realmente no me siento nada bien...

—Lo hacemos... —me concentro y finalmente logro sacar la palabra de mi boca—. Juntos.

Amor y compasión brillan en los ojos de Rio, y asiente suavemente, luego me ofrece el cuchillo.

Pongo mi mano buena sobre la suya pero luego aprieto los dedos, dudando. Esta es mi madre. Estoy a punto de cruzar un puente hacia un lugar del que nunca podré regresar. La duda me invade, y levanto mi mano de la suya.

—Quizás no... No creo que pueda...

—No pasa nada, cariño. Te tengo.

—Te maldigo, Bianca Agosti —mi madre me lanza esas palabras repentinas a la cara—. Y maldigo a tu marido y a todos los que amas. Y sobre todo, maldigo a tu hija, Em-

La mano de Rio se hunde con el cuchillo, directo en la garganta de Rina, impidiéndole terminar de pronunciar el nombre de nuestra hija. Muere al instante, la luz de locura abandonando sus ojos, con solo un pequeño gorgoteo y un leve borbotón de sangre derramándose por su boca.

Miro fijamente el cuchillo con Rio aferrando el mango. Y mi mano sujetando la de Rio. ¿Cuándo volví a poner mi mano sobre la suya?

No me importa. Se ha ido. Y estamos a salvo.

Nuestra enemiga ha sido eliminada, y lo hicimos juntos. Y al hacerlo, le dimos a nuestra familia una oportunidad más de vivir un día más.

La oscuridad me envuelve entonces, y mientras caigo en la inconsciencia, me pregunto si ahora tengo un monstruo interior igual que el de Rio.

Capítulo Veintiséis

«El odio nunca puede ganar un corazón, solo el amor puede hacerlo».

Debasish Mridha

Rio

Apenas puedo soportar dejar a Bianca fuera de mi vista. Casi muere por la pérdida de sangre, y el dolor en mi corazón cuando pensé que iba a perderla...

Nuestro médico de campo hizo lo mejor que pudo, como siempre hace por nosotros, pero al final, no pudo hacer lo que necesitaba en nuestra casa, y tuvo que ser trasladada en helicóptero al hospital privado de la organización Agosti al norte de Boston.

Fue pura suerte que el helicóptero y el piloto aún estuvieran en las instalaciones, gracias a Carnarvon, así que de una manera extraña, él y Rina salvaron la vida de Bianca. Pasó tres días en la unidad de cuidados intensivos del hospital, conmigo a su lado, antes de ser trasladada a una habitación general, donde se alegró de descubrir que su guardaespaldas Lee aún se estaba recuperando solo dos puertas más allá de su propia habitación.

Estaría celoso de su incipiente amistad si no estuviera tan seguro de que Bianca me ama tanto como yo la amo a ella. Y, por supuesto, el hecho de que Leon tenga más probabilidades de salir con uno de mis guardaespaldas masculinos que con una mujer. Eso ayuda a frenar mis celos. Un poco.

Ella se aferra a mí todo el tiempo como si yo fuera su persona de apoyo. Me hace querer ser mejor, y más grande, y más fuerte, simplemente porque ella lo necesita. Quiero ser su todo, de la manera en que ella se ha convertido en el mío.

Ahora que está en casa, de vuelta en la casa aquí en Brookline que hemos decidido hacer nuestra residencia principal, me encuentro siguiéndola como un cachorro enamorado. Patético, por supuesto. Pero no lo tendría de otra manera.

Ella es mi sol, mi luna y mis estrellas, todo en uno, como dicen los libros y las películas.

Nunca creí en el amor, no completamente, hasta que casi la pierdo.

Mientras aún estaba en el hospital, y entraba y salía de la consciencia, le prometí a Bianca que me encargaría de reubicar el refugio de animales que estábamos construyendo junto al río en la propiedad adyacente aquí en Brookline.

Mi nuevo abogado, el tío de Dana, ya ha iniciado el papeleo para comprar el terreno a los actuales propietarios de al lado, así como obtener los permisos necesarios. Bianca tendrá mucho para mantenerse ocupada en el futuro. Cuando esté lo suficientemente bien.

Ahora mismo, acurrucada en nuestra cama con su cabello cayendo sobre sus hombros, sin maquillaje, y sus pecas brillando sobre su nariz, nunca la he amado ni deseado más. Pero estoy tratando de contener mi deseo porque ella necesita descansar más de lo que necesita mi codicioso miembro.

—¿Vas a unirme a mí esta noche? —Sueno frustrada, y frunzo el ceño ante su tono petulante.

He estado durmiendo con ella, pero encima de las sábanas para poder estar cerca y sostenerla en mis brazos, pero no seré tentado a tocarla de manera íntima.

—Todavía te estás recuperando, Bianca...

—Rio. *Ya* estoy recuperada. Estoy entera y estoy bien, al menos físicamente. Mentalmente... Bueno, ya sabes. Eso llevará un tiempo, pero veré a ese consejero con el que me pusieron en contacto en el hospital la próxima semana. —Suspira ruidosamente—. Honestamente, si no te metes en esta cama y haces el amor conmigo esta noche, yo... yo...

—¿Tú qué, pajarito?

—Pediré un juguete sexual en línea, y luego nunca te necesitaré de nuevo.

Eso no es lo que esperaba que dijera.

—Bueno. —Me quito los bóxers que iba a usar para dormir y luego levanto las sábanas y me deslizo debajo de ellas con ella, desnudos juntos por primera vez en un tiempo—. Siempre eres muy bienvenida a comprar un juguete sexual, pero no se te permitirá usarlo a menos que yo esté allí para dirigir su uso.

Ella se desliza y me envuelve con sus brazos y piernas, aferrándose como una lapa. Su piel contra la mía está cálida, y hay un aroma limpio que emana de su cabello que me hace cosquillas en las fosas nasales y me calma.

Bianca huele a hogar.

—No quiero algo rudo, o rápido, o sucio esta noche —dice ella—. Solo te quiero a ti, Rio. Gentil. ¿Por favor?

Nos giro hacia un lado para que estemos frente a frente y luego deslizo mis dedos en su cabello para acunar la parte posterior de su cabeza. La acerco y reclamo su boca en un beso lento y delicioso.

—¿Así? —pregunto cuando libero sus labios.

La beso de nuevo y luego me balanceo contra su cadera, manteniendo mi movimiento suave aunque mi pene ya está duro solo por estar en proximidad a su hermoso calor. Mi estómago da un vuelco cuando ella presiona su pelvis contra mí, empujando su monte contra la parte superior de mi pierna y frotándose suavemente.

—Oh, sí —suspira, y nos mecemos suavemente de un lado a otro el uno contra el otro mientras el placer se extiende por mí—. Justo así.

El aumento del deseo es lento y constante, el calor y la pesadez entre mis piernas no menos intensos que siempre con Bianca. De hecho, la profundidad de mi necesidad parece mayor esta vez, el fuego extendiéndose por mis venas para abarcar cada célula de mi cuerpo. Me deleito en la sensación de sus dedos explorando mi espalda mientras comienzo a acariciar y explorar sus curvas a cambio.

—Pensé que te había perdido, *mia cara* —murmuro, presionando besos en sus ojos ahora cerrados, los bordes de su boca, y luego bajando por la línea de su cuello hasta su pecho.

Levanto una mano y acaricio su pezón antes de pellizcarlo entre mi pulgar y mi índice. Ella se estremece debajo de mí y suelta un gemido, su sexo dejando un rastro de humedad a través de mi

cadera y mi ingle mientras se mueve un poco para alinearnos más exactamente.

—Nunca me perderás —dice ella, levantando una de sus piernas más alto alrededor de mi cintura y abriendo su sexo ampliamente. Lista para mí—. Te amo, Rio.

—Y yo te amo a ti, pajarito. Tú posees mi corazón.

Ajusto mis caderas y empujo la cabeza de mi miembro dentro de ella, la entrada sin esfuerzo y perfecta.

Ella gime y se presiona hacia abajo, alentando a cada centímetro de mí a encontrar su camino a casa. —Tú posees mi corazón y mi cuerpo. Soy tuya, Rio. Siempre.

Cuando comienzo a moverme, empujando hacia adelante y hacia atrás dentro de ella, suelta otro pequeño gemido que desgarrar mis entrañas y afloja mi control.

—Te siento —gime ella—, muy dentro de mí. Justo en mi centro, Rio. Oh, sí, eso es perfecto... Por favor, no pares...

El apretón de su sexo alrededor de mi miembro es la señal para que me deje llevar por completo, y mientras ella comienza a estremecerse en mis brazos y a gritar su liberación, me uno a ella en el clímax, gruñendo profundamente en mi garganta mientras la oleada de calor y pesadez estalla desde mi miembro y mi orgasmo me hace añicos.

Más tarde, mucho más tarde, cuando volvemos a la tierra, beso su hombro desnudo y le doy un pequeño mordisco allí. —La próxima vez, mi hermosa esposa, por favor no retires el cuchillo de ninguna herida. Eso ayudará a contener el sangrado.

Ella se sacude con una risa repentina. —¿La próxima vez? Por favor, Dios, que pase algún tiempo antes de que haya una próxima vez. Si es que la hay. —Deja de reír y se apoya sobre su codo, mirando mi rostro con una expresión repentinamente seria—. Rio, hay algo que necesito decirte.

—¿Oh? —Paso suavemente mi pulgar por sus labios, disfrutando de su exuberante plenitud y el color rosa ligeramente más oscuro que siempre parece surgir después de hacer el amor—. ¿Qué es, Bianca?

Ella sonríe tímidamente y luego toma una de mis manos y la lleva hacia abajo para cubrir su abdomen. —Espero que estés listo para esto.

Levanto las sábanas y miro fijamente su vientre suavemente curvado. —¿Estás... Estamos...

Ella asiente, y es como si el sol acabara de atravesar las nubes en un día tormentoso.

Mientras la realización de lo que me está diciendo amanece, la oscuridad en mi mundo retrocede un poco más. Por primera vez en lo que parece una eternidad, hay una esperanza genuina en mi corazón por la alegría que el mañana podría traer.

Espero que hayas disfrutado la trilogía *Enemigos Oscuros*. Si es así, por favor considera dejar una reseña en tu lugar de compra.

Estate atento a *Heredero Imprudente*, la historia de Nikolas y Daniela, el primer libro del dúo *Votos Oscuros*.

Sobre la autora

Zoe Delaney es el seudónimo de suspenso romántico contemporáneo oscuro de la autora superventas del *USA Today*, Jen Katemi.

Cuando Zoe no está escribiendo, dirige un negocio de edición y corrección, mima a sus hijas y consiente a varios gatos, incluyendo uno rescatado con una cadera. Vive en Melbourne, Australia.

Descubre más o suscríbete a su boletín para lectores y nunca te pierdas un nuevo lanzamiento.

Libros de Zoe Delaney

Serie Enemigos Oscuros

Posesión Despiadada

Traición Despiadada

Enemigo Despiadado

Serie Votos Oscuros

Heredero Imprudente

Rey Temerario